CARAS Y CARETAS



DECISION


GINEBRA
Bols
Su color ámbar pálido
comprueba su vejez.
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

El padre Sol

Los rayos solares, cuya fuerza sentimos en demasía en esta época, se difunden y reparten por todas partes, convirtiéndose en fuerza que eleva el agua evaporada, caldean la tierra realizando misteriosas fecundaciones en las semillas, formando y engrosando raíces, troncos y ramas; y esos rayos van empujando tronco arriba la savia de donde nacen flores, frutos, semillas por el sol convertidas en árboles a su vez en venideros días.

Son, pues, los árboles, es decir, la *madera*, tierra y agua por el sol combinadas. Sin sol, sin su calor no hay madera: así la madera no es *otra cosa más* que sol comprimido presto a darnos otra vez calor como combustible. Encended un trozo de leña: si aun está verde, chisporrotea mucho, desprende espesa nube de blancuzco humo, deja muchas cenizas, da poca llama y calor escaso. Aquí tenéis claros los tres componentes de la madera: agua en los estallidos y humareda, tierra en las cenizas, sol en la luz y el calor de la llama. La leña seca arde mejor, porque el sol, escondido en sus fibras, que en la madera verde ha de consumirse casi todo en evaporar agua, tiene en la seca que evaporar menos, y deja más rayos caloríficos libres. Claro está ya que el sol brilla y calienta en el lar y en la hoguera de la campesina y del leñador.

¿Qué es el carbón vegetal? Leña de la que se ha extraído gran parte de humedad: casi no es más sino tierra fofa, negra, mientras la combustión no la enrojece y dora, sacando al exterior rayos de sol en sus entrañas escondidos. Rayos de sol que, por ser pocos y tenues, esconde también el brasero, y arropa con las cenizas de éste, para que no se vaya, la modesta señora de la clase media, cuyo bolsillo es flaco para calefacciones más costosas, o la rancia española apegada a lo castizo que no transige con estufas ni radiadores porque no los usaron sus abuelos. Hulla, antracita, carbones minerales *en general, no son, según es bien sabido, sino madera* prehistórica petrificada en diversos grados: bosques inmensos que en una atmósfera muy cálida crecieron hace muchísimos millares de años, y sepultados luego bajo espesas capas de tierras sedimentadas.

Si no en absoluto, producen los países fríos, en tesis general, maderas poco densas y de escaso poder calorífico en la combustión: ejemplos, el pino; y los cálidos, duras, ricas en calorías, como la caoba, el ébano, el molave... De esta última naturaleza, aun más marcada, *son los bosques prehistóricos, hoy convertidos en* carbón por los siglos, y que antes fueron maderas riquísimas, ubérrimos depósitos de rayos de sol.

Enormes presiones, reacciones químicas, desecaciones prolongadas millares y millares de siglos, fueron *condensando más y más la materia leñosa, hasta hacer*la pétrea, y aumentando la proporción en ellos de calor latente. Por eso, al quemar hoy esa madera milenaria, en vez de hilos de luz y calor, cual la madera nueva, nos devuelve a raudales la poderosa y condensada fuerza del sol de aquellos tiempos geológicos. Haciendo un pedantesco pinito de erudición, podemos decir que esto no es sino transformación de geológico calor potencial en calor vibrante, efectivo y actual. También el sol, por tanto, el calor de los carbones minerales... Y el del agua caliente y el del vapor de agua, pues que con fuego de carbón o leña se producen. Y sol encontramos también en la calefacción eléctrica, aun cuando la electricidad *que la produzca sea engendrada por la caída de un* salto de agua, pues sin sol no habría en el mundo agua corriente, sino inerte hielo; porque aquel salto convierte en fuerza, que en el alternadero de la dinamo se trueca luego en electricidad, el movimiento del agua: movimiento imposible si a la tierra no llegaran rayos de sol.

Y el alcohol, ¿qué es? Azúcar que en las plantas engendra el sol: *mucho sol* en el cielo quiere decir uvas muy doradas, muy azucaradas, muy ricas en alcohol; luego el alcohol es, en último extremo, sol también.

Todo sol, sol embotellado... Sol de carbón... pura y neta democracia como nacida de la madre naturaleza, todos nos calentamos con o por el sol, y bebemos sol, sea recolectado en la Champagne, en Jerez o en Mendoza.

Fin de curso escolar



La vicedirectora de la Escuela Normal número 6, señorita Adela Garbolino, y profesor Ricardo Monner Sans, con las alumnas que han obtenido el título de maestras en el curso de 1917: señoritas María Alvarez, Orfilia Croce, María Montenegro, María I. Fá Fraire, María Racciopi, María A. Sánchez, Susana N. Pereyra, Elisa Mattioli, Josefa Bellino, Sara Rossini, Valeria Emanuel, Asunción G. Costa, Laura Di Baja, Angela Tejeiro, Margarita Turconi, Palmira Pujó, Ana Riva, María Stella, Isidora Robles, Ana Zanellatto, Elisa Souyeux.



Alumnas egresadas de la Escuela Normal número 7, con el título de maestras, en el curso de 1917. — De izquierda a derecha: Sara Noble, Martha Achával, Victoria Brambilla, Angélica Magnasco, Irene Galván, Amalia Píccolo, Rosa Ferrari, Ana Crosa, Antonia Giral, Amalia Moreno; señora C. de Silva Barrios (regente), señorita V. García (vice), señor O. Maldonado (director), señorita E. Billinghurst (secretaria suplente), Elena Manki, Luisa Fitón, María E. Anganuzzi, Julia Maiocchi, Zulema Vizcargüénaga, Angela Imundo, Delia Basile, Elba Ipharraguerre, Elvira Ronco, Emma Biondi, Elena Martínez, Amelia Cáfaro, Elvira Albérico, Sofía Serra, Ofelia Barrera, Oristela Sacco, Rosa Pereyra, Victoria Bernaola, Josefa Silva, Edmée Albini, Rita Gómez, Victoria Agrifoglio, Rosa Maglio, María T. Russo, Amelia Sancibrián, Herminia Canessa, Luisa Georges, Lydia Pantuliano, Celestina Branda, Natalia Gómez, Leonilda Berhouet, Armida Fernández, Angela Bertolino, Emilia Pietra, Ana Molina, Julia Unciti, Laura Carotti, María Casavilla, Angélica Pauza, Elvira Podestá, Wilma y Hedda Andrich, Celia Rocca, Adela Rivas, Amanda Arias, Magdalena Lissin, Rosa Croci, M. C. Grosso, Angela Ferro.



Contadores idóneos, egresados de la Escuela Superior de Comercio de la Nación (Sección Sud). — De pie: Alberto L. Bó, Rafael A. Moirano, Eduardo J. Talagüerra, Bernardo Pagode; sentados: José E. Pfleger, Lucio G. Dapeña Ferrari, Antonio de la Cruz.

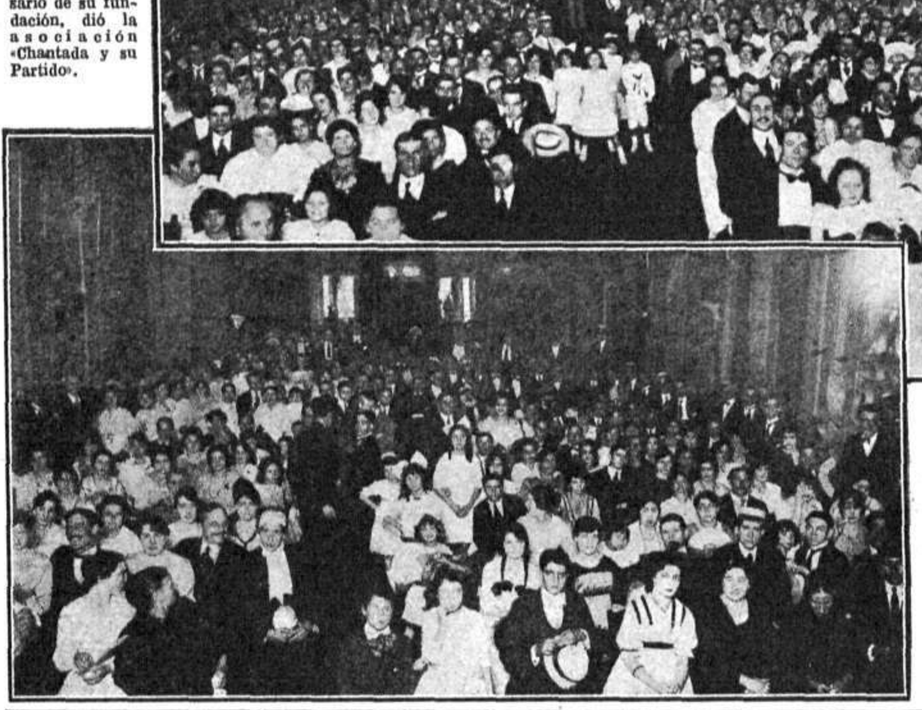


Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

Los amplios salones de la «Casa Suiza», durante el gran festival artístico que, en celebración del segundo aniversario de su fundación, dió la asociación «Chantada y su Partido».



La gran velada artística y baile social que, en los salones de la «Colonia Italiana», celebraron las asociaciones «Campoamor» y «Los Criticados».



El triunfo es la victoria sobre los enemigos y los obstáculos. Desde el principio del mundo la humanidad viene luchando por exterminar las enfermedades y los dolores.

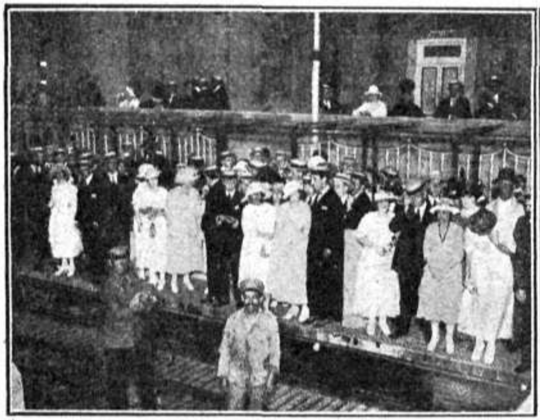
La Aspirina es el verdadero triunfador de los sufrimientos, los dolores y las perturbaciones de la salud. En la carrera, a la larga, las legítimas tabletas, Bayer de Aspirina, han obtenido la palma del triunfo entre todos los sustitutos y medicamentos dudosos, en la curación del reumatismo y como preventivo de los resfriados y del malestar

Participad en este triunfo usando contra vuestros padecimientos las tabletas Bayer, de Aspirina. Este triunfador llevará siempre la delantera

En la República Argentina cada envase lleva una estampilla sanitaria provista de la firma social de los únicos introductores: Fed.º Bayer y C'a. - Buenos Aires.

Parque Japonés

Reuniones sociales. — Funciones extraordinarias para familias y niños. — El éxito de Prince Nelson.



Familias esperando el trencito.



Grupo de damas, en uno de los jardines del Parque Japonés.

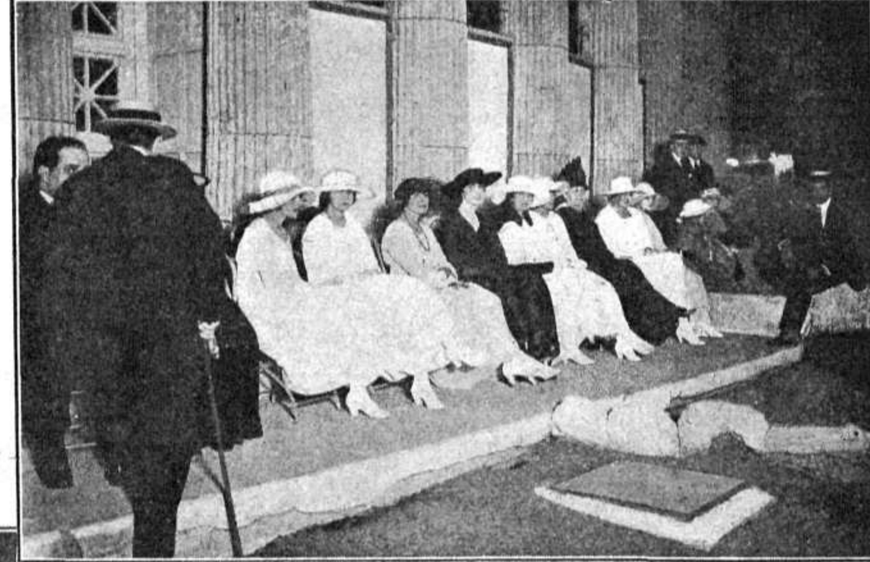
Las reuniones sociales de beneficencia, que tienen lugar los días martes y viernes en el Parque Japonés, siguen revistiendo grandes proporciones.

En la presente página publicamos algunas fotografías tomadas por nuestro repórter gráfico durante el gran festival de beneficencia celebrado un viernes de moda bajo el patrocinio de la sociedad «Nuestra Señora del Huerto».

Como lo dijimos en nuestra anterior edición, el teatro romano presenta ahora un notable conjunto de variedades y de espectáculos interesantes.

Prince Nelson, como de costumbre, sigue cosechando grandes aplausos por las proezas de equilibrio que realiza en el alambre, a treinta metros de altura.

El domingo habrá en el Parque Japonés un gran festival destinado a familias y al mundo infantil.



Durante una reunión social de moda.—Señoritas escuchando los conciertos musicales.



Bajo el frescor de los árboles.



La gran rebaja

de precio que realizamos con todo éxito, brinda la oportunidad excepcional para adquirir artículos de calidad inmejorable y de moda, a precios que apenas alcanza a cubrir su valor real.

Trajes confeccionados en casimires de última moda y clase extra superior, desde $ 45 hasta $ 34

Chalecos fantasía, desde . . . . . . $ 1.50

Pantalones fantasía, gustos de alta novedad, desde $ 15 hasta. . . $ 12

Camisas de zephir de hilo, gustos y colores modernos, desde $ 2.50

Sombreros de paja rustic, modelos de moda y muy livianos, desde pesos. 1.90



Y otra gran cantidad de artículos especiales para caballeros, que nos es imposible detallar en este anuncio.



Bartolomé Mitre y Esmeralda

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

— Una vez, durante una expedición al polo, casi muero helado. Afortunadamente, se me ocurrió discutir acaloradamente con un compañero y me salvó la vida.

J. G.

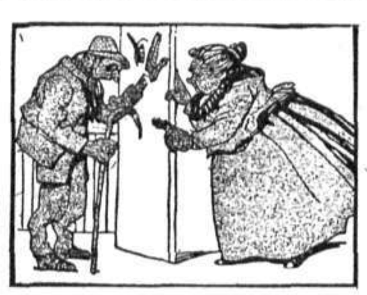
— ¿Y aquel edificio?
— Es un asilo de ciegos.
— En ese caso, me parece que las ventanas están de más.

L. M.



— *¿En qué mes planta usted sus patatas?*
— *En ningún mes; yo las planto en el suelo.*

P. Mir.



El mendigo. — *¿Está la señora?*
— *No, salió.*
— *Pues dígale que ya he venido dos veces, y que si me hace dar más vueltas, que busque otro pobre a quien socorrer, porque yo no puedo estar perdiendo el tiempo.*

Goer.

Memoria y egoísmo:
— Eres muy malo, Carlitos. Te has comido todo el pastel, sin acordarte de tu hermano.
— No es verdad. Por eso que me acordaba, me lo he comido de prisa, antes de que tú vinieras.

E. C.

En el tren:
Pasajero. — Dígame, guarda, ¿se puede fumar en el coche este?
— No, señor.
— Pues entonces, ¿de dónde proceden estos fósforos que hay en el suelo?
— De los fumadores que no han preguntado nada.

T. P.



— *¿Ha pescado mucho, señor?*
— *Nada.*
— *No me extraña. En ese pozo no hubo agua hasta anoche, que llovió.*

Silex.


¿Por Qué No Sigues El Consejo Del Médico Y Tomas Sanatogen?
ESE cansancio con que se empieza el día, desde que se presenta uno a tomar el refrigerio matinal, la repugnancia hacia los alimentos, la falta de ambición para trabajar, el tedio que dan las diversiones, el sentimiento de pavor que causa la llegada de la noche por los insomnios que trae consigo en lugar del descanso reparador, son todos heraldos que anuncian la llegada de la Neurastenia, esto es, debilidad nerviosa.
Para combatirla, nada mejor que el Sanatogen, porque combina las substancias esenciales para el nutrimento de los nervios, sin drogas ni estimulante alguno. No uno, sino 22,000 médicos lo han recomendado por escrito, entre ellos autoridades tan distinguidas como el Prof. Dr. Neisser, cuyas enseñanzas en medicina son acatadas y de gran valor en todo el mundo científico. Este eminente médico dice: "Los resultados que he obtenido siempre que he recetado el Sanatogen, sobre todo en los casos de neurastenia con pérdida de apetito, han sido altamente satisfactorios."
Por nuestro propio bien y por el de los seres queridos, hay que tomar el Sanatogen.
Sométalo a la Prueba Hoy Mismo
En las Farmacias
Rechácense imitaciones con nombres semejantes. Recordar bien el nombre SA-NA-TO-GEN, preparado por The Bauer Chemical Company, Inc., 30 Irving Place, New York, E. U. A.
Folleto explicativo gratis a todo el que lo pida al Representante Único en la Argentina:
HARRY F. FLACHS
Galería Güemes 456 Buenos Aires
EL TÓNICO-NUTRITIVO QUE LA CIENCIA ALABA
SANATOGEN
RECOMENDADO POR 22,000 FACULTATIVOS

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.

Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.º 30.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


BIZCOCHOS
CANALE
Insuperables
para
té, chocolate
y
vinos añejos.
Ideal para niños
y
convalecientes.
BIZCOCHOS CANALE



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

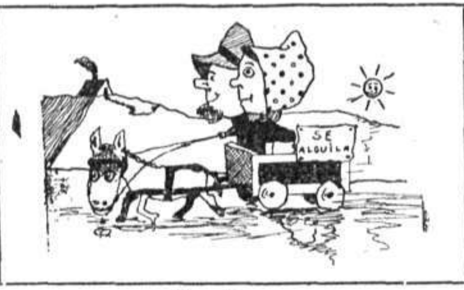


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.

Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



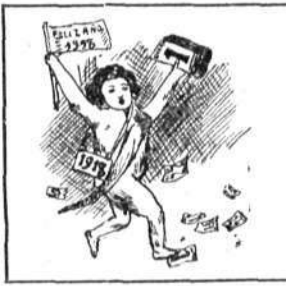
26 — ¡A la Comisaría!
ROLANDO ALBERTOLLI.



27 — De paseo.
PEDRO CAPEDRONI.



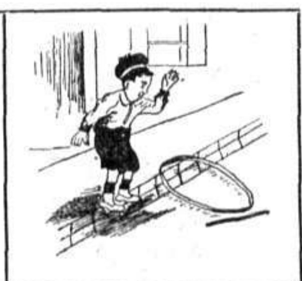
28 — Dando lección de geografía.
FLORINDA F. PÉREZ.



29 — ¡Feliz año nuevo!
ABILIO BARRETS.

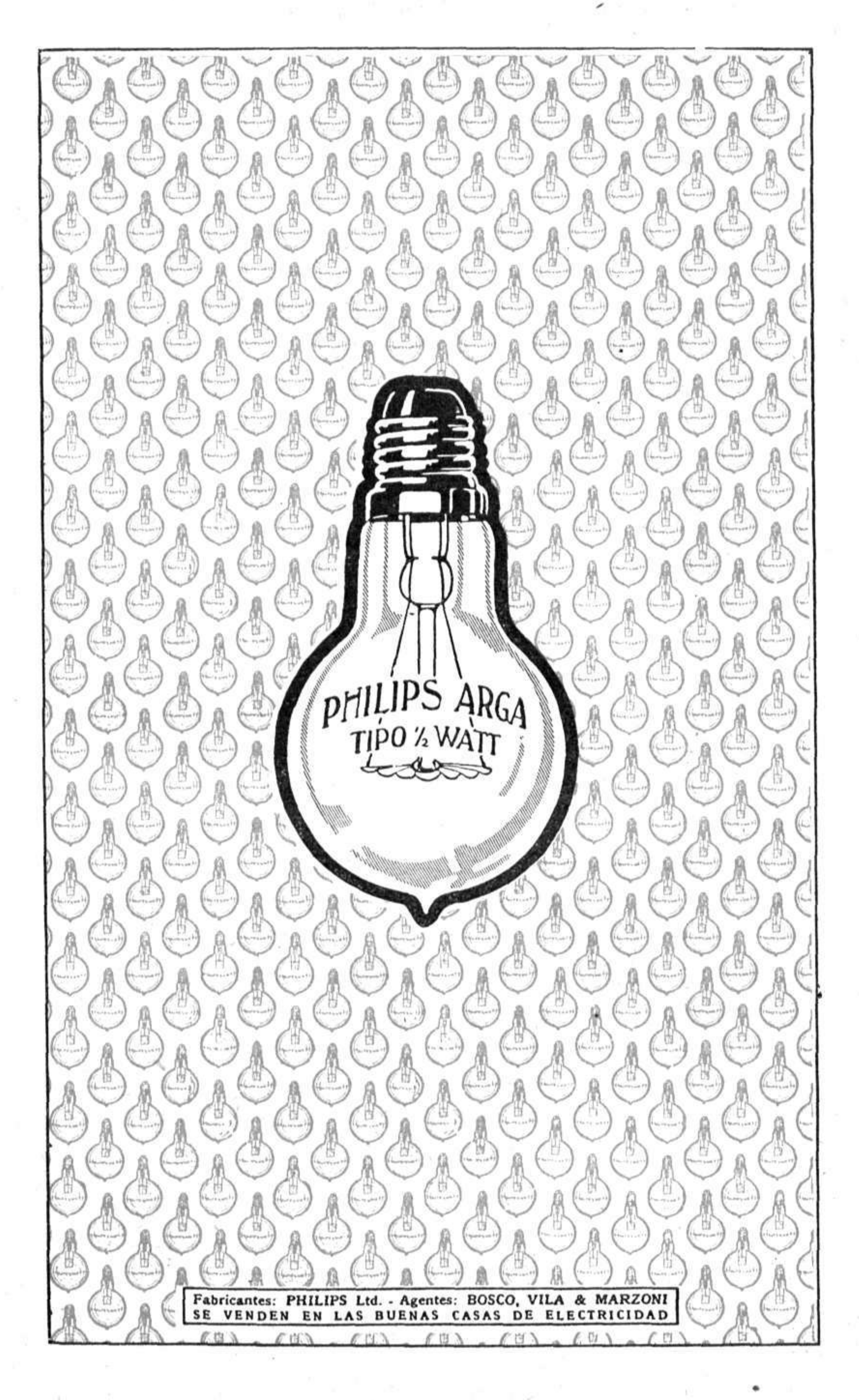


30 — Comentando la crisis.
ALBERTINA SCHELLHARS.



31 — Jugando al arco.
ELENA TANZIET.




PHILIPS ARGA
TIPO ½ WATT
Fabricantes: PHILIPS Ltd. - Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD

"Perico", el egoísta

Eranse dos gatos diametralmente opuestos en sus gustos y costumbres; dos gatos que eran acabados modelo de orden y de desorden, refunfuñón el uno y paciente el otro, pendenciero y egoísta el flaco y desgarbado; enemigo de peleas y altruísta el otro, gordo y hermoso. El uno se llamaba *Perico* y *Muscio* el otro. Mientras *Perico* andaba por los tejados de las casas vecinas a la que habitaba y donde él y su compañero eran objeto de todas clases de cuidados, *Muscio* permanecía siempre junto a su dueña en las horas de costura y el resto del día se lo pasaba durmiendo en un cajón colocado en el hueco de la cocina o en acecho de los ratones que de vez en cuando asomaban su hocicito por algún agujero. Otras veces se entretenía en jugar durante largo rato con bolitas de papel, en tanto que su compañero *Perico* andaba de azotea en azotea, escalando muros y corriendo y saltando cuando los perros o las gentes lo perseguían.

Después de varios días de ausencia, empleados en correrías diversas, regresaba a casa de sus dueños todo sucio, con las pestañas quemadas, con el pelo enredado, hambriento y ansioso de reposo. Si al llegar encontraba que *Muscio* se hallaba sobre una silla, donde el ama de casa había colocado una manta para mayor comodidad del limpio y prolijo animalito, *Perico* comenzaba a refunfuñar y lo hostilizaba de tal manera que *Muscio* concluía por cederle el puesto. Primero se subía maullando sobre la silla, luego lo empujaba un poco hasta conseguir un lugarcito, más tarde le tomaba la mitad del asiento, hasta que el buen *Muscio*, por evitar camorra, saltaba de la silla y se alejaba. Entonces *Perico* lanzaba un maullido de satisfacción, se tendía sobre la manta, estiraba sus patas



y se dormía durante largas horas.

De idéntica manera obraba cuando encontraba a su compañero comiendo. ¡Era entonces de ver el alboroto que se armaba entre los dos gatos! Pero, tras prolongada lucha, *Muscio* cedía siempre. Aconteció un día que la señora puso frente a *Muscio*, para que comiera, un tarro que contenía algunas sobras de conserva. Mientras el animal comía con fruición el delicado manjar, llegó *Perico*, y siguiendo su mala costumbre, hija de su profundo egoísmo, intentó arrebatar a *Muscio* su alimento, el cual le opuso una enérgica resistencia. Mas *Perico* no cejó en su empeño; metió toda la cabeza dentro del tarro en tal forma que desalojó al pobre *Muscio* que le propinó un zarpazo. Al hacer un movimiento defensivo *Perico* hundió más la cabeza dentro del tarro a tal punto que desapareció completamente dentro de él. Viendo que no podía sacarla empezó a correr desesperado de un lado a otro de la casa y a no haber mediado la intervención de uno de los hijos de la señora, que se llevó con tal motivo un gran susto, *Perico* habría muerto asfixiado. Este merecido castigo no curó a *Perico* de su feroz egoísmo, que perturbaba de continuo la tranquilidad del buen *Muscio*.

Reflexionando un día sobre estos ejemplares de la raza felina, tan distintos, la dueña de la casa dijo a sus hijos: En todas partes, en todas las esferas del mundo animal, existe el egoísmo. Es un sentimiento disolvente, que amarga todos los instantes de nuestra existencia, es una sombra nefasta que origina penas y tristezas. Para contrarrestar su influencia, tengamos siempre el corazón caritativo y la mano generosa.

Adelia Di Carlo.



Coche de Turismo
Cuatro Cilindros, Tipo Liviano

$ 3.250 m/n.

Alumbrado eléctrico — Arranque eléctrico
Encendido por magneto

Una Compra Lógica

Un automóvil *mejor* por precio *menor*.

Esto es lo que significa para Ud. el éxito Willys-Overland.

Este año, debido a un nuevo perfeccionamiento en la industria automovilista, esta compañía ha aplicado las economías de una vasta producción a la variedad más completa de coches útiles que jamás ha sido ofrecida por cualquier fabricante de automóviles.

Todos los gastos generales que hasta hoy se habían cargado a una sola clase de coches, se han distribuido entre varios grupos, incluyendo no solamente coches de precio bajo, sino coches lujosos que se venden a precios moderados.

Ofrecemos a Ud. un verdadero valor en coches de cualquiera clase — todos coches de mérito — y alguno de los cuales, sin duda, se adapta especialmente a las necesidades y gustos de Ud.

Cualquiera de estos modelos representa tal mérito, que todo deseo que se tenga de satisfacer el orgullo, economía, seguridad y placer debe aconsejar la preferencia de un modelo Willys-Overland.

Sírvase Ud. indicarnos qué clase de coche desea. Podemos ayudarle en la elección. La solución será permanente, tal como han podido hacerlo millares de otras personas.

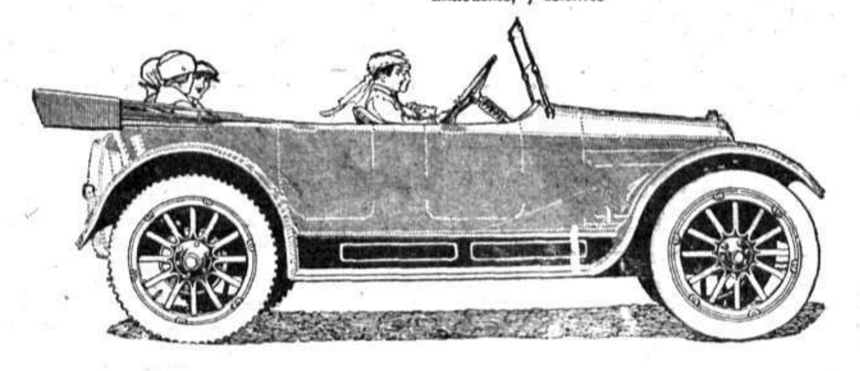
Una demostración práctica es lo mejor.

Los Modelos Willys-Overland Incluyen:

Coches de Turismo Overland, 4 cilindros:
Tipo grande, 35 HP., 7 asientos
Tipo liviano, 32 HP., 5 ,,
Tipo «Sport», 32 HP., 4 ,,

Coches Willys, 6 cilindros:
Turismo, 7 asientos.
Coches Willys-Knight, 4 cilindros:
Turismo, 7 asientos
Limousine, 7 asientos

Willys-Knight, 8 cilindros:
Turismo, 7 asientos



P. A. HARDCASTLE

PLAZA MAYO (PASAJE OVERLAND) — BUENOS AIRES

The Willys-Overland Company, Toledo, Ohio, E. U. A.
Fabricantes de automóviles Willys-Knight y Overland
y Carros comerciales ligeros


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE
VIRUTA Y CHICHARRÓN


¿ESTAS LISTO?
FALTA UN POQUITO!


TENEMOS QUE APURARNOS!
ESTÁ TODO PREPARADO!.
CH.


¡CORRE QUE SE ESCAPA!!
¡¡FUERZA AMIGO!!


¡LO CACE!
¡¡LLEGAMOS JUSTITOS!!


?
¡¡LLAMA A UN AUTOMÓVIL!!
¡CHE! ¡¡NOS PIDE LOS BOLETOS!!

KODAKS

¿Quiere Vd. ser fotógrafo?

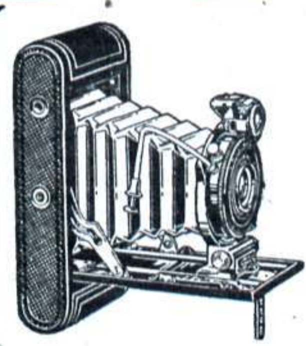
Nada hay más fácil

Compre una KODAK

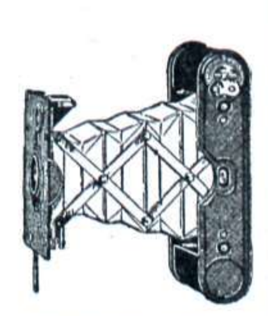
Se le enseñará fotografía

GRATIS

Por TECNICOS ESPECIALES



KODAK AUTOGRAFICA
Especial N.º I, $ 160.—



VEST POCKET KODAK
Autográfica, 4 x 6 ½ centms.
$ 25.—

Revelación e impresión en 6 horas

en la casa



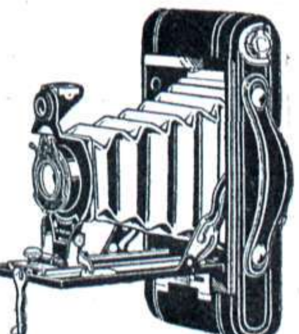
CALLAO Y Bmé. MITRE

FLORIDA Y LAVALLE

BUENOS AIRES

ROSARIO: Calle Córdoba N.º 1048/52

KODAK JUNIOR
Autográfica, N.º 1A, de 6 ½ x 11 centímetros, $ 50.—

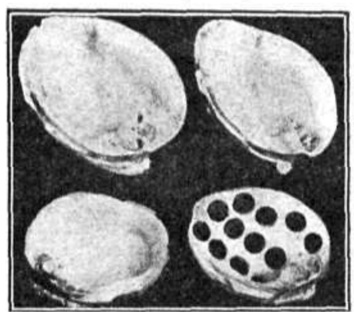


BROWNIE, PLEGADIZA
Autográfica, N.º 2, de 6 x 9 ctms.
$ 26.50

De cómo los peces producen botones

La industria botonera ha corrido en los últimos años el riesgo de extinguirse. La dificultad consistía en que los hombres que se dedican a cosechar los materiales necesarios para fabricar botones, materiales que precisan algunos años para formarse, se tornaron de repente muy activos en la recolección de aquéllos y poco se ocuparon de sembrar la semilla de la materia bruta. Los peces han recibido el encargo de salir a sembrar las semillas de la nueva cosecha.

¿Cómo se ha realizado esta notable labor? Veámoslo. Llegó a descubrirse que el alto Missisipí era un sitio ideal para el cultivo de los mejillones, los cuales existían en abundancia en dicho río. En tal virtud se fundó un establecimiento de pequeñas proporciones en Muscatine, Iowa, a fin de convertir las conchas de



mejillones en materia adecuada para la fabricación de botones. La variedad de mejillones conocida con el nombre de cabeza de negro (niggerhead), la cual tiene cerca de 5 pulgadas de largo, es la más apreciada, aun cuando otras variedades se prestan también al mismo objeto.

Los mejillones acostumbran de ordinario formar bancos en las desembocaduras de los ríos, colocándose con la cabeza vuelta hacia la parte superior de los raudales, de manera que las aguas cargadas de alimentos puedan pasar por entre sus abiertas bocas. Cualquier objeto extraño que pase por entre sus valvas obliga al molusco a cerrarlas, aprisionando dicho objeto. Los pescadores se aprovechan del conocimiento de este dato y se valen de una hábil treta para pescar los mejillones, treta que consiste en lo siguiente: hacen un aparato que se compone de un aro del cual penden varios cordeles, que tiran sobre los bancos. Cada vez que se practica la operación y pasan los cordeles por entre la boca del mejillón, éste los agarra. Los cordeles son retirados luego, y muchos pescadores sacan diariamente de ese modo unas mil libras de mejillones que valen $ 8 o algo más.

Tan grande ha llegado a ser el número de establecimientos del alto Missisipí y tan activos se han mostrado los pescadores, que los bancos están casi agotados. Cincuenta mil toneladas de conchas consume todos los años la industria, la cual se ha extendido a otros ríos y arroyos situados en la localidad mencionada. Los fabricantes que se sirven de las conchas de mejillón han tenido, de consiguiente, que buscar otros veneros o que mejorar los bancos existentes. Estas personas resolvieron dirigirse al Congreso, y, a su vez, este cuerpo preguntó a la oficina de pesquerías lo que podría hacerse. Esta rama científica del gobierno comenzó a practicar investigaciones que nos han revelado la vida que lleva el mejillón en la soledad de su morada.

Se descubrió que los mejillones pequeños comienzan a vivir en un huevo, cosa sin amparo que flota en el agua y acaba por irse al fondo. Allí se amontonan en el fango y en los sedimentos, y mueren si no consiguen anidar entre las escamas de ciertos peces que les sirven de incubadora; cada pez puede llevar sin daño, para él, de 500 a 1.000 gérmenes. Conocido este hecho, el gobierno de la Unión, sostiene incubadoras de peces, y todos los años da suelta en los afluentes de los grandes ríos a millares de peces que propaguen la especie; pero previamente estos peces son cubiertos de parásitos alojados entre sus escamas, así cada uno de ellos lleva consigo 500 o más gérmenes de mejillones, de modo que por medio de los peces de río se forma todos los años enorme cantidad de mejillones cuyas conchas son aprovechadas en la fabricación de botones y extracción del nácar.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, una vez por mes publicaremos una sucinta bibliografía y juicio crítico de los libros que hayan aparecido en ese tiempo.



El clero católico y la educación, por *Constancio C. Vigil.* — Cuestiones como las de que trata este folleto, son de aquellas que vienen, desde hace siglos, dividiendo las opiniones de los hombres, y, naturalmente, son también de aquellas que pueden sostenerse o atacarse con infinitos y valederos argumentos. Las tesis que el señor Vigil defiende ahora, son, sin duda, interesantes; pero tienen un sabor demasiado pronunciado a cosas viejas, bien es cierto que las cosas viejas suelen ser de permanente actualidad. De todas suertes, la verdad es que cuando no se tiene una inclinación muy fuerte al proselitismo, estas campañas no provocan una acción definida y constante; pero ya es un mérito, en estos tiempos de indiferentismo, preocuparse de la propaganda de las ideas propias, cuando la propaganda es sincera y desinteresada, como es el caso ahora.

Estudios históricos, por *Ricardo Levene.* — Este distinguido profesor ha dado a luz dos folletos de carácter histórico, de grande importancia. Trata el primero de un estudio de Mariano Moreno sobre la mita, escrito en 1802 y leído en la academia carolina de Buenos Aires; y el segundo, de procesos instaurados antes de 1810 con motivo de tentativas de independencia. El señor Levene, que conoce como pocos la historia argentina de la época colonial, comenta con lucidez y sólido criterio los documentos del caso, realzando, de un lado, la personalidad de Moreno, y haciendo ver, del otro, cómo el movimiento de 1810 tenía raíces que un incompleto conocimiento de los antecedentes no había permitido apreciar debidamente. Contribuciones valiosas a la historia nacional, los folletos del señor Levene habrán sido, seguramente, recibidos con júbilo por los estudiosos.



El origen del derecho y el derecho griego, por *Juan Pablo Bonifacio.* — El autor de este libro es un estudioso que escribe bien, condiciones que no siempre andan aparejadas en los autores de libros. Y es también un filósofo, preocupado de los grandes problemas que la vida plantea a los que no la consideran como un mero accidente. Ahora, estudia el origen del derecho para demostrar que el pueblo griego, pueblo grande, hermoso, soberbio e inteligente, fué también la cuna del derecho positivo. Con ese objeto, el señor Bonifacio ha profundizado en la historia griega, estudiando la civilización helénica en todas sus fases, de lo cual ha resultado un libro que no por sabio deja de ser ameno. Y buena falta que nos hacen obras como ésta, en que con claridad y precisión se exponen y explican cuestiones de grandísima importancia que siempre es conveniente poner al alcance del mayor número posible de interesados, que deberían serlo todos los que comprenden el valor del saber.



MODELOS DE 1918

SEIS CILINDROS DE LUJO
60 HP.
7 ASIENTOS

SEIS CILINDROS TURISMO
45 HP.
7 Y 5 ASIENTOS

CUATRO CILINDROS TURISMO
35 HP.
7 Y 5 ASIENTOS

El motor Buick con las válvulas en el tope, es sinónimo con el máximum de fuerza, combinado con el mínimo de consumo.

UNICO INTRODUCTOR:
H. C. EHLERT
Callao, 451 - Buenos Aires



En la playa de Quilmes

Pic-nic con que los señores Luis Aubert, Arturo Games y Enrique Hardoy obsequiaron a sus empleados, celebrando el primer aniversario de la fundación de su casa comercial.

El procedimiento de absorción hace a las caras jóvenes

(Del «Home Maker»)

El éxito ha coronado el esfuerzo de los hombres de ciencia, que han estado, durante muchos años buscando un método efectivo de quitar la epidermis exterior de la cara en casos de cutis feos, que fuese completamente sin dolor y que no dañase. El nuevo procedimiento es tan sencillo, tan corriente y tan económico, que es sorprendente que nadie lo haya descubierto antes.

Ha sido ampliamente demostrado que la cera pura mercolizada, que se puede comprar en cualquier botica, quita completamente, por un procedimiento de absorción, toda la piel cutícula vieja, mostrando el cutis sonrosado y joven que hay debajo. La cera mercolizada se pone por las noches y se lava por las mañanas. La absorción limpia también los poros sucios, aumentando la capacidad respiradora de la piel, y la circulación capilar, conservando el tono, color y natural belleza del nuevo cutis.


La Argentina
A. De Micheli y Cia
Avda. de Mayo 1001 esq. B. de Irigoyen
Estamos liquidando
a precios notablemente rebajados,
ROPA INTERIOR DE VERANO
CAMISAS BLANCAS para hombre, con pechera y puños de hilo, desde $ 6.50 hasta.................. $ 2.95
CAMISAS DE COLORES, en zephires de calidad extra, con puños dobles, desde $ 6.25 hasta............ $ 3.25
CAMISAS PARA SPORT y para viajes, de hombre o de niño, el más variado surtido.
CUELLOS de puro hilo, de todas las formas, c/u., a $ 0.70
PUÑOS de puro hilo, de todas las formas, el par, a $ 0.80
CAMISETAS de algodón macó, francesas, desde pesos 3.75 hasta........................ $ 1.50
CAMISETAS de hilo fino, francesas, de $ 8.50 a $ 4.50
CALZONCILLOS haciendo juego, el mismo precio.
CALZONCILLOS de punto, de algodón fino, cortos o largos, desde $ 3.75 hasta.............. $ 2.25
MEDIAS de hilo, muy finas, desde $ 3.50 hasta $ 1.50
MEDIAS de algodón francesas, finas, desde pesos 1.45 hasta.............................. $ 0.45
CREDITOS
Acordamos créditos pagables en 10 meses.
SOLICITEN CONDICIONES
Sucursal en MAR DEL PLATA San Martín 2573

Salta. — Los juegos florales



La bella señorita Carmen Anzoategui, reina de los juegos.



Comisión organizadora de la fiesta: señores Cosme Morsenios, Angel Galarreta, Manuel Goñi, Eriberto Cid, José Aguirre.



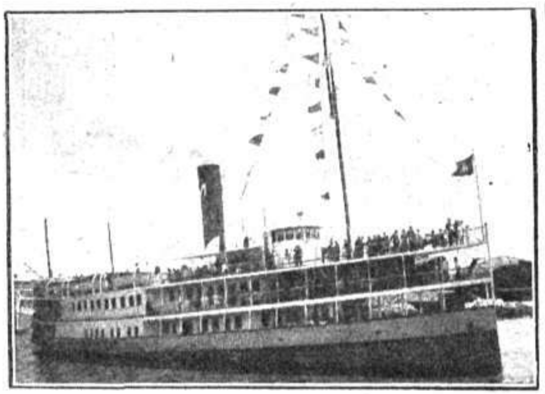
Señor Angel Luya, premiado por su poesía «Canto a la Paz».

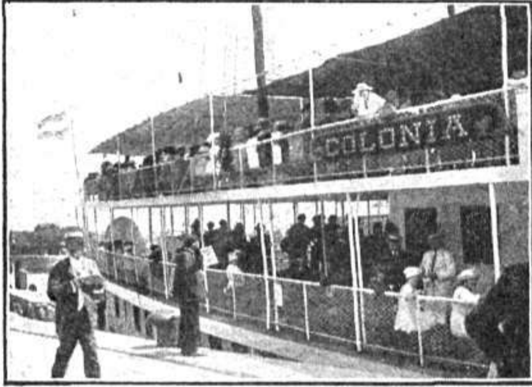


La reina de la fiesta, con su corte de honor, en el palco escénico del teatro Victoria.

Real de San Carlos

Las excursiones en el vapor "Colonia". — Gran concurrencia de familias. — Fiestas en el Real — El Casino, la playa y el hotel.





El lujoso y rápido vapor «Colonia» que efectúa todos los domingos, a las 10 a. m., la excursión al Real de San Carlos.

Los grandes éxitos que alcanzan las excursiones de los domingos al Real de San Carlos tienen su explicación en los muchos encantos que ofrece el paseo a las familias. En la presente estación de verano, ir al Real supone hacer una excursión de descanso, de distracción y de higiene espiritual. El vapor «Colonia» atraviesa el Río de la Plata en dos horas, hasta llegar a los grandes muelles del Real de San Carlos, ubicado, como se sabe, sobre una loma alta, frente al gran estuario y a uno de los costados de la histórica ciudad uruguaya, La Colonia, que se particulariza porque aun conserva el típico estilo colonial.

Una vez en el Real, los excursionistas tienen un programa de fiestas y espectáculos dignos de ser gustados. Consta ese programa de paseos campestres, funciones teatrales al aire libre, baños de mar, entrada al gran Casino y paseos en tranvía a vapor, hasta las 7 de la tarde, hora en que el vapor «Colonia» regresa con los excursionistas. Al partir se sirve a bordo una excelente cena y se improvisan sobre la hermosa cubierta del navío bailes y tertulias familiares.

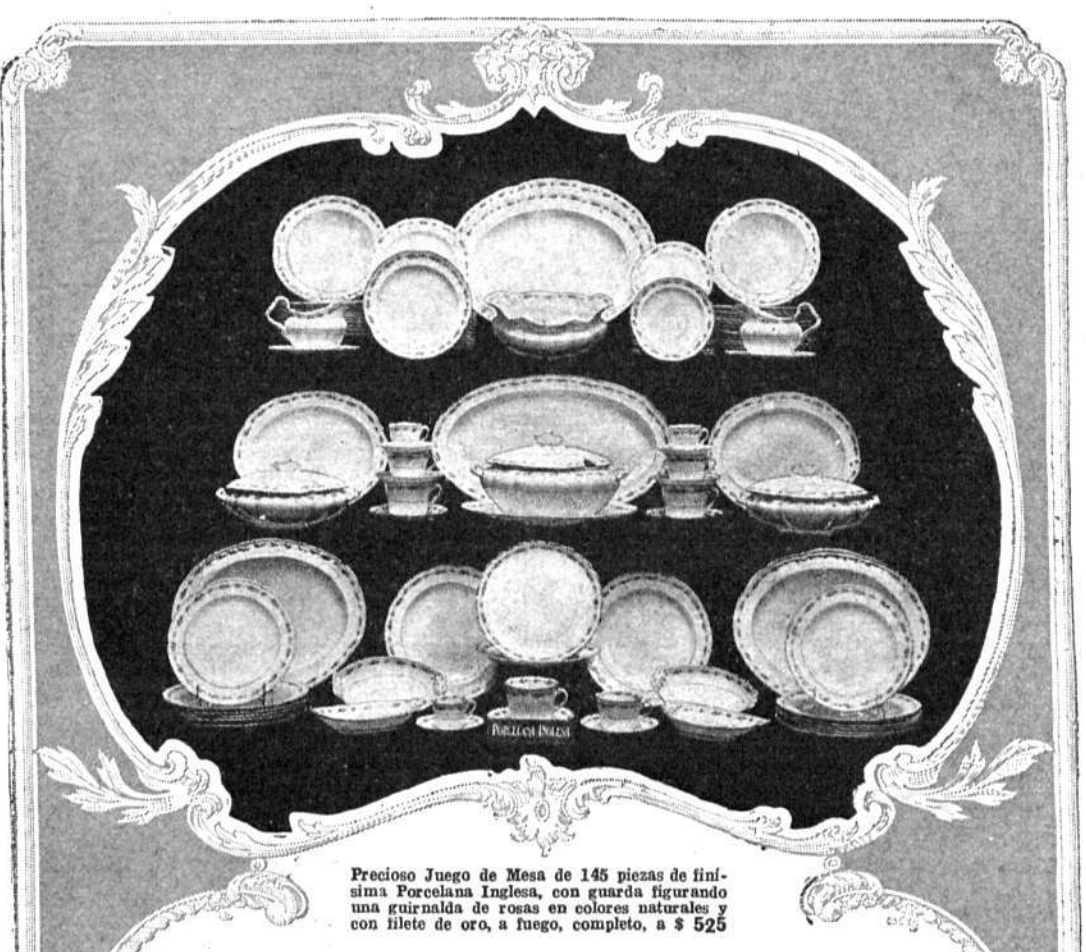
Toda esta hermosa jornada se hace con la modesta suma de diez pesos moneda nacional. ¿Cabe un día mejor y más bellamente empleado? Las familias responden de modo afirmativo, pues el «Colonia» sale repleto de ellas.

El domingo próximo habrá en el Real números de fiesta extraordinarios.

En cuanto a los viajes diarios que realiza a las 6.30 p. m. el vapor «Helios», podemos decir que revisten importancia, pues son numerosos los sportmans argentinos que se trasladan al Casino del Real, en el que funcionan los salones de ruleta y de otros juegos de azar.

El «Helios» regresa todos los días a la una de la noche.

El confortable comedor del «Colonia».



Precioso Juego de Mesa de 145 piezas de finísima Porcelana Inglesa, con guarda figurando una guirnalda de rosas en colores naturales y con filete de oro, a fuego, completo, a $ 525

NUESTRAS SECCIONES

de Porcelana y Cristalería fina, instaladas en el SALON BLANCO

son más que secciones: SON VERDADEROS EMPORIOS DE ARTE.

Entre los regios Adornos y Juegos de Mesa que en él se exhiben, son dignos de admirar los riquísimos modelos de Porcelana Inglesa, que se distinguen por su blancura y diáfana transparencia; los magníficos Jarrones de finísima, porcelana "Royal Doulton" en Rouge Flambé; los preciosos objetos "Titanian", pintados a mano, y la inimitable variedad de producciones de las manufacturas de "Royal Worcester", "Coalport", "Wedgwood", "Cauldon", etc.

En nuestra Sección CRISTALERÍA, sobresalen también los preciosos Juegos de Cristal Inglés, cortado, para mesa, destacándose los de estilo Byzantine por su carácter de reproducción antigua.

Mappin & Webb

tienen el honor de invitar a todos los que deseen objetos de verdadero mérito, a que favorezcan este notable Departamento con una visita.

28 - FLORIDA - 36 BUENOS AIRES

Sucursal en Mar del Plata: Calle Rivadavia (frente al Bristol)

Inventos, recetas y procedimientos útiles.

EL HUEVO MAGICO



Se toma un huevo crudo de los de mayor tamaño y se le vacía, agujereándolo con un alfiler en cada extremo de la cáscara. Una vez vacío, se le llena de arena finísima por los mismos agujeros hasta una cuarta parte de su capacidad, tapando los agujeritos con cera blanca. Entonces nada más fácil que sorprender la ingenuidad de los chicos con ejercicios de equilibrio, pues el huevo, gracias al peso de la arena, se sostendrá en el filo de un cuchillo o en el borde de un vaso, tanto por un extremo como por otro, con tal de tener la precaución de que la arena esté en la parte del huevo que sirve de base.

BETÚN PARA EL CALZADO. — Da excelente resultado la fórmula siguiente:

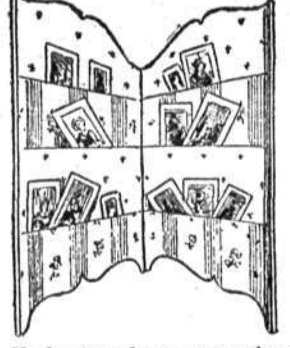
Carbón animal................	8	gramos.
Aceite común.................	5	»

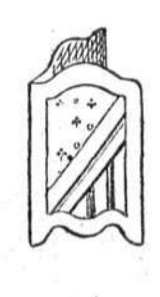
Se mezcla bien y se añade:

Azul de Prusia...............	3	gramos.
Goma laca....................	3	»
Acido clorhídrico............	2	»
Melaza	10	»
Goma arábiga.................	2	»
Vino	30	»

Mézclese perfectamente.

BIOMBO PARA RETRATOS





Un bonito adorno para colocarlo sobre la chimenea o en una rinconera, es un biombo porta-retratos. Puede hacerse de cartón grueso, o bien de madera muy delgada si se es aficionado a la carpintería. Se cortan dos hojas iguales, y se unen por medio de una tira de tela pegada con syndetikón, de manera que puedan abrirse y cerrarse como un libro. Después, por la parte de dentro de cada una, se forman con cartulina unos a modo de bolsillos, según se ve en el grabado de la izquierda. Dos o tres de ellos a cada lado son suficientes. Estos bolsillos, destinados luego a poner los retratos, se forran con seda o raso, y el exterior del biombo se reviste con ese papel imitando cuero que emplean los encuadernadores y los estuchistas. Estos biombos son especialmente de aplicación para retratos en postales. Desde luego, el efecto depende mucho del gusto del que los hace.

Concurrencia que asistió al concierto y baile dado en el «Royal Hotel».

Invitados a la fiesta celebrada el día de Reyes, por los esposos Fresco-Martínez.

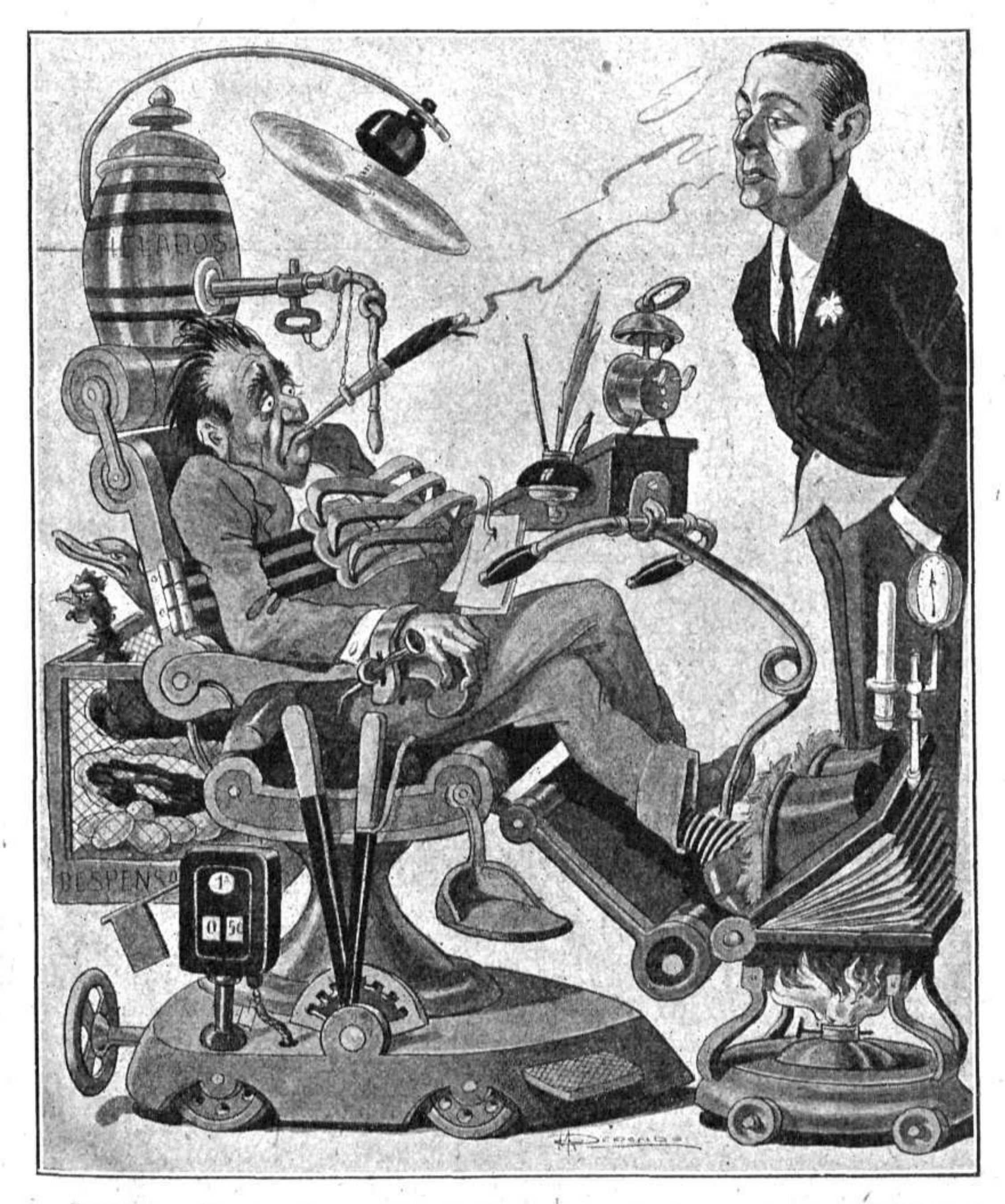

Para recuperar las fuerzas perdidas en el baño, nada mejor que el
CINZANO
VERMOUTH
TORINO

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 2 DE FEBRERO DE 1918 — N.º 1009

El aferrador legislativo



Demaría. — Ya que ni con notas ni telegramas conseguimos sesionar, apelaremos a estas bancas para tener *quorum;* ellas consultan las necesidades del legislador, y le administran las dietas por taxímetro. ¡Sacaremos patente!

Dib. de Redondo.

La Arcadia Porteña



Los idilios del Jardín Zoológico son más puros y cristalinos que el agua de fuente; los bancos, estratégicamente emplazados *au grand air;* nada de flores lujuriosas, orquídeas azoradas, rosas de sangre épanouies, gardenias de olores capitosos, nada de eso; florecillas simples del campo y malvones, malvones comunes por todos lados; las fuentes brillan al sol y no susurran canciones de misterio, cantan tan sólo la fuerte y cristalina melodía de las aguas movidas; tampoco hay la espesura de bosquecillos secretos para ver *l'envers des feuilles à la Catulle Mendes*, y, por lo tanto, a la clara luz del día y al abierto, los idilios humanos se inician tan sólo y son más puros y cristalinos que el agua de fuente; los actos ejecutorios posibles aquí en este parque, rodeado de rejas y abierto de sol a sol, los cumplen tan sólo los ejemplares de las colecciones. Yo no sé lo que pueda sucederen las sombras violentas de las avenidas de afuera, al anochecer, entre las magnolias tupidas, silenciosas y de densa tiniebla en la dulce hora del crepúsculo muerto, allá del otro lado de la avenida; yo sé de mis idilios, ingenuos como los de la Arcadia, llenos de la cortedad un *peu gauche* de la *petite oie de province*, casi rústicos y casi creyendo en las pastorcillas del Helicón, si anduvieran descalzas; pero van tan bien calzadas aun las hijas del pueblo en Buenos Aires, que quizá nada se pierda; al contrario, el polvo del camino no deturpa esos pies breves, que se suponen rosados.

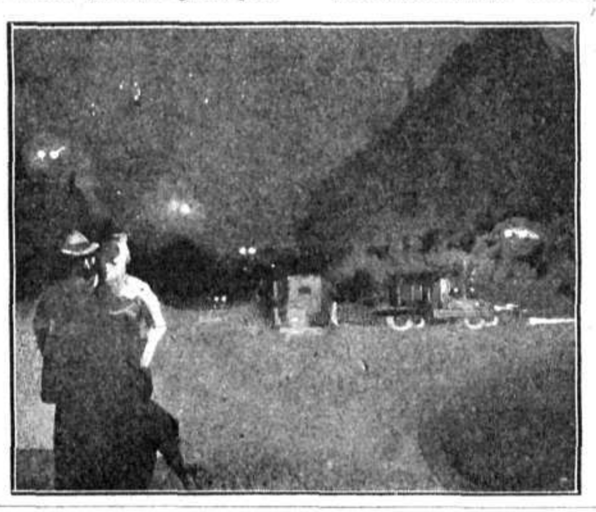
No me llaman la atención esos pequeños *rendez-vous* (no idilios) de entre semana, pequeño contrabando a las horas del taller, de la clase y de la academia; allí hay muchos polvos graveolentamente combinados al heliotropo, labios demasiado sanguíneos, ojeras verdaderas o artificiales y jóvenes imberbes de hombros cuadrados, un tanto a *l'apache* y que llevan escrita bien clara en la frente la palabra rabona. En estas citas hay artificio, hay melindres que desafinan con el ambiente campechano y con el traje femenino de esas criaturas, que dista mucho de ser el de las marquesas Luis XV. Conversaciones oídas al pasar, de un tono subido y que da fastidiosos desasosiegos, risas demasiado nerviosas y fuertes y piernas violentamente cruzadas, que dejan vía libre hasta más allá de la rodilla. En fin, fruta verde que empieza a marchitarse antes de ser pintona. El sol monta al cenit y alumbra con luz más violenta ese teatro inadecuado para esas cosas; los de la cita se van con la música a otra parte.

Mis idilios encantadores son otros, son los del domingo; son aquellos mismos que en casto romanticismo fomentaba por doquiera con tentaciones de bancos en los paseos nuevos de Tucumán, el ex gobernador Padilla. Aquí no hay que fomentarlos; los domingos, a eso de la una de la tarde, entran en oleadas las buenas e ingenuas parejas. No hay polvos, hay frescura, no siempre belleza; no hay lujo, rara vez buen gusto, y vienen al Zoológico no para ver algo, vienen porque sí, porque, distraídos y concentrados a la vez en la tarea verdadera, pues no son las escaramuzas de las mundanas, aquí no hay que cuidarse del tráfico inoportuno y peligroso de tranvías y automóviles. Entran a la una de la tarde; él con su traje dominguero, de mayor elegancia pero más abundante si el portador es mucamo, reciamente atusado el bigote y el chambergo cranement puesto sobre la nuca; ella de seda o de muselina fresca, pero siempre de trajes cortados con el hacha, trae su infaltable sombrilla y su pañuelo; entran asidos de la punta de éste; así no hay miedo que la pareja se separe ni por un momento; hay que darles lugar; apenas uno que otro chico que corre, pasa abajo de ese anillo de conjunción honesta, y se me ocurre que a la noche esa punta de pañuelo tan dulcemente tironeada y hamacada, ha esfumado en un gris suave las nítidas blancuras de las lejías calculadas y preparadas para el domingo: como que esas manos honradas y trabajadoras no han sido cuidadas por el manicuro. Y huele bien esa gente, a sano olor de salud, a buen olor de jabón amarillo.

Y siguen andando, andando, vuelven a encontrarse en el mismo punto y no se dan cuenta, y charlan y ra-

zonan seriamente, ella mirando constantemente al suelo, él mirando hacia adelante, a lo lejos. Distraídos, casi golpean en un banco desocupado; se sientan al fin; no es natural en esa clase de jóvenes el ademán instintivo de los elegantes de subir ligeramente el pantalón, por horror a las rodilleras; acompasados y pensadores, toman la posición del preocupado, apoyan los dos codos sobre las dos rodillas, pero no el derecho sobre la izquierda, posición posible y muy natural sólo en el pensador de Rodin. Ella, muy compuesta, se sienta a una cuarta de distancia, las rodillas bien juntas y la amplia pollera en buenos pliegues, que no permiten apreciar si la heroína es o no *fausse maigre* o tiene el anca poderosa de una futura *mère gigogne*.

A ojo de buen cubero podría jurarse que ambos, si no lo son, están en el deslinde del analfabetismo; sin embargo, como enorme lápiz de escenógrafo entra en acción en el suelo el regatón de la infaltable sombrilla; rayas que van, rayas que vienen, curvas, ángulos, pero no son palabras ni misteriosos signos de amor, es tan sólo que las manos no saben donde colocarse, y manejan un rato él, un rato ella, la sombrilla auxiliadora, pretexto para no mirarse en la cara, y tan absorbidos están en su tarea y en su charla que no se dan cuenta que alguien se ha sentado cerca de ellos. Yo lo he hecho y he sorprendido sus frases de idilio; los quehaceres de la vida diaria, la posibilidad de volver a encontrarse el domingo próximo. Dice ella: Ramona había quedado en salir hoy conmigo a las dos de la tarde, y yo pedí permiso a la señora para salir más temprano y no encontrarme con ella, y ahora, por causa de usted, voy a perder una amiga. — Dice él: Y, ¿qué le importa, señorita? Usted sabe que yo siempre paseaba los domingos con mi prima Candelaria y ahora la pobre está enfadada porque prefiero pasear con usted. — Dice ella: ¿Pobre? Vaya, búsquela; de todas maneras a mí no se me importa, y ya me voy porque la señora quiere que esté en casa temprano. — Dice él: Pero, señorita, usted no me está contemplando; si yo no la prefiriera a usted no le hubiese traído esos churros y ese par de tijeras que usted me pidió. — Y ella: Vaya, vaya, así son todos ustedes; parece que se mueren atrás de una y porque la señora no quiere que a la noche salga a la puerta de calle, se van por ahí a pelar la pava con otras; ¿cree que yo no sé? — Pero lo que sé, señorita, dice él, es que usted sospecha de mi honradez, que cree que la engaño; así tuviera ya los treinta pesos que aún me faltan para decirle a usted de ir a la iglesia.



A la fatídica última frase se suspende el agitado traqueteo de la sombrilla; ya no se acuerda que la patrona quiere la vuelta temprano, y él, tímidamente, desde la punta del pañuelo se escurre a tomar el dedo. Es tiempo que yo me levante y desde lejos, como un patriarca, bendiga *in pectore* esa primera frase de compromiso y me alegre de que en los justos y protocolares límites de ingenuos y sencillos idilios el paseo popular de los domingos en el Zoológico contribuya con su luz, con su aire, con sus sombras abiertas, a aumentar las listas del Registro Civil.

C. ONELLI.

Dib. de Alonso.

LA DESPOSADA

Anonadada, atormentada, muerta,
—*casi una sombra, menos que una sombra*—
apareció en el vano de la puerta
"Aquélla" a quien el labio nunca nombra.

Había tal angustia en su presencia,
tal desazón en su actitud, tal cuita,
que evocaba su pobre adolescencia
el botón de una flor que se marchita.

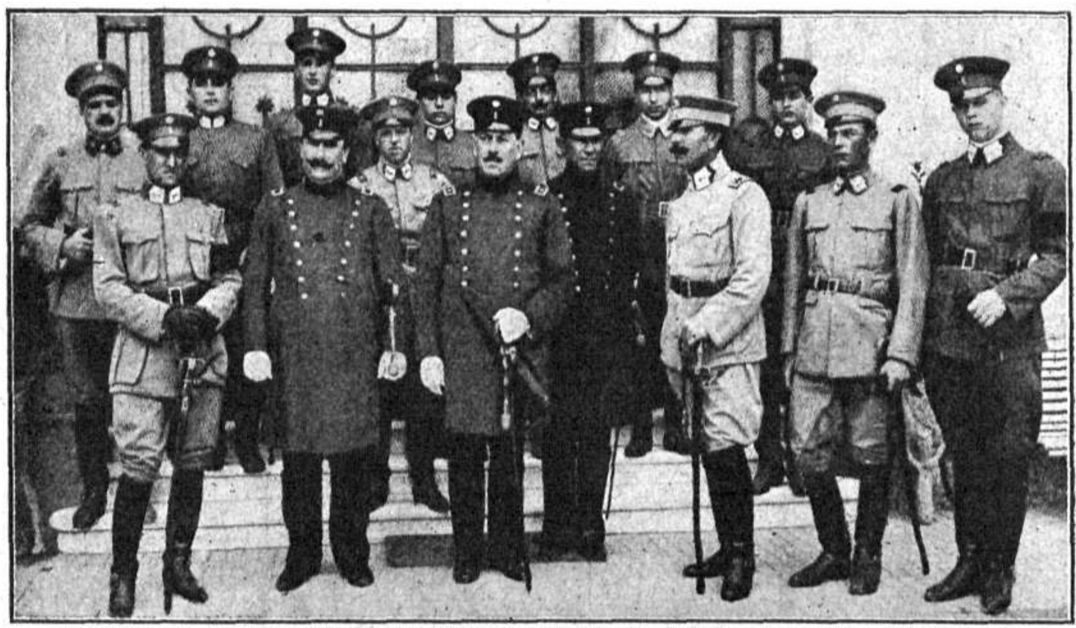
Botón en flor, rosal que no está abierto,
lirio que está en promesa todavía:
todo al abrir y todo casi muerto,
antes de saludar la luz del día...

Así pasó... (¿Pasó del todo, acaso?)
Quise seguirla y me faltó el aliento...
Cobarde corazón, ¿por qué te siento
latir, si no se escucha ya su paso?

LUIS MARÍA JORDÁN.

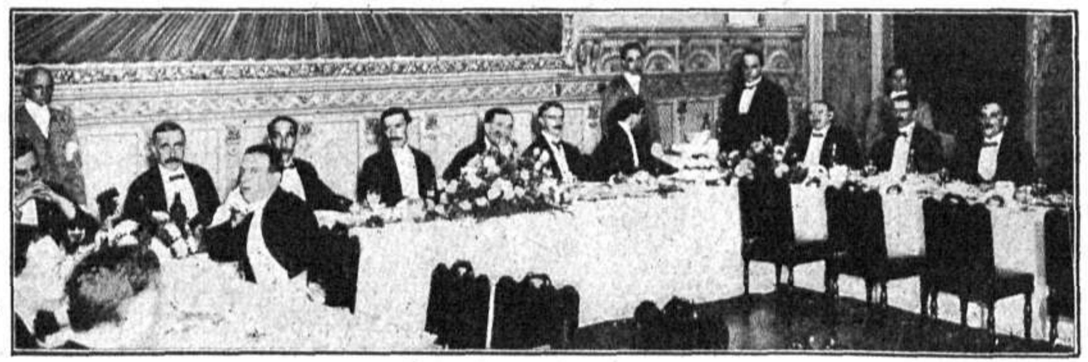
Dib. de Larco.

En el Regimiento de Granaderos



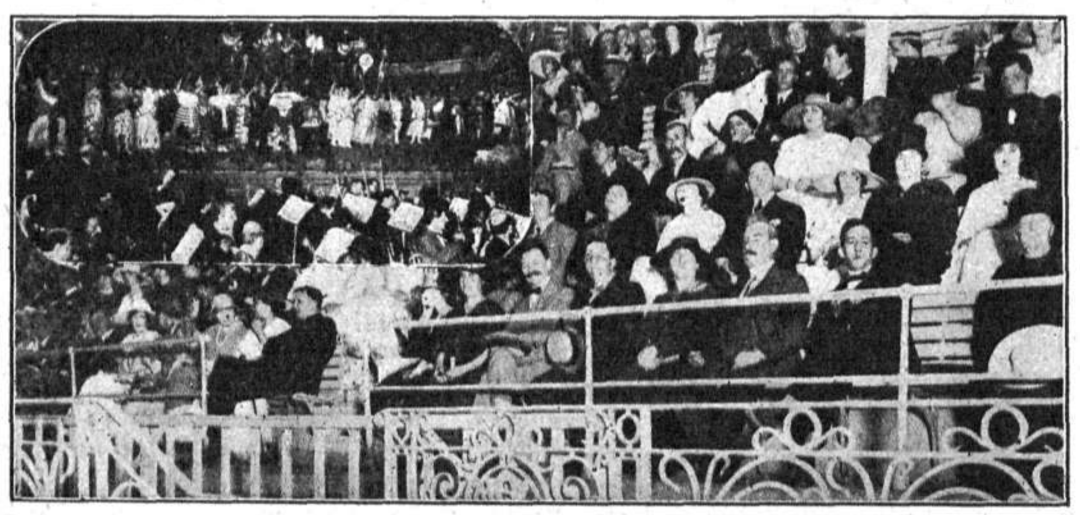
El coronel Bortagaray, en compañía de jefes y oficia es del Regimiento, después de hacerse cargo del comando del mismo.

Demostración al doctor Villarroel



Banquete dado en el «Club del Progreso», por los amigos del doctor Luis C. Villarroel, despidiéndolo de la vida de soltero.

"Aída", en la Rural



Una de las tribunas de la Sociedad Rural, durante la representación de la ópera de Verdi; en el óvalo, la hermosa escena final del 2.º acto.

JOSÉ MARÍA CAO

Fué este noble maestro del lápiz y de la pluma un revolucionario, un transformador del humorismo argentino. La caricatura no seguía el desenvolvimiento acelerado de nuestra cultura; la ironía burda dibujaba sobre las planchas litográficas, valiéndose de todos los medios, sin ley. Cao encontró el modo de hacer humorismo sano, y la caricatura ganó en profundidad, en intención, en formas. Adaptándose al ambiente con todo el poder dúctil de su maestría, Cao supo hacer labor netamente argentina; era europeo y no quiso, sin embargo, europeizar.



En tan generosa obra consumió la existencia, derrochando noblemente aquel talento. Porque el alma de José María Cao era un alma prodigio, capaz de mostrar su fuerza creadora en cualesquiera ramas del arte, llamada a producir mejores frutos aún. La pintura, la escultura, el verso, la prosa, la música, nada le fué extraño e inaccesible. El tiempo, ese tiempo con quien nunca pudo contar el artista de los apremiantes dibujos, consolidará su renombre.

El periodismo, como Onfale, obliga a hilar en su rueca a muchos Hércules. Así, Cao consagró toda sus energías a la ingrata tarea de la caricatura. Toda la astuta observación de su fantasía, aquel arte de encontrar el ridículo, de acertar con la frase que hiere risueñamente, andan esparcidos a los cuatro vientos, semejantes a las hojas de otoño, perdido el verdor de la actualidad. Reunir en un ramo, en un volumen, lo más selecto de la enorme y doble labor del caricaturista y del literato, sería un justiciero homenaje.

Su corazón no era la caricatura de un corazón. No hay que mentir piadosamente para alabar las bondadosas condiciones de Cao. Tal vez la extrema bondad, el ingenuo altruísmo de su alma, fuesen los piadosos defectos dé su carácter noble. No sabía cuando la angustia y el dolor ajenos eran fingidos, caricaturescos; creía en los amigos, adoraba a todos los niños; para Cao, la caridad era una bella arte más, una vocación irresistible. Don José María Cao y Luaces nació el año 1862, en Santa María de Cervo, provincia de Lugo. Pasó su infancia en la fábrica de cerámica de Sargadelos, famosos talleres de donde han salido preciosas obras de un arte popular. Allí aprendió a pintar esos decorados, trabando relaciones con el color y el dibujo. Clausurados en 1877 los talleres, Cao se trasladó a la villa de Gijón, siendo nombrado pintor y dorador de la fábrica de Pola, dando admirables muestras de su exquisito gusto y de sus dotes inventivas. Inició luego sus estudios pictóricos en un pueblecito cercano a Madrid, y hubiera, sin duda, sido una de las mejores firmas de la moderna escuela española, como lo demuestran los lienzos y retratos que ejecutó en La Coruña con generales aplausos, si la suerte no le hubiese hecho emigrar en compañía de su familia. Llegó a Buenos Aires en 1886, comenzando su labor en el semanario «El Quijote», durante aquel agitado período de 1888 a 1890, época no exenta de peligros para los caricaturistas. En nuestra revista fué donde Cao halló campo propicio para desarrollar sus talentos múltiples en millares de obras maestras, que siempre se recordarán con admiración.

Ha muerto honradamente, sin deberle nada a la fortuna, para gozar del eterno descanso que tan bien supo ganar como hombre y como artista.



Miembros de la familia y amigos, acompañando los restos de Cao, al salir de la Estación Constitución.

Notas sanjuaninas

El museo Gnecco

Que conozco al Museo Gnecco, hará cosa de unos diez y ocho años: y desde la primera vez que lo visité, allá por el año 98, nunca he pasado por San Juan, sin entretenerme unas horas contemplando la magnífica colección que ha sabido formar este apasionado adorador del tiempo pasado, que es el señor Gnecco.

Por tercera vez he penetrado en el relicario de lo antiguo y, como siempre, he encontrado cosas nuevas y más interesantes que nunca.



El señor Gnecco, teniendo los chifles que pertenecieron al conde D'Eu.

Antiquísima carreta, cargada a su vez de antigüedades.

Cepas colosales, que figuran en el museo.

Lo que es el dueño del museo no descansa. Y en cuanto llega a su oído el rumor de que Fulano de Tal, domiciliado en los quintos infiernos, conserva, — ¡por un decir!, — las pezuñas de la oveja que dió la lana para el poncho del diablo, allá va Gnecco en seguida; trata, regatea y se las lleva no más, porque sería capaz de no dormir, si no llegara a apoderarse de las apreciadas y además históricas pezuñas.

La espaciosa casa del señor Gnecco está completamente llena de los más variados objetos, amontonados y polvorientos. El comedor, el escritorio, la sala, las piezas de dormir han sido habilitadas para sucursales del Museo; el mismo patio se parece a un corralón de artículos y útiles para construcciones.

Y bueno: por mi parte confieso que entrar en aquellos inmensos depósitos, donde descansan miles y miles de útiles, que un día vivieron la vida de nuestros antepasados, me impone un respeto profundo; tengo la sensación de que todo eso hable... — ¡qué sé yo! — de los dulces amoríos de encumbradas damas y fáciles chinitas; de los rencores y odios entre caudillos ambiciosos y crueles... en mi mente se desarrolla como una película, que proyecta el pasado.

La sencillez de la vida de antaño salta a la vista, y comparando la fiebre de hoy con la paz y serenidad de aquellos tiempos, comprendemos que entonces eran más felices, más ricos, porque tenían menos necesidades.

¡Yo no sé por qué deba haber gente que acude al Parque Japonés y al Zoológico, y no pueda haber público para visitar, por ejemplo, una aldea criolla del año 1810!

¿Por qué no construir casitas del tipo colonial, con los muebles como en aquella época y sus habitantes

vestidos como entonces? Se han hecho en Europa castillos y aldeas feudales, copiadas exactamente de las aldeas y castillos medioevales, ¿por qué no debe ser posible hacer reconstrucciones históricas que serían de mucha utilidad para enseñar a nuestros hijos las costumbres veneradas de los antepasados?

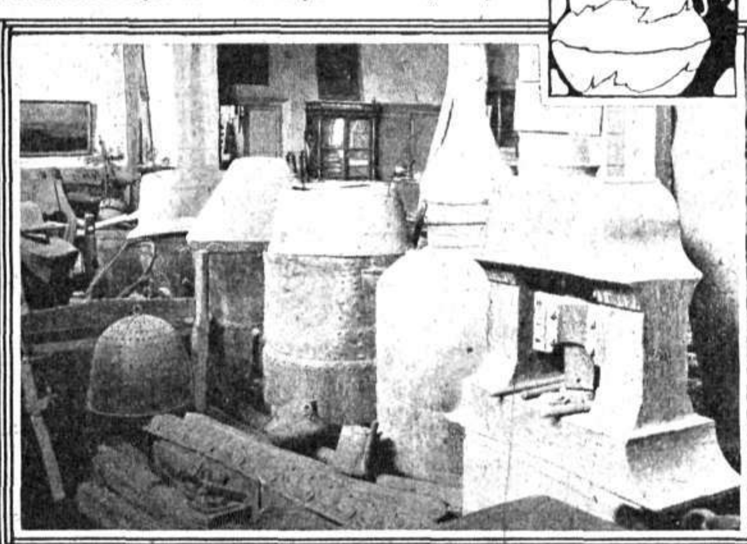
Lo que contiene el Museo Gnecco es algo de valor inestimable, pero desgraciadamente corre peligro de no conservarse mucho tiempo.

La estrechez del local es motivo de un amontonamiento sumamente perjudicial. Hay cajones enteros llenos de documentos y útiles los más variados.

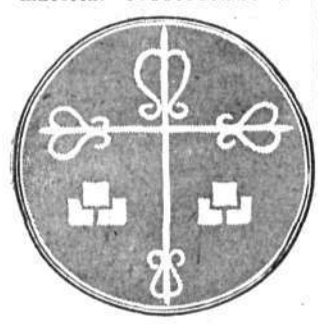
Solamente el trabajo de catalogarlo todo, requiere años de paciente labor, efectuada por personas prácticas y preparadas.

Es indispensable salvar de una destrucción segura un material recolectado a fuerza de tanta paciencia y sacrificio y que encierra la historia viva de nuestro pasado.

El Museo Gnecco ha sido visitado por centenares de extranjeros, quienes han tenido palabras de honda admiración por el material que encierra. ¿Será posible que los argentinos persistan en tratar de chucherías y cachivaches las reliquias de un tiempo que vió formarse la independencia del país y conoció a los hombres más beneméritos de la patria?



Piezas varias, alambiques antiguos y prensa donde se acuñaban las monedas sanjuaninas.



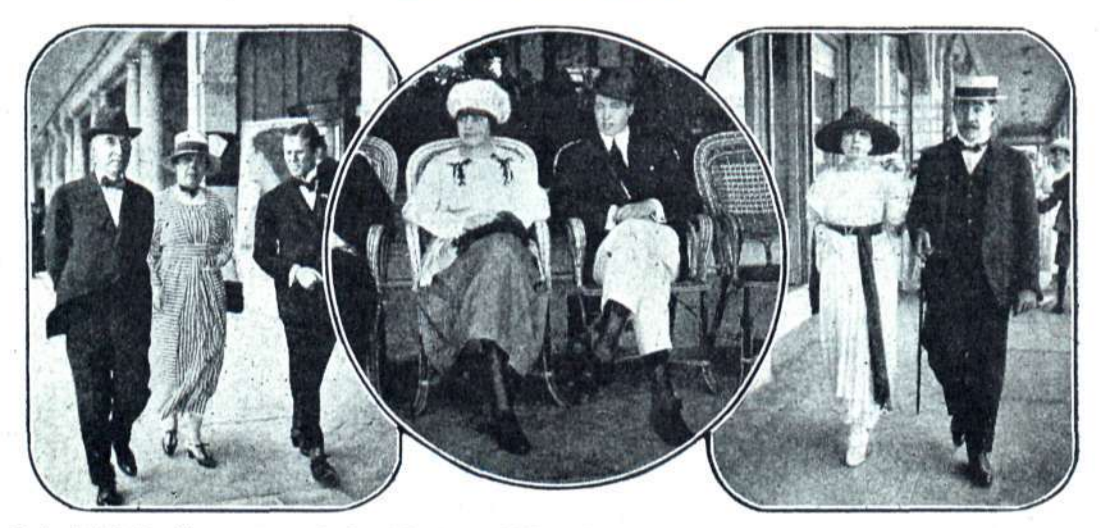
DR. VAÇCARI.

En la diplomacia



Recepción ofrecida en el salón de invierno del «Plaza Hote'», por el Ministro de Bélgica y señora de Mèlot, en obsequio de sus connacionales y amigos, en retribución de las atenciones recibidas.

De Mar del Plata



Doctor José F. Mazzini, su esposa y señor Juan Carranza. Señorita Ruth O'Farrell y señor Vicente O'Farrell. Señor Leopoldo Lugones y señora.



Señora de Duggan y señoritas de Mac Donald. Señora y señoritas de Pagés, Melo y Comien.



Doctor Graña y esposa. Señorita Maria Teresa Obarrio. Doctor Emilio J. Paretto y señora.

FIGURAS DE ACTUALIDAD, por Alonso

Doctor ALFREDO ECHAGÜE



Por su amable y fino trato,
— dicen los conservadores —
que es el mejor candidato
para ganar electores.



Brisa Helénica

Palermo agitó sus palmeras,
Sus gajos meció el rosedal,
Temblaron las gasas ligeras
Y encajes de lino lirial.

Temblaron tus rizos de oro
Y el bosque y tu falda de olán
Y en pos de tu blanco decoro
Tus manos temblaron de afán.

La tarde en el césped sombrío
Su enagua de rosa olvidó
Y un cisne ¡tu cisne, Darío!
La carne de Leda aspiró.

¿Fué el soplo del lago azulino,
Fué el ansia del cisne sutil,
Fué anhelo de un fauno vecino
Por ver de tu pierna el perfil?

¿De dónde llegaba esa brisa?
¿De dónde ese raro temblor?
¿De dónde la vaga sonrisa
Al ver angustiado al pudor?

El cálido soplo de estesia
Que auroso besara tus pies,
Fué silfo emigrado de Grecia
En pos de tu blanca esbeltez.

Del parque las sombras fingían
De tigres en celo la piel
Y carnes y flores olían
A vaga humareda de miel.

El silfo ceñido a tus formas
Tornóse en divino escultor,
Clamando del arte las normas:
Ceñir a lo bello el amor.

Artista divino, la fatua
Belleza borró del carmín,
Tornando tu cuerpo en estatua
De olímpico y noble jardín.

Un tren con su grito grotesco
Al silfo divino espantó,
Y el traje fatal, mussionesco
Tus líneas gloriosas cubrió.

¡Oh ligas! ¡oh sierpes de raso!
¡Alburas... finuras de tul!...
¡Sonrojos allá en el ocaso!...
Y alcobas muy hondas en el parque azul...

Eduardo Talero.

Buenos Aires, 1917.

Dib. de Larco



BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

Entre las bibliotecas de positivo mérito que constituyen un aporte valiosísimo para los estudiosos y al mismo tiempo un timbre de honor para la Facultad que la posee, funciona desde el año 1863 la que pertenece a la Facultad de Ciencias Médicas.

La antigua fecha de su creación habla elocuentemente de lo que atesoran en volúmenes y también en rememoraciones, las grandes salas abiertas hace ya 54 años a los estudiantes de varias generaciones.

Existen actualmente en ella 46.452 textos, todos de medicina, no duplicados, y aproximadamente 100.000 duplicados, en su gran mayoría colecciones de tesis con las que se efectúa como base principal el canje de la Biblioteca. Posee también una notable reunión de colecciones de revistas que ascienden a 620.

Las cifras verdaderas del movimiento habido durante el año 1917 hasta fines de noviembre, — 73.147 lectores, que consultaron 122.260 volúmenes, — dicen bien la enorme importancia y el valor intrínseco que constituye.

Existe permanentemente una comisión nombrada por el Consejo Directivo de la Facultad, estando bajo la responsabilidad de dicha comisión el funcionamiento regular de la biblioteca.

Compónenla actualmente los doctores: Miguel Puiggari, como presidente, e Ignacio Allende y Marcelo Viñas, como vocales. Es su director el bibliotecario, señor Juan Túmburus, con un personal de cuatro empleados, cuatro ordenanzas y dos correos. Consta la biblioteca de 7 secciones, así divididas: Dirección, Bibliografía, Préstamo, Revistas, Tesis, Canje y Contaduría, organizadas en una sala prin-

La dirección.



Entrada a la biblioteca en la segunda galería.



Sala de lectura para los alumnos.

cipal, cuatro accesorias y un depósito de duplicados, complementándose con dos galerías de cuadros y bustos.

La sección bibliografía, a cargo del señor M. Arcos Blanca, ha entregado 65 bibliografías, en 14.600 fichas.

Su horario sin interrupción es desde las 8 a. m. hasta las 11 p. m., horario por demás significativo de la actividad diaria de sus



Sala de profesores, utilizada provisoriamente para lectura, debido al aumento de concurrencia.

Sección canje.



Sala para los ex alumnos.

salas, que ha señalado un aumento progresivo año tras año, bien comprobado por la habilitación actual de la sala de profesores, para lectura, debido al exceso de concurrencia.

La cifra estudiantil, numerosísima, como se deduce de la estadística del movimiento, ya enunciado, marca una afluencia no superada tal vez por otras bibliotecas análogas.

Un amplio elogio común para los factores dirigentes de su funcionamiento deben llevar estas líneas, en las que someramente se enuncia el valor inmenso que la antigua biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas representa, pudiendo constituir bien el orgullo de dicha Facultad ante cualquier similar de Europa.

LA "DUSE"

A la hora del crepúsculo y en momentos que yo ya me preparaba para volver a la vieja ciudad en donde estoy por unos días, me informan que la «Duse», a quien yo le había pedido el honor de tener una entrevista, me esperaba, y que hasta estaba yo un poco atrasado. En seguida, sin siquiera quitarme el polvo que tenía de las largas caminatas del día, me precipito al pequeño hotel provincial donde ella paraba. Y es allí, en un patio muy banal, donde se encuentran ya otros viajeros, que tengo yo el gusto que ella salga a recibirme. Jamás la había yo encontrado en ninguna parte, ni siquiera divisado en la escena; pero mis amigos me habían hablado mucho de ella y con una profunda admiración. Sedas negras muy finitas la drapean y la envuelven como si quisieran disimularla, pero bajo las cuales ella camina con una gracia soberana; se adelanta y me estira una pequeña mano de princesa, enguantada de piel de Suecia blanca. Hace la impresión, al verla así vestida, que se hubiera sometido con todo rigor al: «Vestid de tal manera que cuando os vayáis de un salón, nadie recuerde vuestra toilette». Su cabello es ya muy gris; por toda su persona y hasta por el pequeño sombrero negro que llevaba, parecía querer decir: «No os fijéis en mí, pues soy ya vieja». Pero esto lo desmentían, a pesar de ella, sus admirables ojos que brillaban. Hay gentes que nacen viejas; otras, por el contrario, a pesar de la nieve de los años, son siempre jóvenes. Uno se imagina que en la escena, si se quisiera arreglar, no representaría más de 25 años. Cuando estamos sentados uno en frente al otro, en este lugar que es la banalidad misma, mis ojos no se pueden apartar de los de ella. Su voz es una música dulce y grave; su sonrisa descubre unos dientes de niña, engarzados en el coral de unas encías de criatura. Uno se siente como mecido por sus palabras. ¡Qué exquisita criatura!

— Más hubiera valido no verme, — me decía con una modestia que se sentía sincera, — pues tenía una pequeña leyenda que aun me servía de aureola, ahora la habré perdido.

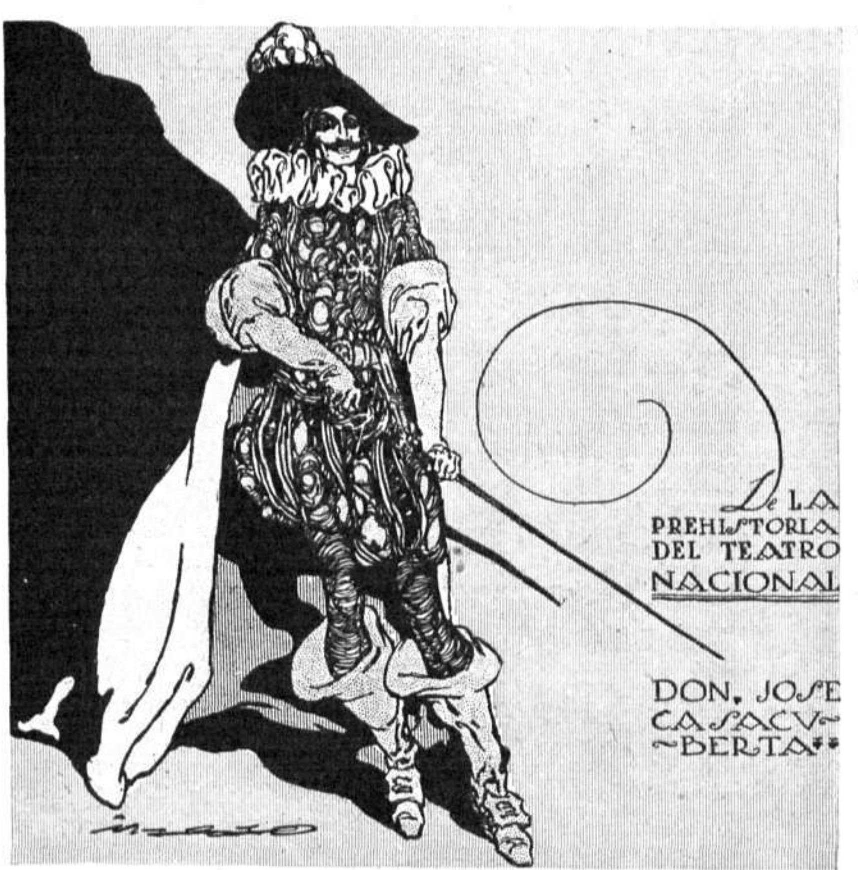
Tengo la alegría de saber que me ha leído, y es por eso, sin duda, que sus ojos no me quitan y que con sus grandes pupilas pardas me mira hasta el fondo del alma, a lo cual las mías tienen también la intención de contestarle: «Sí; es así que hay que mirarme, pues yo también tengo mis leyendas que, al contrario de las suyas, a mí no me dan ninguna aureola; búsqueme, pues, más allá, muy profundamente, para encontrarme tal como yo soy.»

Esta que, desde que la hemos tratado, no nos atrevemos más a llamarla con toda familiaridad por su nombre de celebridad la «Duse», ha dejado el teatro, como se sabe, hace ya varios años; ha venido aquí a dedicarse a sus queridos soldados, sus héroes del Carso; es sumamente patriota, y encanta, verdaderamente, sentir vibrar en las inflexiones de su voz, su ardiente amor por Italia, su admiración por Francia, y su sublevación por el germanismo y, sobre todo, contra esta barbarie que ha intentado subyugar al mundo.

Por discreción no me atrevo a prolongar más largo tiempo mi visita, pues ha llegado la hora de encenderse las pequeñas lamparitas azules que alumbran la ciudad, la cual empezaban ya a invadir las sombras. Me despido, pues, de Mme. Eleonora Duse con el sentimiento de pensar que esta entrevista será única en mi vida, pues mañana volveré a mis torneos por el frente, y en seguida regresaré a Francia, en tanto que ella volverá a ocuparse de esos teatros al sol, donde los corazones de todos los combatientes se inflaman para la victoria. La casi certidumbre de que no la volveré a ver nunca más, echa como una sombra de muerte sobre el final de mi día.



PIERRE LOTI.



Para comprender el carácter de esta personalidad, que al cabo de ochenta años no se ha reproducido todavía en nuestro ambiente, ha de evocarse el período histórico en que ella surgió. Buenos Aires no alcanzaba a ser, por entonces, siquiera la gran aldea de que había de hablarse mucho después. Todo su organismo estaba, en potencia, en dos o tres manzanas de edificios coloniales, y en un reducido grupo de cerebros nutridos de ideal y de teorías filosóficas germinadas en Francia.

El aprendizaje del actor no está perfilado con claridad; concuerdan, eso sí, casi todas las referencias, en que Casacuberta hizo sus primeras armas con la actriz Trinidad Guevara, también argentina, y cuya vida íntima pide, aún, el madrigal y el romance; con el «gracioso» Felipe David, otro porteño de origen; con el «rengo» Culebras, «*cuya especialidad consistía en anunciar los espectáculos próximos, con estentórea voz, al final de las funciones y por los sitios públicos de reunión*». Esta, y posteriores compañías que se combinaron con los mismos elementos, llenaban sus programas con sainetes — verdad que de don Ramón de la Cruz — bailes y tonadillas; cuando mucho, una ingenua obra de «tramoya» o magia en que más que los intérpretes, lucían su pueril inventiva los «meteurs en scene» de entonces. Los elementos de escenografía y atrezo eran simples, rudimentarios y deficientes, al punto de que una gacetilla de la época protestaba el que: «todavía el teatro carece de los medios de obscurecerse cuando la escena lo exige, aún se alumbra con velas que ofuscan la vista y los jardines no han cambiado *su cielo de oro y carmesí*».

Pocos cronistas de la vida bonaerense, comprendida en el primer quincuagenio del siglo diez y nueve, dejan de consignar a don José Casacuberta, porteño de origen, cuyos primeros años transcurrieron en Montevideo; hombre de tablas y de aguja, en Buenos Aires; emigrado político y ya profesional de la escena, en Chile, donde murió a los cincuenta años de edad. Léase a don José A. Wilde y a don Santiago Calzadilla, entre sus contemporáneos; a don Santiago Estrada, muchos años después; a don Manuel Bilbao y a don Enrique García Velloso, entre los escritores de nuestros días; las noticias biográficas en que una admiración exaltada pinta con cálidos colores la vida del actor, recogidas en diccionarios biográficos y enciclopédicos; en todos hallará el lector un capítulo, una página, un párrafo que le nombran y recuerdan. No digo de escritores como Alberdi y Sarmiento, críticos y panegiristas de autoridad incontestable, porque en la copiosa labor de que somos sus herederos, pasan como desapercibidas las glosas que el espíritu analítico y perspicaz del primero, y el temperamento de artista del segundo, tuvieron para el trajediante argentino.

Es bueno mirar un poco al pasado cuando, como ahora, estamos a las puertas de la esterilización más lamentable. Hablo de cosas que atañen al teatro nacional, cuya existencia nos enorgullece porque descansa en rendimientos materiales casi fabulosos. Poco nos paramos a analizar si esa prosperidad tiene razón de ser, y si medio siglo más tarde habrá quien repute digno de rememorarse el momento de algidez porque atraviesa ahora la escena argentina.

Desde luego, a Casacuberta, por el hecho de haber nacido en Buenos Aires, no es propio clasificarlo como a un precursor de nuestro teatro nacional. No se ha reconocido tal carácter a escritores como el doctor Bernardo Díaz Vélez, que tradujo una tragedia con el título «La victoria de Maratón», estrenada en el primitivo Argentino, durante los festejos con que fué celebrada la batalla de Chacabuco; ni a los poetas Varela y Mármol, seducidos por los éxitos de la literatura escénica. Pero más que de ninguno de cuantos trabajan hoy en los escenarios porteños, puede decirse de él que fué un actor netamente argentino, por la fisonomía peculiar de su talento dramático, instintivo, poliédrico, pujante y revolucionario.

Si el contacto con sus compañeros de tablas, ni las exigencias del público, podían conformar las innatas facultades del actor, tampoco había de contribuir a moldearlas el trato de la intelectualidad porteña que no consta que él cultivara, como años después lo hizo aquí y en Chile, y que si imbuída de las ideas de Russeau, Diderot, Montesquieu, Madame Stael, y hasta familiarizada, si se quiere, con Shakespeare, Moliére y Moratín — esos patriotas procuraban librarse de los clásicos españoles como de una losa capaz de aterrar los más grandes ensueños nacionalistas y políticos, — no conocían «de visu» otros cómicos que los mediocres exportados por la metrópoli a la colonia. De Talma, pongo por ejemplo, admiraban la celebridad a través de juicios ajenos.

Es de suponer, pues, la tensión penosa de Casacuberta, ese espíritu selecto que, como el armiño, cuidaba de no macular su aristocrática limpidez de casta, en la charca de la vulgaridad que le tocó para escenario de sus primeros pasos por las tablas. Sin maestros autorizados, ni ejemplos superiores que le sirvieran de términos de comparación; sin amigos capacitados para aconsejarle, ni críticos que fiscalizaran su labor; plantado entre actrices que soliviantaban el rijo apenas sofrenado por las buenas formas, de graves ancianidades; entre «graciosos» para niñas simples, y caricatos que exultaban con burdos recursos cómicos a la negrada del paraíso, Casacuberta debió adquirir uno por uno, el acervo de sus conocimientos, siempre alerta, continuamente avizor, expurgando en largas

meditaciones su laboriosa educación de autodidacta.

Buenos Aires había conocido, cierto, a dos cómicos de algún renombre: Navarro y Cáceres. El primero, «precursor de Cáceres y Casacuberta», según don Manuel Bilbao, aunque ignoro si lo que afirma está justificado y en qué medida; del segundo escribió Sarmiento, no sin su punto de ironía, al evocarle en Chile, donde aquel trabajó con grandes éxitos, en los años 30 ó 31: «pero dicen que es (Casacuberta) muy inferior a Cáceres, *que no grita mucho*». Ni el primero, con su empirismo de bajísimo vuelo, ni el segundo con su retórica interpretativa ampulosa y altisonante, «que gritaba mucho», habían de ejercer en el actor argentino influencia sensible; por lo que se infiere de su arte de plenitud, Casacuberta sólo sentía el vértigo de las alturas.

Así se reveló, de cuerpo entero, sin él mismo comprenderlo, quizá, con la llegada del actor español La Puerta. Don José A. Wilde, que declara haber conocido en aquellos días a Casacuberta, nos hace de él este vigoroso bosquejo: «tendría, según nuestros recuerdos, 35 ó 36 años en la época que le conocimos; sus palabras y sus maneras eran las de todo un caballero; su figura arrogante, y amaba el arte con pasión». Tal la edad de nuestro trajediante, meses más o menos, cuando La Puerta llegó, entre el año 35 y el 36, para inaugurar, con el drama «Macías», de Larra, el teatro Victoria.

La Puerta era un actor de escuela y sus virtudes, los defectos del teatro español de su época, engolillado, enfático, retórico, obstinadamente asido a Moratín — como última palabra de lo nuevo, — insensible a los fustazos de don Mariano Larra e impermeable, todavía, a las corrientes que le aportaba Bretón de los Herreros. Por la impresión que La Puerta produjo en Buenos Aires, puede juzgarse del primitivismo estético que distinguía hasta entonces, al teatro en Buenos Aires. Por fin, iba a tener por delante, Casacuberta, a un actor que suponía valores de ley. Con un punto de comparación, el porteño hallaba en el metropolitano, un elemento de resistencia bastante, como para incendiarse en la conjunción y estelar de luz su trayectoria.

Buenos Aires rindió pleitesía a La Puerta, actor, ya, para entonces, extranjero; pero no todos se sintieron deslumbrados, y de aquéllos, pronto dieron buena cuenta los temibles heterodoxos que encabezaba Alberdi. Por la pluma de éste, Lamenier y Larra quebraban, como con un diamante, las cristalizadas leyes de los hogares coloniales. Se hacía sátira de los peinetones, las tertulias, las lecturas y los trajes. La revolución de Mayo, cumplido su ciclo en los dominios de la historia, refluía al interior de los hogares, sobre las cosas pequeñas y las preocupaciones humildes.

Alberdi puso frente a frente a las dos figuras: «Casacuberta no sabe componerse el jopo en la fuga de la pasión; no sabe colocar los dedos de su mano para cubrirse los ojos; no sabe despedir la espada que un accidente o un cálculo había traído en medio de sus pies; pero sabe enajenar el corazón de todo un pueblo y arrancar diez veces por minuto sus aplausos entusiastas», dijo un día el autor de las Bases. Hubo, a partir de ese momento, «puertistas» y «casacubertistas», dos ideales políticos, dos escuelas escénicas, dos conceptos de arte: unos propugnando por las glorias del tiempo de Fernando e Isabel; los otros, hablando ya en nombre del socialismo y estremeciéndose al presentir a Hugo,

Este es el momento en que la personalidad de ¡Casacuberta empieza a hinchar el pecho. Ya tiene fisonomía propia. Es un intuitivo, cuya sensibilidad descubre agudezas de expresión y matices no alcanzados hasta entonces en los escenarios de habla castellana. Sarmiento lo dice, años después, en un artículo audaz que publica «El Mercurio», de Chile. Hay quien estudia su arte, para sintetizarlo así, en una nota biográfica: «Su naturaleza artística le había llevado a *adivinar* papeles imposibles para otros, y *reiterados* estudios sobre esta o aquella palabra obscura, fijaban, al fin, su manera *especial de traducirlas*». Bergson, en nuestros días, da, con otras palabras, la misma definición del artista.

Es el momento de someterse a una labor de depuración y afinamiento, aprovechando sus recientes vinculaciones con las más fuertes y cultivadas mentalidades del medio; pero ya la tiranía empieza a envolver con una malla de excesos y amenazas, a las cabezas pensantes de Buenos Aires; los alaridos de la gleba excitada por la enseña roja, irrumpen los gabinetes de trabajo. Casacuberta debe renunciar al teatro y procurarse la subsistencia haciendo entorchados y bordando divisas. El percance de La Madrid, en cuyas filas acaba por enrolarse como enemigo de Rosas, le proyecta hacia Chile, en una penosa odisea. La cordillera le cierra el paso sepultándolo con una nevada; el público de Santiago se le muestra hostil al punto de que Blanco Encalada, desde su palco, se ve obligado a pedir que «primero, se le oiga y luego se le juzgue».

Pero Casacuberta triunfa en Chile, aunque, según Sarmiento, «muchos hay que no alcanzan a comprenderlo, no obstante sus papeles en el «Otelo», la «Jaira», el «Espía sin saberlo», en que la naturaleza podría copiarlo, «Teresa» y «Los seis grados del crimen». Allí, recién, parece que Casacuberta pónese en contacto con gente que ha visto trabajar a Talma. En el 41, por ejemplo, juzga Sarmiento que el Otelo de Casacuberta es «una representación feliz, terrible hasta poner miedo en los espectadores», etc., y, meses después, en el 42, que «Casacuberta ha seguido en parte el dechado del *grande artista* (Talma), y no obstante sus talentos profesionales, que los declaramos con gusto de un orden superior, extrañamos que haya apelado a esta clase de representaciones, etc.» ¿Es un simple cambio en los puntos de vista del crítico, o es una nueva manera de interpretar del actor impresionado por el maestro francés de las tablas, que hasta entonces no conocía?

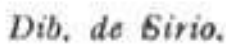
Cierto que los admiradores porteños de Casacuberta no tenían términos de comparación para juzgarle — salvo los modestísimos que hemos citado; — cierto que el espíritu crítico de Alberdi, entre sus comentaristas, el más agudo, no había podido desprenderse del apasionamiento natural en sus veinte y ocho años, ni de las impaciencias de su patriotismo nutrido por las corrientes ideológicas de Francia, por las rebeldías de una mentalidad superior al medio en que actuaba y por sus firmes convicciones antiespañolas, que eran la obsesión del elemento joven intelectual. Casacuberta significaba para él una fuerza nueva en acción, un producto genuino de la sociedad argentina que se formaba, casi un fruto surgido por generación espontánea. Por eso decía en «La Moda» (años 37-38), que «el señor Casacuberta *no es apto para las afectaciones del arte viejo*, y es lo que mejor prueba su talento; el drama nuevo es su vocación, su instinto, su fuerza; le convendría no desconocer eso, etc.» El «arte viejo» de que hablaba Alberdi no era, por cierto, Shakespeare, Voltaire, Corneille, Racine, Moliére, López de Vega, Calderón de la Barca; sino el repertorio español que vivía de aquellos talentos originales, trasunto de un régimen social caduco, que pretendía sojuzgar los gustos por cuanto representase un nuevo aspecto del teatro, de la literatura, de la filosofía y de las costumbres.

Pero cierto, también, que Casacuberta fué un producto de su generación admirable, *«apta para todas las improvisaciones»*, llena de savia, abierta a todas las corrientes nuevas de la ideología y acorde con la sensibilidad, inquieta, vibrátil y amplia, del siglo que se iniciaba.

Por eso, aunque un talento malogrado por falta de educación racional, fué, Casacuberta, el primer actor argentino que podamos reverenciar; más argentino, más nuestro, que cuantos actores hacen hoy comedias nacionales, «sin adivinar papeles, ni estudiar el sentido de esta o aquella palabra obscura, para fijar, al fin, su manera especial de traducirlas».

H. Carambat.



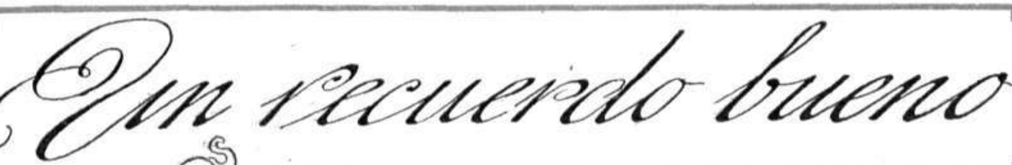


Dib. de Sirio.



Nuestros catedráticos de la Facultad de Ciencias Económicas, por Centurión





Un recuerdo bueno



Hay siempre un recuerdo bueno que estimula la gratitud. No es espontáneo este sentimiento; no es tampoco inmediato al motivo. El egoísmo que no quiere sino muestra posible alegría, necesita tiempo para estimar lo que se ha perdido y por eso es doblemente bueno el recuerdo, pues que, rememorando belleza, vence la propia humana mezquindad.

En el adiós que trajo consigo, o mejor, precedió apenas a la separación, hubo sin duda inconstancia, y la inconstancia, como fué de mujer, abrió dolorosas heridas. Hubo, tal vez, hastío, que es el dolor más profundo en que muere la ilusión con la tortura extremada de ciertos enfermos cuya sensibilidad sutiliza cruelmente la fiebre. Aparentó apagarse el fuego, para siempre...; pero el viento de la vida, en una de tantas primaveras que renuevan follajes y esperanzas, aventó las cenizas y al conjuro revivió una brasa incipiente: el recuerdo agradable.

El recuerdo que dice: agradece. Porque te han querido; porque te ha querido. Porque en tus labios dejaron los suyos un sabor de fresca miel dorada y su juventud provocó en la tuya una eclosión de nardos y de claveles que con su aroma te marearon un poco. De tal suerte, embriagado, no pudiste comprender mientras era tuya, todo el valor de su afecto.

Agradece la caricia de sus manos blancas, hechas con la carne de los más airosos lirios; de sus ojos, el secreto que no alcanzaste a develar; y su palabra alegre que infundía cariñoso aliento y hablaba de cosas buenas, — sencillamente como al tornar, agradece el vencido peregrino a los pájaros que le cantan un saludo en lo esquivo del huerto paterno. Porque la lección, en su rudeza, es la primera para que aprendamos a ser buenos y pasar entre los extraños sosegada y gentilmente. Allá, en lo más íntimo, ¿qué importa que no cuaje una alegría? Sobre todo, ¿para qué enterarlo al mundo? Deja, en todo caso, que se encargue de ello esa misma sonrisa velada de tristeza que irá delatando tu condición...

Si el corazón está curado de amoríos, tendrá en el cúmulo de su amargura siquiera una remembranza amable: cuando grande en el amor, fué niño y creyó, creyó sin una sombra hasta las mismas mentiras torpes que lo han destrozado. Así — empero — espera hoy, mañana, que nos quieran en tanto se va viviendo la vida, que al final llegaremos con él a cuestas, de tan noble, de tan triste — y habremos de agradecérselo a aquellos que en esa forma nos habrán brindado nuestra pobre Cruz...

Hubo una flor nacida en la mañana, entre las páginas de un libro entretenido y maestro. Cuando la cortaron y la pusieron allí, al cerrarse el infolio dió su savia y la savia dibujó la forma de la flor en el ánima blanca del libro, sobre la vida negra de las letras que lo surcan y lo hacen sabio y entretenido. Después, preocupado un lector con la lectura, descuidó a la flor que, ya reseca, cayó olvidada a sus pies. Posteriormente, otro lector más ligero, menos empeñado en aprenderse el libro, entreabrió al azar sus páginas y vió estampados sobre la tinta negra de las letras los puros contornos de un pétalo de donde emanaba levísimo perfume. Y reconoció: «aquí hubo una flor»... evocando a capricho las manos primorosas de mujer que la dejaron entre las hojas quizá con un mensaje de amor...

Así, como en el libro, es la añoranza en las almas. Si sabemos entreabrirlas, aún al azar, el que las mire de cerca *comentará quedamente: ahí prosperó un cariño,* perdido al presente; pero queda, para belleza, un nombre de mujer y un perfume de flor...

Por eso, hay siempre un recuerdo bueno que estimula la gratitud.

ADOLFO LANÚS.

Dib. de Redondo.

La escalinata de San Pedro durante la guerra

Parecerá extraño el título de estos mis breves apuntes, visto que ninguna aparente relación puede existir entre la guerra y la escalinata de San Pedro. Y, sin embargo, quien ha contemplado en tiempos normales, a través de un original kaleidoscopio humano, el desfilar de gentes sobre la más grande escalinata de la cristiandad, se apercibe en seguida de la guerra y advierte inmediatamente las consecuencias.

San Pedro ya no recibe millares y millares de peregrinos como durante la Semana Santa; se diría que San Pedro reposa y dormita, mientras el Vaticano trabaja febrilmente por la realización de la famosa propuesta de paz. La gran plaza silenciosa y tranquila es todavía más bella y solemne que de costumbre, mientras en la escalera no se ve un alma; el observatorio humano del cual era un apasionado frecuentador, está casi desierto a no ser el insólito movimiento provocado por los soldados italianos, franceses e ingleses que van y vienen con alguna frecuencia. Antes de la guerra la escalinata de San Pedro, frecuentada por los curiosos, era un cinematógrafo permanente, interesantísimo, que cada uno podía disfrutar de él por alguna hora sin peligro de horario fijo, sin billete de ingreso y sin temor a un ambiente donde el aire está viciado. En cualquier hora, con cualquier tiempo, se realizaran o no ceremonias religiosas, desfilaban los tipos más curiosos de todas las edades, de todos los países y de todas las clases sociales. La diplomacia, la aristocracia, la burguesía, los campesinos y los obreros, el arte, la ciencia, la religión, la moda, la elegancia y el capricho estaban fielmente representados. Parecía más bien que, en aquel crisol de la humana curiosidad, todas las razas y las tendencias quisieran por un momento mezclarse, porque todo estaba permitido y tolerado, tanto que se apareaban los tipos en que se advertía gran disparidad, sin suscitar rozamientos y provocar asperezas.

La beata al lado del ateo, el secuaz de Buda al lado del protestante, la dama del mundo negro, aristocrática e intransigente, junto a la mundana circundada por una constelación de *viveurs*. Soldados y frailes salían juntos, monjas y novicias entremezcladas con las cantantes de café-concierto. Aquí americanas cargadas de pieles y de piedras preciosas, allá viejas encorvadas cargadas de harapos. Un pintor al lado de un tocinero, un erudito junto a una sirvienta, una princesa de cuna al lado de un revendedor de tarjetas ilustradas.

Después, un ejército de monjas y de frailes que sólo en Roma se ve y, al lado del ejército negro, el que es auténtico. Y no solamente soldados italianos se ven desfilar en tan abigarrada multitud, sino también los de todas

Un peregrino auténtico.



La primera visita.

Norteamericanos.



Siberianos.



Aristocracia.



Antes de morir, quiere volver a ver San Pedro.



El pequeño cicerone, dando explicaciones.

partes del mundo. De vez en cuando comenzaban a llegar caravanas de turistas, los cuales subían con paso acelerado; llegados sobre la plataforma de la escalinata se volvían hacia atrás atónitos, maravillados. ¡Qué plaza soberbia! *¡Qué imponencia de líneas! ¡Qué magnificencia!* Próximos a las caravanas de los peregrinos desfilaban parejas de esposos felices. Alguna vez llegaba el cortejo de un bautizo, ora democrático si estaba formado de pocos carruajes, ora aristocrático si lo constituía una larga fila de *automóviles*.

En San Pedro no entran jamás los muertos, por lo cual el bautismo en el más grande templo de la cristiandad es de buen augurio para los romanos. San Pedro es también la meta de los infelices, de los estropeados y de los ciegos. Hasta los ciegos que no pueden *ver* quieren *sentir* con su sensibilidad refinada la grandiosidad del lugar a cuya admiración nadie renuncia.



Peregrinos húngaros. — Ayer amigos, hoy enemigos.

Hoy la escalera de San Pedro ofrece un espectáculo bien diverso. Suben y descienden grupos de soldados y de campesinos. Se ven soldados cojeando, algunos apoyándose en las muletas, los cuales no obstante su estado quieren servir de guía a sus ancianos padres que han venido a visitarlos. Se diría que San Pedro se asemeja a una especie de cuartel donde desfilan los representantes de todas las armas y de todas las edades, porque al lado del soldado jovencito e imberbe pasa el territorial de largos bigotes caídos. San Pedro ahora es más romano, más italiano, y, por lo tanto, menos internacional. Desaparecido el enjambre de vendedores de tarjetas y de sillas plegadizas que en los días de solemnes ceremonias, cuando San Pedro recibía en sus naves treinta o cuarenta mil huéspedes, molestaban con sus ofrecimientos a los concurrentes, ha desaparecido igualmente el automóvil que quedaba a la espera, se ha reducido el número de los coches de plaza, ya no se ve la multitud heterogénea de los forasteros que se dirigían al templo llevando gran número de binóculos y sillitas; han desaparecido los hebreos que vendían objetos sagrados y recuerdos de Roma. Ayer parecía asistirse a la entrada y a la salida de un teatro, hoy, en cambio, San Pedro vuelve a ser un verdadero templo de la cristiandad.

RAFAEL SIMBOLI.



Rusos. — Australianos.

"*EL MILAGRO DE LA FUENTE*", *por Félix B. Visillac*



HACIA LA ESTRELLA

En estas tardes plácidas de estío
en que agoniza el sol, y en la arboleda
prende la noche su mantón de seda,
y surge una nostalgia del plantío.

Cuando las aves tienen melodiosas
canciones, y las frondas ensombrecen,
y las líricas sendas se embellecen
y hay perfumes de nardos y de rosas.

Hacia esa estrella que una tarde en calma
los dos interrogamos con el alma
se van mis pensamientos, mis arrojos;

y olvidando mi mal y mi querella,
yo sueño que del fondo de esa estrella
me están mirando tus azules ojos!

EL ROSAL DEL AMOR

El rosal del amor floreció una mañana
en mi pecho doliente, y me sentí feliz;
pero un día a las penas mi alma abrió su ventana,
se agitaron las rosas, se hizo mi vida gris.

Se alejaron mis musas y me rodeó el olvido
y entreguéme sonriente en brazos del dolor;
y al seguir por mi senda reparé que Cupido
habíase llevado las rosas del amor.

Hoy sigo por la vida recogiendo el arpegio
de la brisa, en las noches yo amo el sortilegio
que me brinda el silencio, donde forjo un ideal

bebo en la egregia fuente de la fe, con exceso,
y estoy siempre sediento del bautismo de un beso,
que haga como en otrora florecer mi rosal!

(De un libro próximo a aparecer.)





El final de una tragedia

Es en invierno, un invierno singularmente malo. El granizo, los huracanes y las lluvias torrenciales, competían en sus furias destructoras.

Dragoneaban de mares los ríos, bramando en sus cauces y desparramando por las llanuras adyacentes el exceso del caudal de sus aguas.

Los arroyos semejaban ríos y los cañadones estaban convertidos en torrentes.

En los bosques, los árboles soberbios, de seguro arraigo y de férrea frondescencia, enseñaban las desgarraduras producidas por la feroz arremetida de los vientos.

En la campaña, los pastos se ahogaban bajo el agua; y en las poblaciones rústicas, los techos pajizos, desaliñados por las ventolinas, ennegrecían y se pudrían con el primer solazo que hacía arder sus humedades.

Todo era gris, tedioso y triste, inmovilidad y silencio cual si la naturaleza hubiera sufrido un síncope.

Los brazos estaban forzados a la inactividad: y es sabido que cuando los músculos huelgan, la imaginación se entrega a frenéticos volidos.

La luz de la ilusión la fascina como la luz de un fanal al insecto. Bate las alas con brioso empeño de ir cada vez más alto, cada vez más lejos, y no ceja hasta chocar con la muralla abrupta de la realidad...

En la estancia del Pajarito el tiempo impuso — como en todos los establecimientos comarcanos — un compás de espera.

Dentro del galpón, rodeando el hogar, — ya más rico en cenizas que en tizones encendidos, — bostezaban los peones, ahitos de mate amargo y enhastiados de trucos.

En la linde del guardapatio, los perros, con ijares hundidos en la prolongación del ayuno, dormitaban esperando filosóficamente el anuncio de la carneada.

Y en el interior del rancho, las mujeres se entregaban al entretenimiento de vaciar los baúles y revolver trapos viejos, tarea equivalente a hojear el libro de los recuerdos, leyendo cartas antiguas y llevando a la nariz ramos de flores marchitas que en el enclaustramiento perdieron los colores y el aroma.

En esa tarea sorprendió Micaela a su madrastra Elena, quien guardó rápidamente en el fondo del baúl los papeles amarillentos y los ramos de flores secas.

Intentó urdir un embuste para justificar la emoción que la embargaba, pero se llenaron los ojos de lágrimas y no pudo pronunciar palabra alguna.

Micaela la interrogó afectuosamente:

— ¿Le pasa algo, mama?...

— ¡Nada, hija, nada!... Estaba volviendo a leer cartas de familia, cartas de personas que Dios se llevó consigo, y esto siempre apena...

La joven no insistió, pero sin darse por satisfecha con la explicación. De tiempo atrás una cruel sospecha le atenaceaba el alma.

Hacía poco más de seis años que Elena se había casado con su padre, a los dos años de haber enviudado éste. Fué un casamiento desproporcionado. Don Adolfo rayaba en la cincuentena y su nueva esposa iba frisando en los veinticinco.

Sin embargo ninguna nube encenizó el hogar. Honesta y buena, sumisa y complaciente, hacíale decir con frecuencia a su entenada:

— Mi padre ha encontrado otra hija, y yo otra hermana.

Así era en efecto. Así fué hasta el día que Pablo Salinas y Micaela se conocieron en un baile en el pueblo vecino y anudaron un compromiso matrimonial.

La madrastra, al enterarse, no pudo ocultar su contrariedad. Nada observó, pero desde ese entonces, su carácter plácido y hasta jovial, fué tornándose en reservado, taciturno y en ocasiones agrio.

Desde el día en que se concertó la boda, — a celebrarse a un mes de distancia del incidente que mencionamos, — la transformación subió de punto. Más de una vez Micaela sorprendió a su madrastra abatida y llorosa, sin lograr nunca que le expusiera la causa de su pesadumbre.

La manera desdeñosa y casi agresiva con que trataba a Pablo hizo nacer en el espíritu de la joven una dolorosa sospecha. Interrogó a su novio, quien se manifestó sorprendido de la actitud de Elena, sin lograr explicársela...

Era una espina clavada en el corazón: una espina pequeñita, pero son las que más mortifican porque son las más difíciles de sacar.

¡Y había que sacarla!...

Cuando, después del almuerzo, Elena, abatida, transida, se fué a dormir la siesta, Micaela, roída por un presentimiento atroz, abrió el baúl con cautela de ratero y leyó las cartas amarillentas.

¡Cartas de amor!... ¡Cartas apasionadas de Pablo dirigidas a la que más tarde debería ser la esposa de su padre!...

....

Al día siguiente llevó a la estancia un breack, a una comisión de damas del pago, que habían organizado una rifa en favor de una infeliz mujer que había quedado viuda con once hijos y recababa a las gentes de posición, objetos para premios.

— Yo pongo dos lecheras con cría, — dijo don Adolfo. — Vi'a llenar el certificao.

— Yo estos aros, — expresó Elena, quitándose los que llevaba puestos.

— Yo también pondré algo, — afirmó Micaela en una expresión tan dolorosa que llamó la atención de todos.

Salió y regresó llevando su vestido de bodas.

— ¿Qué hacés? — exclamó afligida Elena.

— ¡Cumplir con mi deber!... Ya no me caso. Prefiero conservar una buena madre a un marido que tal vez sea malo!...

Elena se dejó caer de rodillas, y abrazada a las piernas de su hijastra exclamó:

— ¡Santa, mil veces santa, hija mía!...

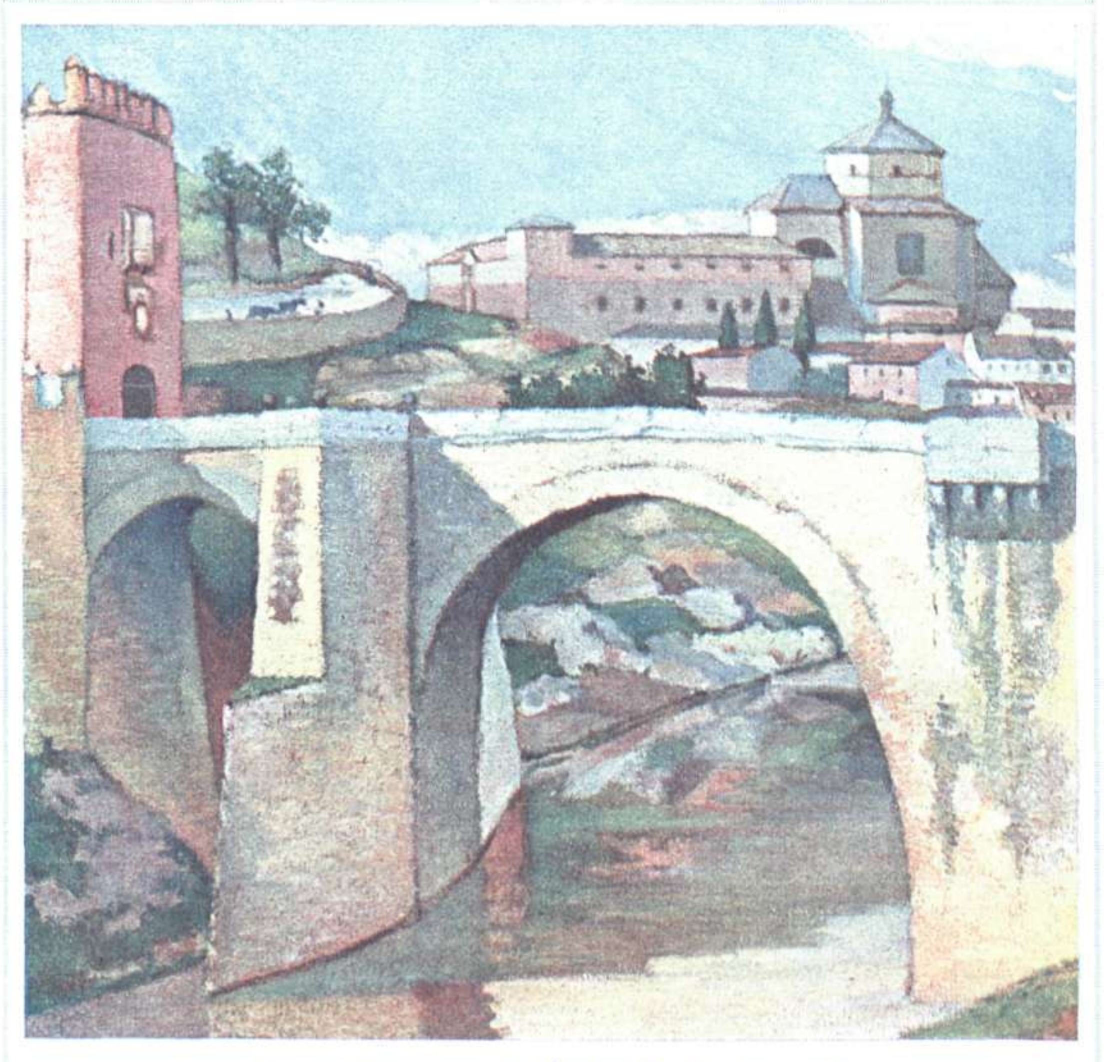
— ¿Qué es eso? — interrogó una de las damas pedigüeñas. — ¿Están representando una comedia?

— No; — respondió Micaela — hemos cortado el final de una tragedia.

MARTÍN LAGUNA.



Dib. de Alonso.



EL PUENTE DE ALCÁNTARA, EN TOLEDO
ÓLEO DE MEREDIZ

EL MOLINO EN DESUSO

¡Viejo y noble molino que hoy te encuentras
totalmente cubierto de glycinas,
pareces un cadáver adornado
de una olorosa, exuberante vida!

¡Ya no rechinan más tus engranajes,
tu rueda al viento Sud ya no rechina,
ya no llenas los tanques de la casa
con las aguas amables y fresquísimas
que sacabas del fondo de la tierra
con esa precisión llena de euritmia
que te daba el aspecto de un obrero,
de un buen obrero cavador de minas
que busca con afán perseverante
la piedra de valor que está escondida
como un triunfo feliz ante la muerte,
o un gusano de luz entre neblinas!

Ya no rechinan más tus engranajes,
tu rueda a sombra y sol ya no rechina;
hoy reposas, callado para siempre
después de tu labor larga y proficua.
¡Eres como un cadáver, que en la tierra
se ha quedado de pie, frente a la Vida!

Ya no llenas los tanques de la casa,
pero en cambio te cubres de glycinas
que te dan un aspecto delicioso
cuando la Primavera te visita.

Ya no sacas el agua de la tierra
matemáticamente en lucha asidua,
pero sirves de nido a los gorriones
que alegran tu silencio todo el día,
y trepan por tus viejas armaduras
—que fluyen una austeridad antigua—
los niños, a cortar algunas flores,
o a sorprender las aves con sus crías.
¡Viejo y noble molino que hoy te encuentras
totalmente cubierto de glycinas,
cual si fuera un sudario perfumado
que te diera mi amor por compañía,
eres como un cadáver que florece
lleno de juventud, frente a la Vida!

ALFREDO R. BUFANO.

Notas de tierra adentro

Las misiones franciscanas en el Chaco



En el río Salado. — **Muchachos tobas, educados por los franciscanos, bañándose.**

P. Buenaventura Giuliani, superior de la misión.

Fray J. Zurflük, maestro de escuela.

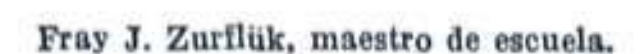
La reducción del indio fué hasta hace pocos años un serio problema de gobierno. Hoy lo sigue siendo, pero en menor escala, pues las tribus de indios rebeldes propiamente dichas no existen, y si existe alguna, no pasa de ser un hecho sin importancia.

La nota que figura en estas páginas comprobará a nuestros lectores que la forma más aparente y práctica para reducir al indio y someterlo a la civilización cristiana es la pacífica, por medios de bondad, de educación y de trabajo.



Flora chaqueña. — Tronco de samohú o palo borracho

El falso sentido de la violencia para someter tribus indígenas, debe ser abolido para siempre. La fuerza, además de ser cruel, no logra conseguir los resultados que se obtienen con la dulzura y la razón. De ello es prueba fehaciente esta ligera reseña sobre la obra realizada por la misión franciscana en el lejano paraje chaqueño de Laishi.



Esta misión indígena está radicada en dicho punto, a veinte leguas al oeste de Formosa, en una de las márgenes del río Salado. Di-



La clase de niños tobas, en Laishi, a veinte leguas al oeste de Formosa.



Benito Sitocoidi y su mujer, uno de los jefes de la tribu de indios sometida pacíficamente por los misioneros.



El colegio de niñas.



En Laishi, la muerte de la toldería se operó con la llegada de los misioneros. — Casa construída con árboles, por el agricultor indígena Manuel Sogoyacal, que aparece aquí con su familia.

rígenla misioneros franciscanos con el exclusivo objeto de civilizar a los indios tobas. Fué fundada hace diez y ocho años por el fraile Pedro Iturralde; gran voluntad y alto espíritu cristiano que, a la sazón, después de largos años de trabajos misioneros, ocupa el cargo de prefecto de todas las misiones de la República Argentina.

Para establecerse allí fué necesario realizar esfuerzos considerables; se internaron los franciscanos más allá de la línea de fortines militares, con fe ciega en la empresa civilizadora que los llevaba allí.

Poco tiempo después empezóse a fundar el pueblo de Laishi. Construyeron caminos, hicieron un sólido puente sobre el Salado y dieron principio al trabajo agrícola. Los indios tobas no demoraron mucho en penetrar los altos y generosos fines de aquellos frailes. Acudieron en tropel, con sus mujeres y sus hijos, en demanda de protección y haciendo grandes protestas de sometimiento.

Desde entonces acá, a través de veinte años, los progresos de la misión han sido muy considerables y la población toba se fué engrosando con familias que venían desde el fondo del Chaco.



Mujer toba, llegando a la misión, en busca de alimentos.

Los indígenas de aquella región se dedican, en su mayor parte a la agricultura, industria impuesta por los misioneros, pues ella es la única que adormece en los tobas el espíritu nómade de la raza.

Cada hombre vive con su familia en su chacra. Aran, siembran y cosechan con buen ánimo y, sobre todo, con una inteligencia práctica muy digna de encomio.

Cultivan el algodón, la caña de azúcar y el maíz con grandes éxitos de rendimiento. Los misioneros han instalado en Laishi un pequeño ingenio de azúcar, con un trapiche y la maquinaria indispensable movida a vapor.

El alumbrado en la población es eléctrico en talleres, escuelas, calles y casas de los misioneros.

Los hijos de los indígenas reciben instrucción amplia en la escuela que dirige fray J. Zurflük. Estos escolares aprenden bien la enseñanza general. Tienen predilección por la historia, por la geografía y por la música, dándose el caso de formar coros de niños de ambos sexos que cantan con mucha propiedad melódica piezas como la *Marcha de San Lorenzo* y el Himno Nacional.

En el río Salado los misioneros poseen tres chatas que hacen el recorrido hasta Formosa. Tienen también telégrafo propio con líneas de quince leguas de extensión. Para el transporte de productos cuentan con cincuenta carros construídos por los indígenas, y un automóvil.

Las propiedades que ocupan la misión pertenecen al gobierno nacional.

En la actualidad, hállase al frente de la dirección, el franciscano Buenaventura Giuliani, cuyo retrato figura en esta nota.

Como se ve, la obra civilizadora se realiza con mucha eficacia cuando en lugar del fusil se les lleva a los indios el arado y el libro. Libro y arado que llegan allí cual vientos de civilización y de trabajo, fuentes de felicidad y de progreso.

César García.



Indias en un taller de costura, al aire libre.

Tres bellezas infantiles.

Aprovechamiento industrial de la langosta



Solución de un viejo problema

La destrucción de la langosta es un problema que ha preocupado siempre, no sólo a nuestro gobierno que ha gastado y gasta ingentes sumas de dinero, sino también a los de los países vecinos.

... En 1907, en un estudio hecho en el Laboratorio de Agricultura por el doctor Lavenir, de la dirección general, operando con langostas adultas secas, había establecido que éstas contienen 10 % de materias grasas solubles en disolventes ordinarios de dichas materias, sulfuro de carbono, éter de petróleo, bencina, etc., y unos 7 a 8 % de materias cerosas solubles en alcohol y otros líquidos. Además, las langostas contienen proporciones elevadas de substancias azoadas, como lo indica su alto tenor en ázoe que es de 10 a 10.50 %. El tratamiento industrial de estos insectos consiste, según este estudio, en extraer con un disolvente apropiado las materias grasas que contienen, como asimismo las otras solubles en alcohol y utilizar ambas en las jabonerías, pues estos productos son igualmente saponificables, pudiendo obtenerse con los 17 a 18 kilos que se extrae de 100 kilos de langostas secas, 30 a 31 de jabón de buena calidad, exento del olor especial desagradable.

Separadas estas substancias, queda un residuo que representa de 80 a 83 % de langosta seca que contienen todas las materias azoadas, que existían en 100 kilos de la misma, es decir, 10 a 10.50 %, lo que eleva su porcentaje en ázoe, a 12, 12.75 %. Este residuo, se pulveriza con suma facilidad, constituyendo un valioso abono orgánico comparado al guano de buena calidad, formado por residuos de carne.

Del punto de vista de su grado de aprovechamiento por las plantas, el ázoe de este abono puede dividirse en tres partes; una soluble en agua que representa 2.70 % inmediatamente utilizable por la vegetación; otra que actúa en el suelo de una manera más lenta y que es la más importante, 5.20 y, en fin, una que corresponde a las partes córneas del insecto, de utilización muy lenta y que forma el resto, o sea, 2.50 %. Además lleva al suelo una cantidad no despreciable de ácido fosfórico, más o menos 1.63 %.

Aparato extractor de grasa, ideado por el doctor Lavenir.



Comisión ad-hoc de Defensa Agrícola, que con todo entusiasmo estudia las diversas formas de destruir el acridio. En este grabado aparecen, de izquierda a derecha: los señores Otero y Félix J. Badano, el doctor Felipe Senillosa (presidente), ingeniero Julio J. Balla y el doctor F. Lahille.

También se puede emplear este residuo en la alimentación de las aves de corral y aún en los cerdos, mezclándolo con afrecho u otros productos adecuados, constituyendo un buen alimento por la cantidad de materias azoadas que contienen y las fosfatadas que le acompañan bajo formas orgánicas y minerales.

Estos ensayos complementarios, hechos en mayor escala, fueron realizados con los aparatos que se insertan y que permite operar sobre 7 kilos de langostas secas durando una operación cuatro horas y utilizando como disolvente bencina hasta 110°. De esta manera se han tratado unos 65 kilos de langostas secas.

Los resultados obtenidos en este ensayo confirman los del primer estudio, habiendo preparado con mi ayudante, señor Bernardo Murphy, y con los productos saponificables, una buena cantidad de jabón, que por su excelente calidad, evidencia las condiciones de dicha materia, sea que se la empleara sola o mezclada con otra.

Los primeros productos obtenidos de la langosta: langosta molida para extraer la grasa, los aceites de ésta y los jabones listos para su uso.

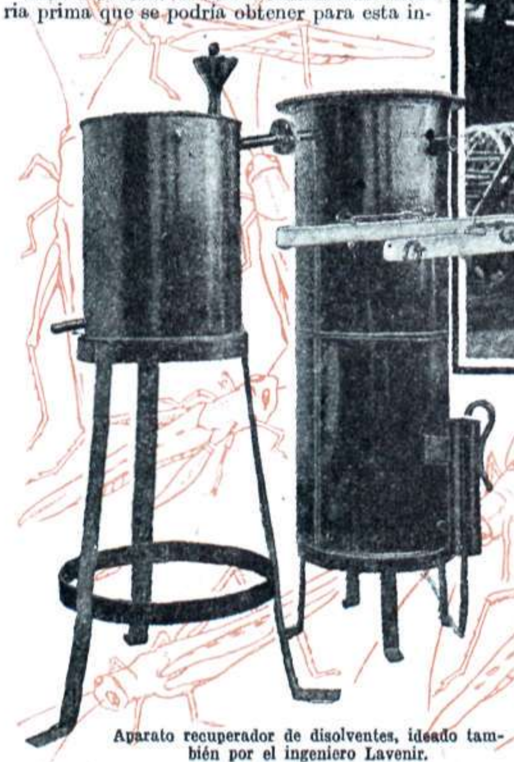
En cuanto al residuo, a más de lo dicho respecto a su utilización, se lo estudia como materia prima para la obtención del amoníaco.

Para darse una idea de la cantidad de materia prima que se podría obtener para esta industria, no pueden ser más elocuentes las cifras que nos proporciona el jefe de la división de Defensa Agrícola, doctor Félix J. Badano; según la estadística de esta repartición, se había destruído en la campaña anterior, 263.007.669 kilos de langosta entre mosquita y saltona, sin contar la voladora.

De acuerdo con este dato y atento a lo manifestado por el doctor Lavenir en su estudio, con esta cantidad de langosta se podrían obtener más o menos unos 800.000 kilos de jabón, cantidad que hace pensar en lo provechoso que resultaría la instalación de una fábrica de jabón, que no sólo reportaría beneficios a sus propietarios, sino también a los agricultores del país, al propio tiempo que sería una obra de verdadero patriotismo, pues ésta sería una de las maneras más eficaces para destruir con entusiasmo al gran enemigo de nuestra inmensa fuente de riqueza: la agricultura.

A. B.

Carro recolector de langosta. — Su mecanismo interior permite hacer llegar el producto hasta la fábrica, en buenas condiciones. Ideado por el ingeniero Lavenir.



Aparato recuperador de disolventes, ideado también por el ingeniero Lavenir.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA
"MANTELETTA" DE SAN LUIS

¿Quién no conoce en San Luis a «Manteletta», célebre cazador de quirquinchos? Todo el mundo. Grandes y chicos, apenas sienten sus pasos, salen a recrearse con sus dichos y a hacerle alguna broma. Pero él, sin hacer caso de nadie, sigue tranquilo a vender sus quirquinchos asados o condimentados con ají y vinagre, los que expende al precio de cincuenta centavos, y como sabe adobarlos con arte, la clientela aumenta diariamente.

Su habilidad para darles caza es tal, que no hay ejemplo de que se le haya escapado ninguno, pues sabe bien encontrarles el punto sensible para que no ganen la cueva.

Todos los días «Manteletta» sale al campo en busca de quirquinchos y vuelve a la ciudad con una buena provisión, los que después de adobados con el picante ají, pone en circulación ganándose así la vida.

Su popularidad no ha alcanzado la de Vatel, porque San Luis, no es París, pero andando el tiempo, quién sabe si los quirquinchos de «Manteletta» no dejarán fama entre los gastrónomos.



"Manteletta", cazador y condimentador de quirquinchos.

SARRASQUETA, PINTOR AMBULANTE

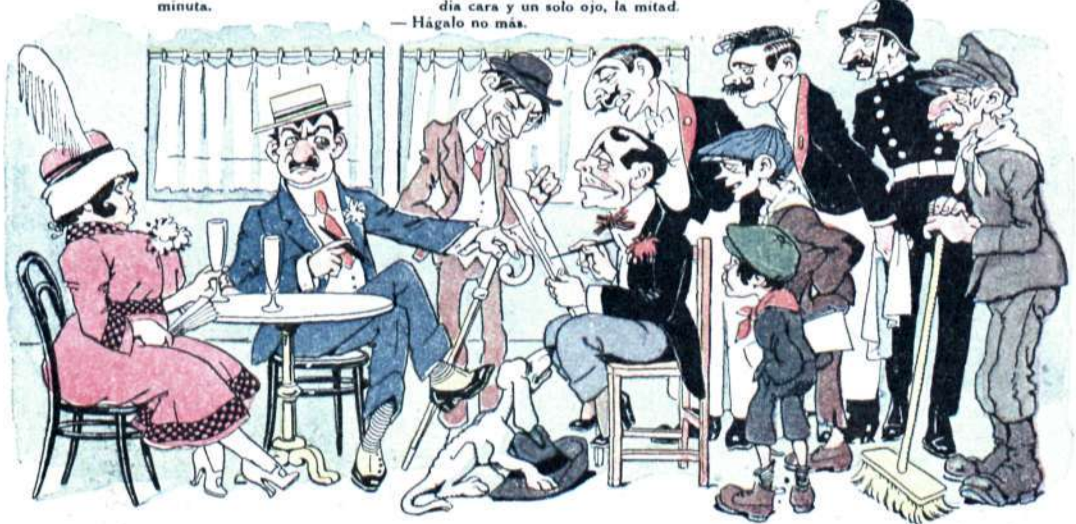


Sarrasqueta, a consecuencia de la crisis, se encuentra cortado, pato; o, para decirlo más hiperbólicamente, no tiene plata, por lo que decide hacerse caricaturista ambulante y a la minuta.

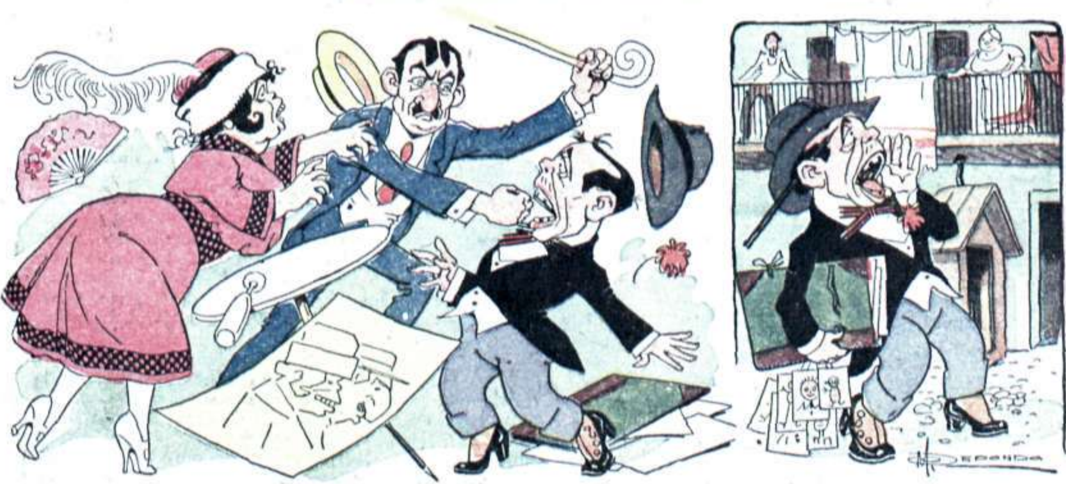
— Señor, ¿quiere que le saque el escracho de usted y señora, en grupo? Parecido, garantido; no estando a satisfacción, no se paga. Cincuenta centavos retrato. De perfil, por ser media cara y un solo ojo, la mitad.
— Hágalo no más.



Sarrasqueta, mientras prepara los bártulos, pide al camarero un panecillo para borrar con la miga, y disimuladamente se lo come, para borrar la debilidad que siente y poder trabajar a gusto.



— Pínteme media cara, y media de mi señora, y así pago el valor de un sólo retrato. Sarrasqueta empieza la sesión, rodeado de numeroso público de admiradores que ven la función gratis.



— ¡Eso es un insulto! ¡Es usted un pinta monas!
Sarrasqueta. — ¿Qué quiere? ¿que por cincuenta centavos haga a la Venus de Milo, acompañada de Adonis, y en tricromía?

Y en vista de tan *ruidosos* éxitos, Sarrasqueta recorrerá los conventillos, pregonando: ¡¡¡el dibujador!!!, retratos a la minuta, pagaderos a plazos semanales.

Dib. de Redonda

LA CUNA DE LA HUMANIDAD

Para Caras y Caretas

Gravísimo empeño de la antropología y de la paleontología humanas, ha sido y continúa siéndolo todavía, el problema de establecer el origen del hombre o por mejor decir, de la cuna de la humanidad, averiguando si el hombre ha nacido allí donde se le encuentra, que, es decir, difundido en toda la superficie del planeta y, por lo tanto, cosmopolita, o si bien reconoce «centros de creación» o más propiamente, de aparición. Mucho se ha discutido sobre estos puntos, extraviándose el criterio de los sabios, influído las más de las veces por consideraciones ajenas a la ciencia, filosóficas o religiosas; o bien por haber confundido esta cuestión con la del monogenismo y del poligenismo que, a la postre, ambas doctrinas, en este extremo, armonizan perfectamente.



El profesor Alejandro Agassiz (1835-1910), uno de los más ilustres zoólogos de los tiempos modernos, temible contendor de Darwin, autor de la teoría de los «centros de aparición».

Ya de antiguo, el francés Demoulins formuló la doctrina de los *centros de creación*, que desarrollaron sucesivamente Milne-Edwards, Agassiz y Armando de Quitrefages. Agassiz, proclamó la unidad específica del hombre, admitiendo que las razas humanas fueron creadas aisladamente con sus caracteres peculiares. «Los hombres, decía el ilustre naturalista de Cambridge, han sido creados por naciones, todas las cuales han aparecido en el globo, con su lengua propia», asimilando estas lenguas a la voz de los animales. La hipótesis de Agassiz, seductora en el primer momento, encierra muchos puntos débiles, no concordando la concepción del sabio naturalista, con muchos hechos generales, entre los cuales existe más bien una contradicción flagrante, contrastando sus ideas sobre el cosmopolitismo originario de la especie humana, con las de un lazo humano existente entre la raza humana y los grupos de animales o vegetales de un centro común. Y resulta de esto la inanidad de la influencia general y absoluta del centro de aparición, sostenida por Agassiz, que una misma región puede ser centro de aparición para una clase de animales, por ejemplo, y no serlo para otra. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que Agassiz divide la superficie terrestre en nueve grandes regiones o *reinos*, denominados polinésico, australiano, malayo o indio, hotentote, africano, europeo, mongol o asiático, americano y ártico. Huelgan en este sitio las críticas a que se presta la delimitación y caracterización de cada uno de estos *centros de aparición*, con su respectiva raza humana, como producto local, que son muchas las razones etnológicas y antropológicas que impugnan esta doctrina. Más razonable es la concepción del acantonamiento progresivo de los seres organizados, que la estricta observación de los hechos, ha podido elevar a la categoría de una ley general, en oposición absoluta con la doctrina del cosmopolitismo inicial de la especie humana, y que permite resolver la cuestión de las *apariciones locales*, siquiera no pueda señalarse a ninguna de éstas como cuna de la humanidad con preferencia a otras, pues nuestros primeros antepasados debieron desarrollarse allí donde encontraran condiciones de existencia favorable, hasta tanto que, las poblaciones desbordaron como de un vaso demasiado colmado, para expanderse en ondas de humanidad, en todas las direcciones.



El profesor V. Giuffrida-Ruggeri, director del Instituto Antropológico de la Real Universidad de Nápoles, cuyos trabajos le han conquistado un puesto de honor en la ciencia contemporánea. El doctor V. Giuffrida-Ruggeri es un innovador científico concienzudo, un crítico experto, y buena prueba de ello es el estudio en que se ocupa de la dignidad morfológica de los signos llamados «degenerativos».

El profesor V. Giuffrida-Ruggeri, director del Laboratorio Antropológico de la Real Universidad de Nápoles, discutiendo ideas exclusivistas, según las cuales, habría de colocarse la cuna de la humanidad hacia el polo (H. Marconi, *Histoire de l'involution naturelle, Lugano, 1915*), trata nuevamente esta interesante cuestión, a la luz de modernísimos conceptos zoológicos, entre los cuales es de considerar al *Homo sapiens* una especie colectiva, del cual deriva el ilustre antropólogo napolitano, un interesante esquema para las diversas subespecies humanas, según Giuffrida-Ruggeri, para resolver el problema de las diversas *cunas elementales* implicadas por las diferentes subespecies, no es necesario que estas cunas sean otras tantas regiones geográficas lejanas la una de la otra, pudiendo, al contrario, las diversas cunas comprender una sola región cuando ésta sea muy extensa. Y el problema se simplifica, si con el A. distinguimos las diversas especies elementales en dos grandes categorías: es decir, especies boreales y especies ecuatoriales, siendo las primeras, las menos pigmentadas (*Homo sapiens indo europaeus, Homo sapiens asiaticus*, y las dos afines, cuya procedencia, es seguramente asiática: es decir, el *Homo sapiens americanus* y el *Homo sapiens oceanicus*.

Para dicha sección de la humanidad, bastarían, pues, dos cunas, una más boreal para los Leucodermos, y una más meridional para las otras tres especies elementales, de las cuales la oceánica parece ser la más reciente. De cada una de estas subespecies, habrán debido derivarse, por diferenciación de sus caracteres, algunos «biotipos», como igualmente de las subespecies ecuatoriales, cuya cuna debió ser muy amplia, ologenética y resultando de la escisión del núcleo primordial que suponemos ocupando las regiones australes del mundo antiguo, una raza pigmea. *Homo sapiens pymaeus*, y una grande, multiforme, actualmente representada por el *Homo sapiens australis*, el *Homo sapiens indo-africanus* y el *Homo sapiens niger*. «Sólo investigaciones posteriores, empeñosas y continuadas, podrán alumbrarnos acerca del área geográfica de cada variedad, de sus posibles migraciones, etc., etc.

«Permaneciendo provisoriamente en las líneas más generales, diremos para resumir el pensamiento de Giuffrida-Ruggeri, y dejando de lado las cunas en suborden, resumimos que, pueden considerarse suficientes tres centros genéticos, considerados en el sentido más alto, ologenéticos (para indicar el origen de nuevas especies de todos los individuos de la especie madre), es decir, uno para el Norte euroasiático, uno para el Asia oriental (el cual incluye la América y la Oceanía insular) — y uno para las regiones australes del antiguo mundo. Un «philum» único, de representantes ignotos para nosotros, debió haber llegado a su punto de madurez en estas tres zonas antropogénicas: lo que explica la gran semejanza morfológica y fisiológica entre todos los hombres, para así constituir una única especie colectiva. Si eso ha ocurrido cuando su madurez, isocrónicamente (monocronismo) en las tres zonas, o heterocrónicamente (policronismo), es materia de otra discusión: Quien admite alguna diferencia jerárquica entre las diversas especies elementales, quizás está inclinado hacia el heterecronismo y viceversa, aquel que es contrario a la jerarquía morfológico-filética.»...

. . . .

«De los conceptos expuestos deriva que no es de los fósiles humanos europeos (los del tipo inferior representan formas colaterales extinguidas) de quienes debemos obtener el árbol filogenético de la totalidad del hombre actual; pero, en cambio, podráse reconocer solamente el antepasado o la forma ancestral (Galley-Hill, Combe-Capelle) de alguna rama de éste: las otras formas ancestrales, deben hallarse sepultadas en los mayores centros antropogénicos.»

¡Cuán lejos estamos de aquellos tiempos en que la aparición del hombre se daba como una cosa maravillosa, y en que la «doctrina de la caída», derivada del antiquísimo mito caldeo, parecía negarle toda tendencia hacia el perfeccionamiento físico y moral, hundiéndole en un mundo de males, de pesares y de muerte

Víctor Delfino.

LAS DILIGENCIAS

Lo abordamos a la salida de la plaza de Flores.

—¡Pare el coche!

El auriga sujeta el jamelgo. Inclina el látigo, como un signo interrogante.

—¿Adónde lleva este cascajo?

—A Santa Rita y Villa del Parque, señor.

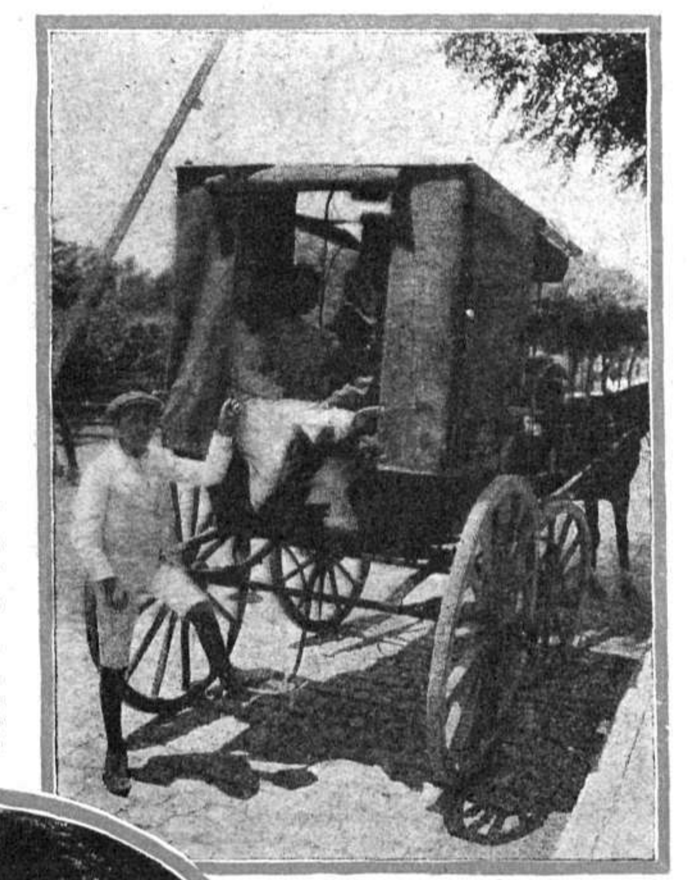
Por lo manso de la respuesta, conocemos en seguida que el coche no es suyo. Subimos por el estribo trasero. Arranca.

Tric-trac, tric-trac, tric... Zarandea sobre los elásticos nuestras humanidades, específicamente. Como sabiendo que hubiésemos ingerido una droga olvidándonos del conminativo: «Agítese antes de usar».

Es un break desvencijado, de los que se estilan en la campaña. Sentados a las laterales, los pasajeros se hacen recíprocamente cosquillas con las rodillas, lo que es una distracción. Pispeo los apuros de mi compañero, un estudiante provinciano, mozo corto, por no caer en el fragante desliz con una señora escotada, que le participa en frente, las veces de un espejo inexpresable. En cambio mi urbanidad hace el oso con la sirvienta, vestida de hilo blanco, y un nimbo de puntillas encantador en los cabellos. A los cimbrones del traqueteo, ¡ah, las cosquillas! Es una muchacha humilde que exalta su primavera victoriosa en la sombra del carruaje viejo.

—¡Pero si esto no tiene yantas de goma! —irrumpe el corto.

Es una disculpa afligida por alguna rozadura mayor. El auriga tiene un visaje de lástima donjuanesca, que traduzco: «¡Ser zonzo el hombre!» La muchacha se chupa la risa en el labio rosa. La señora se aconchaba a sus anchas, despreocupadamente. El estudiante se achica más.



El breack de la Estación Flores (Bacacay y Sud América), poniéndose en marcha.



Llegando al termino de su viaje.

Las diligencias o *servicio de breaks*, cortan a través las líneas de tranvías suburbanos. Llevan a puntos apartados. Es el medio que queda de comunicación. Zarandean los pasajeros. Se encajan en los barriales. Son muy divertidas. No tienen nada de sus comunes antecesoras, las galeras, que se internaban en la pampa. Aquellas crónicas, ligeras, con mayoral, sonajeras y corneta, látigo restallador, bacas, postas, y el resumen polvoroso de los largos caminos... O la emoción del peligro que un Juan Moreira las asaltase... O la novela posible con la dama enigmática, enjaulada en la espesura de un velo de viaje... Nada. Apenas unas cosquillas tontas.

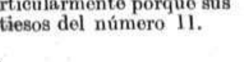
Despuntamos una doble fila de árboles que prodigan sobre la calle la merced de un toldo natural. Transponemos el arroyo Maldonado. Empiezan los potreros, las casitas aisladas. Las calles de tierra atemperan el traqueteo. Y por fin: ¡Villa del Parque!

Descendemos. El conductor nos estira la mano. Diez centavos.

No es caro el viaje, mayormente si se atiende que se cobra al término. Si esta costumbre amable se practicara en los tranvías, no vendrían, de seguro, de Flores al centro, gentes necesitadas a «patacón por cuadra». Llegándose al destino, quedaba el recurso de dispararse... Ya que la crisis estable impone a menudo la dura prueba, para costearse a los asuntos de la vida, de «tomar el 11», como dijéranos gráficamente una profesora racionalista; no sabemos si aplicando el símil a los peatones en general, o particularmente porque sus piernas eran los dos palotes tiesos del número 11.

—Adiós, cochero.

—Adiós, muchacha blanca.



A. D. LÓPEZ

García Landa

Canción del egoísta

No soy malo ni bueno,
soy un hombre cualquiera
que no gusta del cieno
pero tampoco de la azul esfera.

Fuma..., bebe..., mujeres...,
de tarde en tarde juega,
porque en estos placeres
el hervor de su sangre se sosiega.

Soy incapaz de un crimen,
también de una virtud;
los dogmas no me oprimen
y del dudar ignoro la inquietud.

Tengo cómodo empleo,
el estómago sano;
no pongo mi deseo
más lejos del alcance de mi mano.

Me visto como todos,
como todos converso,
de todos son mis modos
y no tengo ni anverso ni reverso.

En amores no creo;
de pasiones, ninguna,
tengo fe en lo que veo
tengo un odio; a la luna.

En mi vida tranquila
jamás angustia o llanto
nublaron mi pupila;
lo mismo ignoro la emoción del canto.

El mal es lo molesto,
el bien es lo agradable,
la ilusión, un pretexto
para encontrar la vida deseable.

Calma y paz deleitosas;
quietud, después dormir;
"coronados de rosas
porque mañana hemos de morir".

Hondo y contemplativo
egoísmo de santo
que halla en todo motivo
para aumentar el interior encanto.

Sin ruido, como bruma,
el tiempo se desliza
y la vida se esfuma
entre esa fría lluvia de ceniza.

Nadie llama a mi puerta,
yo a la de nadie llamo,
en mi vida desierta
lo lleno todo, porque soy el amo...

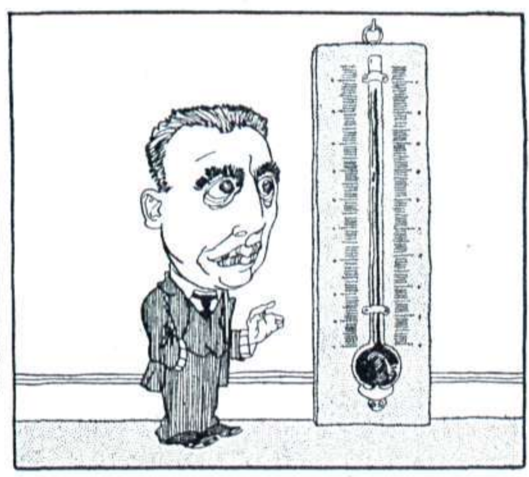
¡Dulce vida serena!
Hoy me miré al espejo
y, pese a mí, balbuceé con pena
—¡me estoy haciendo viejo!



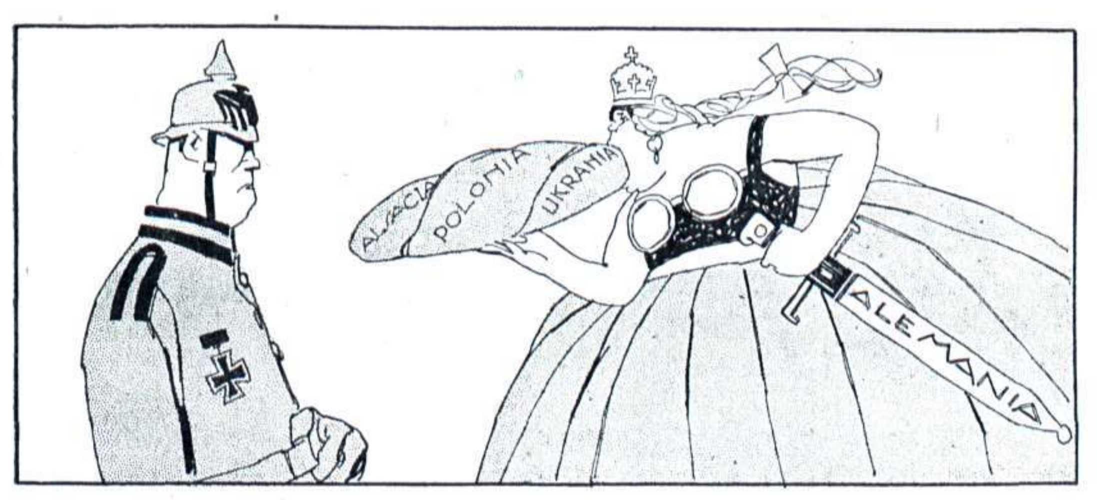
Emisión menor



Demaría. — Ha salido un poco feo; pero tenga en cuenta que es el resultado de un parto laborioso.



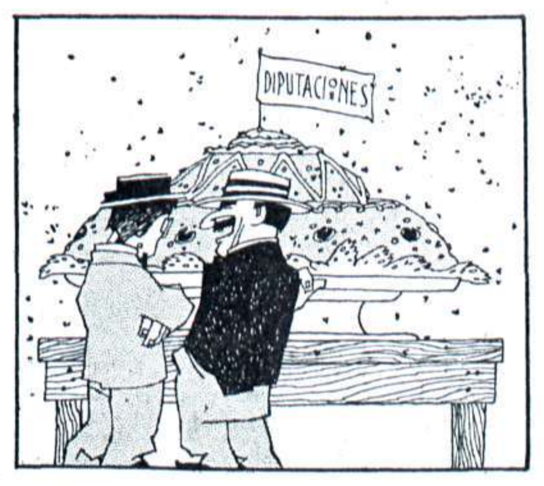
Elpidio. — ¡Cómo sube de grados! Quien fuera termómetro, para llegar a general.



— Señora, el pueblo pregunta, ¿que qué hay de paz?
Alemania. — ¡Pero no ven que con la boca llena no se puede pronunciar palabra!



— Como principia la temporada teatral, se ve que trabaja con apuro para poner música a las zarzuelas.
— ¡Ahora me preocupa la temporada política! Trabajo por cuenta de un comité, para poner en solfa unas tonadillas y al partido contrario.



— ¡Qué plaga de moscas han caído sobre el dulce!
— Y son más pesadas que un aspirante a empleo.
— Como que se trata de moscas bravas. ¡Son candidatos!

Dib. de Polimani.

LOS GRANDES PASTORES (1)



La tropa de carretas del vasco Erzuaga, llegó a la «Plaza del 6» a las nueve en punto de una fría mañana de abril del año 1879, y aun no se habían descolgado de la pértiga los picaneros, ni echaba pie a tierra el opulento propietario del convoy, cuando una muchedumbre de curiosos, entre la que se destacaban los rojos kepís de la soldadesca, rodeó los crujientes vehículos, repletos de frutos del país.

La curiosidad, era empero, muy natural: Dos días antes las carretas habían sido, nada menos, el baluarte ante cuyos muros de pino y lonas se había estrellado la indiada del *cacique Blanco*, caído en el campo de combate y cuya hueste, presa del pánico más espantoso, se dió a la fuga, perseguida de cerca y aniquilada al fin, por las bravas tropas del coronel Albaceres, que se cubrió de gloria.

La acción merece contarse: Diez días hacía que don Fermín Erzuaga, caballero en una inquieta yegua criollamente enjaezada, había salido de su estancia «Los Caldenes», al frente de su tropa de carretas, conduciendo a la villa tres mil kilos de lana, trescientos cueros vacunos, mil kilos de cerda y una regular partida de cueros lanares, que era la «yapa» para la casa Comíndez Mutó y Cía., en cuya barraca tenía ya contratado de antemano cuanto producto bajara al poblado.

Las peripecias de los primeros días de viaje no hay para qué mencionarlas; más claramente: en ellos no aconteció nada que pueda dar lugar a relato. Con la palabra monotonía está definido el paisaje. Pampa y siempre pampa. Una isleta de chañares rompe por algunos minutos la línea comba del horizonte y después... siempre la amarilla sábana ante los ojos.

La palabra «hastío» define el estado de espíritu de los viajeros. Dos hombres sirven cada vehículo; sobre la pértiga el uno y al costado de los bueyes delanteros el otro. Ambos distribuyendo con regularidad casi matemática, fuertes picanazos, rugiendo imprecaciones a cada golpe y soltando una blasfemia cada vez que un cornúpeto se retrasa.

Nadie habla, y el que lo hace no tiene otro propósito que el de desentumecer la lengua, y como invariablemente recurre al tiempo, y del tiempo con uno sólo que se ocupe basta, ya sabe el que empina el cuello escrutando el horizonte presagiando tormenta, que no ha de darse por ofendido si nadie le hace caso.

— Parece que va a llover...

El eco de las últimas palabras se confunde con estas de su compañero:

— ¡Irá, güey, amooo!...

En los descansos ya es distinto. Alrededor del fogón donde se prepara el asado y hierve la pava para el mate, llega a haber cierta animación. En jarros enormes se sirve el mate y nunca falta una taba que haga andar los cobres bolivianos «que andan estorbando en el bolsillo» de un dueño a otro.

Las paradas, que adquieren verdadero carácter de fiesta, son aquéllas que tienen por teatro una pulpería. La promesa de los hartazgos alcohólicos, hace que las picanas se claven en la endurecida piel de los bueyes, con más rapidez y brío que nunca, y ya en el desolado patio del boliche, la peonada empieza a ingerir con verdadera fiebre el vino negro común, áspero como una droga primitiva. Una hora después nadie se extraña si salen a relucir los facones y que en el momento de la partida falte un peón en su puesto y haya una cruz más en la maraña del bosque inmediato.

La noche es siempre triste en un campamento de carretas. Ha de hallarse muy estrellado el cielo o ha de estar en su plenitud la luna para que la inmensa pampa adquiera algún encanto a los ojos de los que están hastiados de ella. Es en esas noches divinas que la guitarra criolla suele esparcir con mayor encanto sus tristes sones.

Nunca falta un paisano que cante, y el lamento desconsolador de una endecha sentimental, en la que se acaricia un amor sin esperanza, se apostrofa a la amada infiel, o a la hermosa indiferente, pueblan la noche, a los ojos inmóviles de los oyentes, de siluetas femeninas que giran en torno al agonizante fogón, y que adquieren formas vagorosas e imprecisas en la calenturienta imaginación de los más mozos, haciendo revivir en los viejos un recuerdo adormido en sus almas como las brasas medio cubiertas de ceniza en que clavan inconscientemente los ojos, formas de gráciles cuerpos vírgenes, ojos negros expresivos, trenzas retintas y largas de las que ellos guardaban un rizo que, como su dueña, no pudo seguirles en sus aventureras andanzas.

Cuando me pongo a cantar
al compás de mi guitarra
el alma se me desgarra
¡es tan grande mi pesar!
Más grande que esta llanura
que contemplamos dormida.
Aquí hay un dejo de vida.
Mi alma es una sepultura.

No otras peripecias,—si así puede llamarse,—habían ocurrido a la tropa, cuando en la tarde del quinto día de marcha, a eso de las cuatro, el capataz don Zoilo Espeleta, que con el patrón iba detrás del convoy, vió a sus espaldas y en lontananza, en una de esas ojeadas concienzudas que a cada momento hacía del horizonte, una nube de polvo que le hizo «sofrenar» instantáneamente el rosillo que montaba.

Vió la actitud Erzuaga y preguntando al capataz lo que veía, púsose como éste a escrutar la lejanía.

— Un jinete viene a toda furia hacia nosotros,—dijo precipitadamente Espeleta sin cambiar de actitud y luego de varios minutos de profundo silencio, haciendo pantalla de sus manos, murmuró:—¡Y sabe que me parece que es un peón de la estancia el que viene!...

De un galope el vasco alcanzó las carretas y, después de ordenar se detuvieran, volvió donde Espeleta seguía en actitud estatuaria.

— ¿Y?... — preguntó con ansiedad Erzuaga.

Espeleta hízole un gesto rogándole silencio; después de algunos minutos penosos para el estanciero, el capataz, bajando las manos y dirigiéndose resueltamente al patrón, exclamó:

— Es un peón de la estancia el que viene...

Efectivamente de la estancia procedía el centauro lanzado en persecución de las carretas: «el boyero» Pancho, el hijo de uno de los puesteros de Erzuaga, muchacho de quince años, moreno y grandote, jinete incansable y habilísimo «pialador.»

Llegó jadeante y se arrojó del caballo a tierra apenas estuvo ante Erzuaga. Cuando pudo hablar, socorrido oportunamente por los dos hombres, se expresó así ante los rostros asombrados de la peonada que le rodeó en tropel:

— El malón, don Fermín... la indiada del cacique Morán entró en «Los Caldenes»... Doña Rosenda dice que deje las carretas, que dispare a la villa... que son muchísimos... que se vienen para acá... que lo van a alcanzar...

— ¿Y ella? — preguntó con ansiedad el vasco.

— ¿Ella? — respondió el niño.—Ella está bien... que no tenga cuidado... la hacienda también... la internamos... diez yeguas no más, dos vacas no más... se las comían crudas... lo demás todo en el monte... imposible que lleguen a «la punta de monte»—y tomó con avidez un jarro de agua, calmándose luego.

Hacia el sur se veía avanzar un nubarrón grisco.

— ¿Es nube o polvo aquello? — inquirió uno de los peones, y un estremecimiento de terror paralizó el corazón de los más mozos. ¿Sería la indiada?

Espeleta protestó:

— ¡Qué indiada ni niño muerto, punta de cobardes! ¿No ven que es un huracán?

Y volviéndose hacia Erzuaga con decisión, que fué como corriente de confianza trasmitiéndose a todos, le dijo:

(1). De la novela que con igual título acaba de publicar un distinguido novelista puntano.

— El caso sería llegar a lo de Carignolo; si lo conseguimos, la situación está salvada; en la pulpería hay siempre gauchada y mejores carabinas que las nuestras, si no podemos llegar, sufriremos la tormenta y si los caminos nos imposibilitan movernos, aquí no más tendremos que hacer «la pata ancha» para atajar al salvaje.

— ¡Arriba!—gritó con voz estentórea el vasco.—Y las carretas volvieron a crujir con el característico «cric crac» de sus ruedas y otra vez las picanas volvieron a azuzar el lomo de los bueyes al grito de:—¡Irá, güey, amooo!...

El sol iba a ponerse.

Adelantó su ocaso un siniestro nubarrón que cubrió el astro no sin ensangrentarse en el rojo de sus rayos moribundos. Por oriente avanzaba la noche. Se oyó un trueno lejano, prolongado como un rezongo, después otro más próximo, una ráfaga helada trajo un hálito salobre de tempestad, y a los pocos instantes una nube aislada que pasó a gran velocidad por sobre el convoy, dejó caer algunas gotas y desapareció en la obscuridad como un emisario presuroso que se ocultara.

Fué menester detenerse y acampar.

Las carretas, sacadas de la huella, fueron puestas en círculo y de popa al viento en un lugar alto para evitar las corrientes de agua, los bueyes y caballos desensillados se les dispuso en forma que pudieran participar del amparo de las carretas y los de muda hubieron de internarse en una isleta de «pejes» próxima. Se ajustaron las lonas que defendían los productos, se enterraron las pértigas medio metro en el guadal para evitar sorpresas del viento, y dispuesta ya la tropa para la defensa de la borrasca, que se acercaba zumbando amenazadoramente en las entrañas de las nubes agitadas por horrísonos truenos y cruzadas por sucesivos rayos, los hombres pensaron en sí, y cada cual buscó un resguardo para tender el lecho, ya que el fogón encendido a duras penas, fué barrido por un golpe de viento que después de revolotear por todos los rincones de los carromatos, se elevó a considerable altura salpicado de chispas.

Era noche cerrada cuando la borrasca se desencadenó con todas sus furias. El viento, que hasta entonces sólo había soplado con violencia en las altas regiones de la atmósfera y con dirección marcada hacia el Norte, cambió súbitamente de dirección y altura soplando ahora desde el Este, y corriendo a ras del suelo del que levantaba verdaderas montañas de arenisca que se ensañaban con la lona de las carretas, produciendo un ruido de perdigonada incesante.

Finalmente rompió a llover a mares.

En el fondo de una carreta casi vacía, Erzuaga y su capataz, se hallaban tendidos uno al lado del otro; Espeleta dormía, Erzuaga meditaba.

Era el dueño de «Los Caldenes» un fornido vasco de elevada estatura, algo obeso a los treinta y ocho años bien cumplidos, y de cara infantil aun bajo el penacho siempre arremolinado de sus cabellos rojos y aquellas facciones toscas de un rostro amplio en el que la risa y la cólera tenían, por igual, apropiado campo para manifestarse en su carácter más extremo.

No había nacido en la opulencia, por cierto. El recuerdo más claro, más acabado de sus primeros años era el hambre implacable de todos los días, el anhelo, la ansiedad casi por la llegada de la hora de la comida, y la tristeza de no haber en ella ¡nunca, nunca! satisfecho ese apetito al que daba un sello brutal, la rabia del convencimiento de que tampoco podría saciarlo en los días sucesivos.

Tan patente se le presentaba a su imaginación esa época, que le venían a su memoria hasta sus propósitos de niño: «Cuando yo sea hombre y gane dinero, lo emplearé todo en comer y no me casaré nunca por no traer al mundo gente que padezca».

Ya crecido, hubo de dejar la escuela del modesto pueblucho donde naciera y entrar, a la muerte del padre, para ayudar a media docena de hermanos menores, en una tienda vecina a su casa.

De esa tienda, pasó a otra más importante del mismo propietario, en Bilbao, y del mostrador de la acreditada casa comercial, saltó por encima de un libro de aventuras que le entusiasmó, a un velero que le trajo a las costas del Río de la Plata. De llegada a Buenos Aires, aceptó la primera propuesta que le hicieron: Una numerosa tropa de carretas partía a Mendoza con familias, correo, dinero y productos varios. Se pagaba buen sueldo al hombre resuelto que quisiera hacer de tropero en la expedición y supiera, llegado el caso, exponer su vida para salvar las que le eran confiadas a su custodia. Erzuaga aceptó: supo soportar las bromas de la paisanada criolla que al fin le tomó cariño, y el año 66 llegaba al «Fortín de las Pulgas», donde se negó a pasar adelante y aunque tenía el espíritu ya hecho al hastío de la Pampa, no era indiferente a los patacones y pensó, — con un acierto que había de ser más tarde el secreto de su éxito, — que era menester poner a buen seguro los patacones que buenos sudores le costaran. Con ochenta bien contados entró en el pueblo y es fama que de ellos no gastó un ochavo hasta que tuvo los suficientes para comprar tierra y haciendas.

Veinte y dos años tenía cuando entró en la casa comercial de Tellez Comíndez y Cía. (Antecesores de Comíndez y Mutó) a barrer y a cargar fardos, y veinte y ocho cuando compró la estancia «Los Caldenes».

He aquí el hombre.

Dib. de Fortuny. RAFAEL ROVIRA VILELLA.



De Necochea



Niñas de Perlasca y Boero, tomando un buen baño de sol y arena.

Familia Decarlo, gozando las delicias de una agradable temperatura.

Los rubicundos pibes de Andersen, sorprendidos mientras jugaban, en las cristalinas aguas, a quien era más lindo.

Niños de Martínez, formando, con ayuda de todos los elementos, las primeras bases de un castillo.

Argentinos en la guerra

Pro Palestina



Doctor Luis Fernando Acuña, catamarqueño, que, hallándose en Europa al estallar la guerra, ingresó en la Legión Extranjera, mereciendo, por su heroico comportamiento en Verdun, la cruz de guerra. Atiéndese actualmente, en un hospital de París, de una herida que le ha ocasionado la pérdida de un brazo.

Señor Hércules Griselli, que, incorporado al ejército italiano como simple soldado, alcanzó, en treinta meses de servicio activo, el grado de teniente.

La comisión organizadora del acto público realizado en el «Prince George's Hall, durante el discurso de uno de los miembros caracterizados de la colonia israelita, entre los que ha producido gran entusiasmo la propaganda «Sionista», por cuyo triunfo están dispuestos a todo género de sacrificios; hicieron uso de la palabra los doctores I. Missensohn y B. Eftein y D. A. Bublick, que dieron cuenta de los últimos acontecimientos.

De actualidad

Enlace





Dr. J. Barrenechea, dramaturgo boliviano.

Dr. R. S. Acosta, Dtor. Gral. de la [illegible]

Sr. E. Agesta, interventor [illegible]

Señorita Angela Corominas, con el señor Alberto Fogoaga Gauna.

De Rosario. — Movimiento electoral

Candidatos demócratas progresistas



Señor José Guillermo Bertotto.

Doctor Martín Munuce.

Doctor Rafael Fernández Díaz.

Señor Agustín Repetto.

Doctor Florentino A. Loza.

El doctor Lisandro de la Torre, presidiendo el escrutinio de la convención del partido demócrata progresista.

Candidatos radicales nacionalistas



Doctor Mateo Quijano.



Señor Cipriano A. Benítez.



Doctor Emilio Cardarelli



Señor Pedro Sánchez Granel.



Doctor Claudio Newell.

Candidatos radicales de Santa Fe



El candidato doctor Manuel A. Fernández, dirigiendo la palabra al público que acudió a la convención del partido radical de Santa Fe.

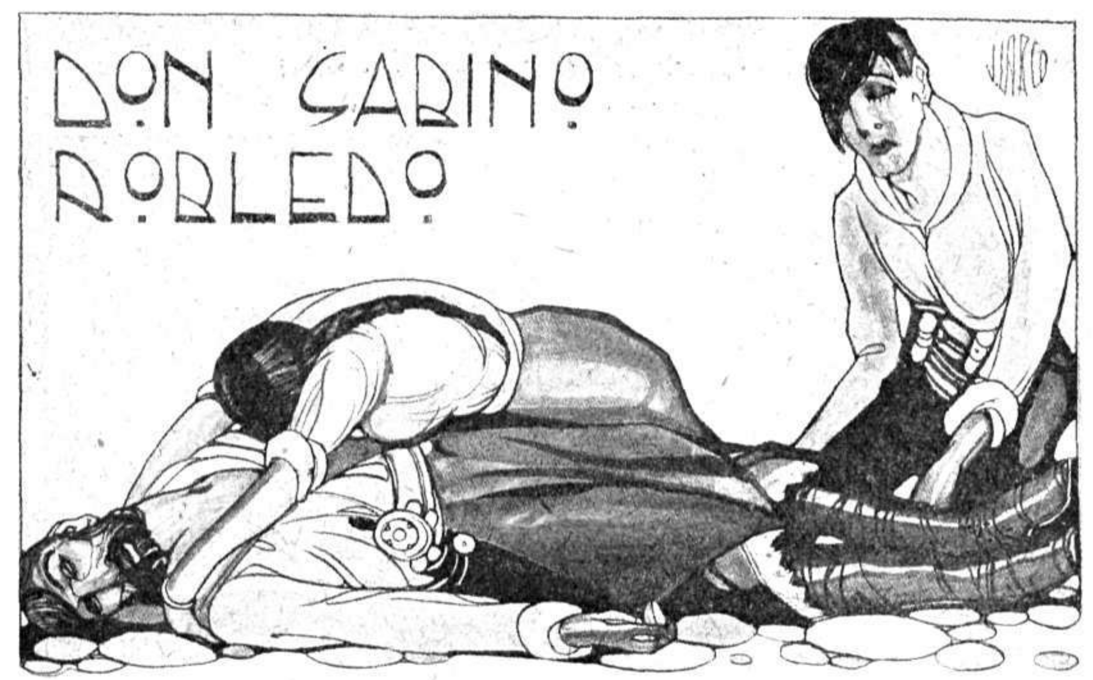
Señor Manuel Gigena.

Doctor Manuel A. Fernández.

Señor Domingo B. Cabanillas.

Doctor Jorge Ferri.

Doctor J. Agustín Gatti.



Para CARAS Y CARETAS.

Aunque el día era de los más hermosos, aquella tarde de invierno parecía más triste que ninguna.

— ¿Y Feliciana?... — preguntó la enferma, sin abrir los ojos.

— Está en la cocina, — le contestó su hijo.

— Tengo sed... — clamó doña Filomena, entreabriendo apenas sus labios, secos y descoloridos por la fiebre.

— Ya le traerá Feliciana un poquito de té con azúcar... — murmuró Gregorio, pasando suavemente su diestra por la frente pálida de su madre.

— Agua..., quiero agua, m'hijo...

En este mismo instante entró Feliciana con el té.

— Mamita...

— ... No... Quiero agua... tengo sed...

Gregorio salió al patio, entristecido.

Feliciana se arrodilló.

— Un poquito de té, mamita...

— Tengo sed...; agua..., quiero agua...

Desde la ventana de su habitación, Gregorio había divisado un punto en el horizonte.

— Ahí viene tata, — aseguró para sí.

En efecto, minutos después, desmontaba don Gabino.

— ¿Qué tiene Filomena?

— No sabemos; anoche,—apresuróse a contar su hijo, —al rato de salir usted para «Las Cortaderas», se sintió muy descompuesta y la llevamos a la cama. Tiene mucha fiebre y no hace más que pedir agua y agua y agua!... Por eso mandé el chasque.

— ¡Pero hay que llamar al médico, pues! ¡En seguida!

— Iré yo, tata.

— ¡No! «Vos» no. ¡Yo!

El sol iba ocultándose...

¿Quién no conocía en todo el pago a don Gabino Robledo? ¿Quién no sabía lo que doña Filomena significaba para aquel hombre siempre enamorado de su esposa? Era el amor de aquel gaucho un sentimiento inefable que, imantando todo su espíritu hacia cuanto concebía de bello en la acción, le impulsaba a realizar una obra cualquiera para ofrenderla en seguida a quien fué y seguía siendo, — aun después de casados, — su novia idolatrada. Doña Filomena era la Musa que le inspiraba el poema plástico de su vida. Gaucho perezoso cuando aun no había sentido el amor, cambió maravillosamente desde el día primero en que aquella que iba a ser su esposa clavó en él sus ojos y sus esperanzas de novia. Desde entonces se consagró espontáneamente al trabajo y, excepto algunos reveses de la fortuna tornadiza que, — debemos decirlo, — no le fueron muy gravosos, la prosperidad acompañó siempre a don Gabino Robledo. Este gaucho valiente y altivo, trabajador hasta el sacrificio merced a un sentimiento que constituía para él su identidad, era el hombre más respetado y famoso de la comarca dilatadísima. Don Gabino era el nombre que los padres enseñaban a sus hijos para que se inspirasen en él su vida, sus obras y sus procedimientos; y don Gabino era, también, el nombre que las jóvenes casaderas vertían a menudo en el oído y en el corazón de los gauchos solteros...

Era de noche ya.

— Pase, «dotor»...

Detrás del doctor Aguirre entró don Gabino.

Luego de examinar a doña Filomena, el facultativo salió al patio. Feliciana y Gregorio quedáronse abanicando a su madre.

— El caso... — habló el médico — es grave...

Robledo no pestañeó. Cruzó los brazos sobre su pecho robusto e hincó sus ojos dilatados en los ojos del galeno.

— ¿Pero no hay esperanza, «dotor»?...

— Usted, don Gabino, es un hombre verdadero, un gaucho de mi tierra y, por eso, no debe engañársele jamás.

— ¡Dígame la verdad, amigo!...

— No hay esperanza posible. Todo es cuestión de media hora..., o menos, sin duda...

A este punto oyéronse los acentos desesperados de Feliciana.

— ¡Tata... tatita!...

En la puerta toparon, corriendo, Gregorio y el médico.

— ¡«Dotor»..., mamita ha muerto!...

En medio del patio, don Gabino, silencioso, mudo más bien, caminó algunos pasos vacilantes. Su hijo lo acogió en sus brazos. Feliciana apareció después apoyada en un hombro del médico; la pobre iba a tropezones, sollozando palabras de cariño filial, trocadas por el delirio... Y se precipitó en brazos de su padre...

El doctor Aguirre hacía grandes esfuerzos por mitigar tanta pena ineluctable. Luego, al desasirse aquel lazo de dolor, pudo ver, a la luz clarísima de la noche de luna, que don Gabino Robledo había encanecido en aquellos minutos crueles.

— Cálmese, mi amigo... Tenga coraje.

Nada repuso don Gabino. Muerta su Filomena, no era ya sino una sombra... Si hubiera sido más joven, el cariño hacia sus hijos y la fuerza de su espíritu amante le habrían bastado para sobreponerse a su infortunio y continuar siendo el hombre de siempre. Pero ahora...

— «Dotor»... — murmuró — yo... me siento mal... deme algo...

Y cayó al suelo, de rodillas. La luna le daba en su semblante nazareno.

El médico acudía en su auxilio.

— ¡Hijos!... — suspiró el gaucho.—¡Hijos!...

— ¡Tata!...

Don Gabino Robledo dejó caer sus manos, frías y pálidas ya, reclinó pesadamente su cabeza hermosa, y su cuerpo se ladeó inerte, sin vida...

Buenos Aires, 1918. SANTIAGO C. OLIVAN.

Notas sociales

La temporada de Mar del Plata, *bat son plein* en estos momentos... ¡Cuándo recuerdo que en años anteriores, eran éstos, días de plena revolución en mi pequeño *home!* A mediados de enero, hacía su aparición en el cuarto de vestir de Mary, una enorme maleta mundo... poco después, otras, de más modestas proporciones, y, por último, se tropezaba ya, en el exiguo hall del piso alto, con sombrereras, botineros, y necessaires: a duras penas libraba mi saloncillo de aquella invasión, que me hacía precipitar mi salida de Buenos Aires, con tal de no ver las habitaciones de mi casa convertidas en una serie de barricadas... ¡Tal vez eche de menos hoy aquel desorden! En cambio, mi revoltosa compañera se ha convertido en toda una *châteleine* en su estancia; exige mi presencia en sus dominios, y me asegura que tendría allí sobrados temas que tratar... es hoy una entusiasta de la vida en el campo, y ni siquiera recuerda que en otras temporadas vivía pendiente de la hora de ir a la arena, del *vermouth* del *Ocean*, luego, el almuerzo con invitados, siempre que lo hacíamos en nuestra mesa del *Bristol*, o invitadas a nuestra vez; el *Golf* más tarde, después, otra hora de *Ocean* antes de vestirnos para comer, y siempre algún programa para después...

Sólo viviendo en Mar del Plata, se pueden habilitar las horas con tanta prodigalidad... Hoy me he ganado mi merecido descanso, y veo desde lejos aquella vida de agitación continua, aquel engranaje irresistible, que arrastra, como en nutrida y brillante *farandole* a todos los que constituyen, lo que llamamos la alta sociedad...

Asoman en el mismo escenario, otras *farandoles* menos brillantes, por más que esperen llamar la atención de los espectadores con atavíos más llamativos; pero esas son las que pasan desapercibidas, y cuando logran llamar sobre ellas la atención de los demás... ¡más les hubiera valido quedar en la penumbra!

Mar del Plata es la piedra de toque, para los que anhelan la «Scalata all'Olimpo»... contadísimas excepciones justifican esa regla, porque aquello de *los ideales democráticos*, no reza con los prejuicios de ciertos círculos; pero convengamos en que tiene muchísima gracia ver a los que han *llegado* a ocupar un lugarcillo en la privilegiada plataforma, gracias a alguna alianza inesperada, al acierto con que han sabido evolucionar ayudados por su acaudalada situación, o simplemente, a fuerza de audacia, como defienden los derechos de *su* rango...

Y es en el ambiente de Mar del Plata donde puede observarse mejor que en parte alguna esa lucha de pequeñas ambiciones: *Monsieur Potin* domina la situación, y ya llega hasta nosotras el comentario de la lección dada a la señorita *X* que es una *introducida*, o de los desdenes que soporta la señora de *Z*, con tal de figurar en buena compañía... Y entre las aspirantes a la privilegiada plataforma, cunde el desaliento más completo: Oscar Wilde lo dijo, con aquella sutilísima ironía suya: «Appartenir a la bonne societé, n'est qu'un ennui; ne pas lui appartenir, est une tragédie...»

Pero no es el caso de filosofar ahora. Las amigas que no pueden seguir en estos momentos la animada *farandole*, ni instalarse tampoco en una de las poltronas del *Ocean* mientras bulle y se apiña la muchedumbre, dentro o fuera de las enormes vidrieras, han de querer saber cuáles son las figuras más interesantes de la temporada, y a ellas he de transmitir las referencias que llegan hasta mí...

Es opinión general, que la temporada es excepcionalmente brillante, con la lógica consecuencia de la aglomeración en todas partes; es el caso de fundar un nuevo círculo, para que pueda ser restringido durante un par de meses, e instalarlo en lugar inaccesible, y descubrir también nuevos *cabos* o playas para ir de excursión sin que la impetuosa oleada de *touristas* nuevos oprima, empuje, y hasta sofoque a los amigos de su comodidad o independencia... por eso, conserva todos sus prestigios el aristocrático *Golf;* pero el eje del engranaje social, impera siempre en el ambicionado recinto del *Ocean;* en él se discuten bellezas, elegancias, y *tenue;* en él se consagra o se descalifica socialmente, con toda la legalidad de un alto tribunal de justicia, y allí concurren atraídas por el *charme* del comentario, y también por la misteriosa atracción del peligro, todas las que constituyen la faz más brillante de la *season*...

Me decía de sobremesa un viejo amigo, *boulevardier* muy entrado en años, que acaba de llegar después de breves días de descanso en nuestro balneario: «Sólo con una decena de mujeres jóvenes como las que estaban ayer de tarde en el *Ocean*, y un grupo de chicuelas como las que he visto en el *Golf*, luciendo su juventud al aire libre, en aquel ambiente sereno, luminoso, que afrontan tan heroicamente muchos de mis viejos amigos, — y allí no cabe disimular los años... — se hace famosa una playa como la nuestra... ¡Figúrese usted quienes se habían reunido: María Eugenia Quintana de Uriburu, Ercilia Cabral Hunter de Anchorena y María Magdalena Bengolea de Sánchez Elía; qué tres tipos de belleza más opuestas, y tan igualmente interesantes... Luego, Ercilia Casares de Blaquier, y Josefina Soto de Udaondo, Elvira Soto de Castro, Susana Casal de Vivot, Lucrecia Salas de Peña, Marta Aldao de Hileret, Inés González Guerrico de Sastre; todas ellas tienen incomparable *charme*... luego, figuras tan interesantes como las de Mechita Bunge Guerrico de López, Lucrecia Bunge Guerrico de Oliveira Cézar... y si enumeramos a las jovencitas de ayer, y a la legión de chiquillas que apenas reconocemos hoy, porque han recogido recién en artístico moño sus sombrías o doradas cabelleras! Carmen y Agustina Rodríguez Larreta, Susanita de Bary, Esther Pearson, Elena Aldao, María Luisa y Celina Zuberbülher Alzaga, las señoritas de Ocampo Alvear, Sofía Madero Pérez, Sara y Rosa Cranwell Ocampo... Muy rodeadas siempre, Adela y Elenita Gramajo, Eloísa Castro, Laura y María Luisa Salas, Susanita Rodríguez Quintana, Raquel Aldao, Lola Güiraldes... Con tales elementos, no ha de sorprendernos que sea la *season* actual, una de las más brillantes que haya vivido Mar del Plata.

La dama duende.

A MITRE

Hunda el artista en su genial momento
hábil cincel en la materia dura,
para que surja entera tu estatura
en el mármol del regio monumento:

Y todo vibre en él: tu sentimiento
dado a la patria; tu existencia pura
consagrada a la acción; la misma altura,
donde brilló tu excelso pensamiento.

Pues fuiste todo: historiador profundo,
leader, patricio y adalid fecundo,
gobernante sin tacha, y ciudadano;

Y al descender sin odios de la cumbre,
en la prensa te vió la muchedumbre
ser paladín del pueblo soberano.

FÉLIX DE UGARTECHE.

Templo evangélico

Heroico agente



Concurrencia que asistió a la interesante ceremonia realizada en la Iglesia Evangélica (M. E.) de Flores, con el propósito de recolectar fondos para la ampliación del templo. La ceremonia revistió solemnes proporciones; asistieron al acto, para el cual habían sido especialmente invitados, el Rev. Obispo Dr. W. F. Oldham, el Supt. Dr. C. W. Drees, y demás pastores de la conferencia anual.

Agente Sotero Herran y señor Florentino Mouzo, a quien el primero salvó, con riesgo de su vida, sacándolo de las vías del F. C. O., donde se había colocado, al aproximarse un tren de pasajeros.

Propaganda electoral



El doctor José P. Tamburini, pronunciando su discurso, en una de las reuniones de propaganda electoral, celebradas por el partido radical.

Los sucesos de Avellaneda



Un grupo de huelguistas, frente al local social, escuchando la palabra de uno de los compañeros.



Un gendarme, anotando los nombres de los obreros que deseaban volver a trabajar en el frigorífico «La Blanca».



Fuerzas de gendarmería, custodiando el ganado, al llegar al frigorífico «La Negra».



Gendarmes y guardias de cárceles, cuidando la entrada principal del frigorífico «La Negra».


SIEMPRE AUTÉNTICO
BAU
José Bau. V
BAU
EXIJASE MI FIRMA



Bibliografía

«En Galitzia y el Isonzo», por Juan Pujol.—«La Inclusera», por Camilo Castello Branca. Edición Renacimiento. — Poesías completas de Manuel Machado. Edición de la Residencia de Estudiantes. — «Memorias del general Paz». Biblioteca Ayacucho.— «Estudios literarios», por Emilio Zola. Edición España Moderna. — «Las confesiones de Federico Muga», por Luis G. Bilbao. — «La ciudad de los suicidas», por Muñoz Escámer. Editor: Paúl Ollendorf. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

«Vida nueva», novela, por Juana Mc. Piaggio de Tuckér. Edición de «La Nación.»

«Tristitiae verum», tomo X de las obras completas de Francisco Villaespesa.

«Parisiana». Tomo V de las obras completas de Rubén Darío. Ediciones de «Mundo Latino.»

«El saneamiento de la vivienda en la profilaxis de la tuberculosis», por el doctor J. F. Cafferata.

«Elaboración del petróleo en Comodoro Rivadavia».

«Guerra del Paraguay», por el doctor A. Rebaudo. Editor: Julio Suárez.

El antecesor de la quinina

Torniamo al antico. Desde hace mucho tiempo, en medicina, no se conocía ni empleaba otro antifebrífugo que la quinina; es más, se la tenía en el concepto de insustituíble, y la humanidad había pasado sin ella, pues únicamente se conoció tras el descubrimiento de América; y, sin embargo, como era necesario, antes hubo un medicamento que suplía su falta. Medicamento que cayó en el olvido y al cual hoy volvemos.

La genciana tiene excelentes propiedades febrífugas y antes de que se importase la quinina a Europa, era una de las plantas más apropiadas para combatir el paludismo.

Sus propiedades ya eran conocidas en la antigüedad. Plinio atribuía su descubrimiento á Gentius, rey de Iliria, el cual dió su nombre a esta hermosa planta que mide cerca de un metro de alto y que aparece cuajada de anchas flores amarillas dispuestas en verticilos a lo largo del tallo.

La *Gentiana lutea*, como la denominan los botánicos, apenas se encuentra en las regiones montañosas de 700 a 1.000 metros sobre el nivel del mar; pero, en cambio, abunda y no hay montañés que no la conozca, en los Vosgos, en el Jura, en el Delfinado y en los Pirineos.

La única parte de la planta que se utiliza en terapéutica, es la raíz que tiene la corteza arrugada y el color amarillo obscuro y el interior de color anaranjado, obscuro también.

Es indiscutible que la genciana tiene propiedades febrífugas; mas, ¿cuál es el principio activo y hasta qué punto puede justificarse la fe popular en su valor contra la fiebre?

La incógnita la ha despejado un químico joven y erudito, el doctor Tauret. De sus ensayos no hay que hablar porque sería muy largo de referir. Baste decir que la genciopricina parece ser el glucosido verdaderamente activo de la planta, el verdadero alcaloide, si la frase no fuera una herejía química.

Dicho agente es el que ha empleado M. Tauret en sus experimentos, y para darles el sello de absoluta veracidad, fuése a vivir a la costa oriental de Córcega, que tiene fama desde hace siglos, de ser un foco de paludismo, y escogió la llanura de Alería, reputada de insalubridad notoria a causa de las muchas aguas estancadas, en las que pululan los mosquitos en verano.

A pesar de todo, M. Tauret ha curado muchísimos casos graves de paludismo, administrando genciopiccina a dosis de dos gramos diarios.


REFRESCOS
INCHAUSPE
NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
EN EL BALNEARIO MUNICIPAL
— Me extraña que haya aquí tan poca gente, haciendo fresco.
— Es porque toda se va donde está el refresco.

Provincia de Buenos Aires



BANFIELD. — Comida en honor del señor José V. Coppola, por haber donado los muebles para la biblioteca del Centro Social «Rivadavia».



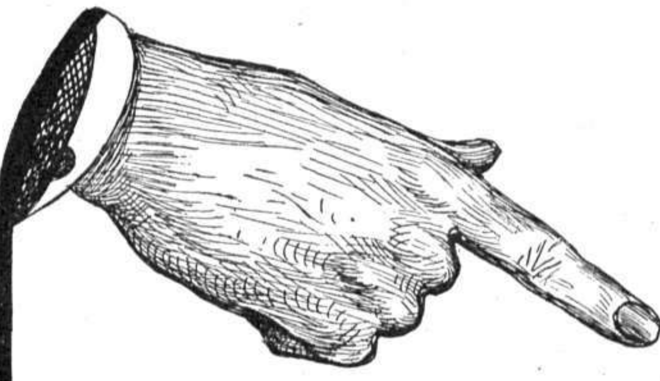
VILLA BALLESTER. — Asamblea de vecinos de la localidad, para elegir la comisión del corso en el próximo Carnaval.

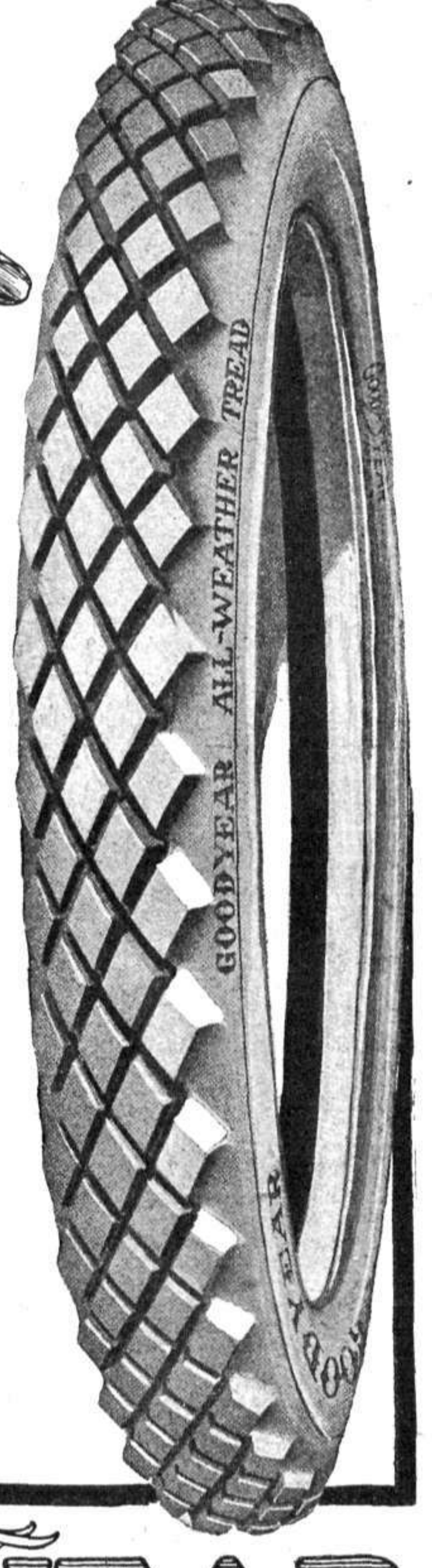


SAN ISIDRO. — El comisionado municipal, señor Jerónimo Barbosa, en el acto de tomar posesión del cargo.



Caracterizados vecinos, que hicieron una demostración de simpatía al comisionado, cuando se dirigía a la municipalidad.





Observe el Neumático Goodyear

Note la ausencia de labor al rodar por el camino, no se arrastra por el suelo, salva las distancias con agilidad en el fácil ejercicio de sus fuerzas, lo que es debido a su sin igual antiderapant de goma, que evita el patinaje en cualquier camino.

Los gruesos pliegues de telas extra fuertes colocados debajo de su grueso antiderapant de goma pura, hace que las diversas partes del neumático, hagan un juego sistemático.

Cada uno de estos muchos pliegues que forman el armazón del neumático están enterrados en un lecho de vivo cauchou.

Los saltos producidos por los malos caminos son eliminados por la elasticidad sin igual del neumático Goodyear.

Vd. debe tener equipado su auto con neumáticos Goodyear, para gozar del confort, economía y satisfacción que ellos reportan.

Solicite nuestro folleto de "Presiones y Medidas", que remitimos gratis.

THE GOODYEAR TIRE & RUBBER CO.

OF SOUTH AMERICA

ESMERALDA esquina TUCUMAN - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

En Rosario: Arrosagaray & Amelong.
En Córdoba: Ditlevsen & Cía.
En Bahía Blanca: Duprat, Aguirrezabala & Cía.
En Tres Arroyos: J. B. Istilart & Cía.



PARANA DE LAS PALMAS. — Pic-nic realizado por el «Club Social Argentino», en el recreo «La Cruz Colorada».

CORONEL DORREGO. — Animada fiesta campestre, con que los vecinos de la localidad despidieron el año.



Polvo Grasoso

Brissac.

PARIS

El ideal de las señoras elegantes.

Este polvo de arroz, de perfume fresco y agradable, no sólo es innocuo para el cuidado del rostro, sino que por su invisibilidad y adherencia, le da una suavidad a la tez que no puede alcanzarse con ningún otro producto.

El Polvo Grasoso Brissac, se vende en tres colores: Rosado para las personas rubias, y blanco o «Rachel» para las morenas.

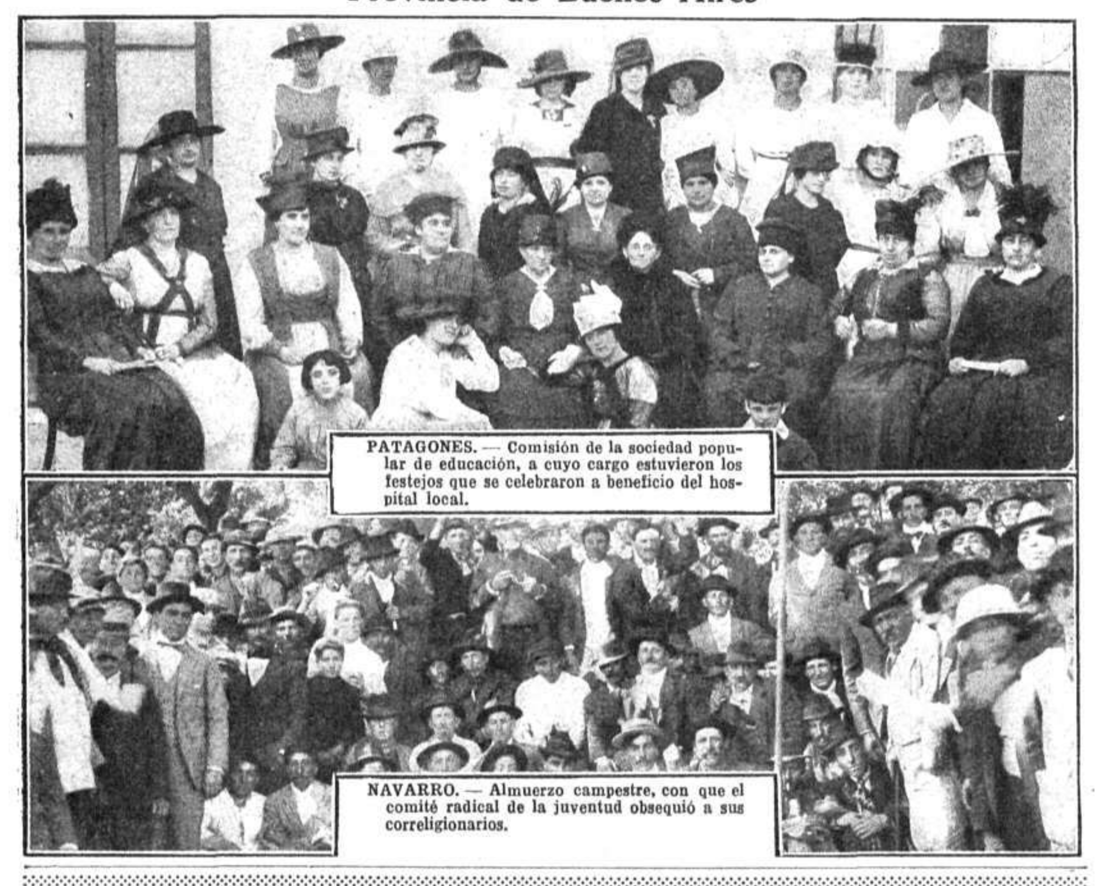
El Polvo Grasoso Brissac, puede obtenerse con los siguientes perfumes: Jazmín, Violeta, Rosa, Heliotropo, Lila, Clavel.

La caja legítima del Polvo Grasoso de Brissac, ha de llevar la faja de garantía que contiene impreso el nombre y la marca registrada, reproducida igualmente en la tapa y debajo de la caja.

$ **1.40** la caja.

PIDASE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS Y FARMACIAS

Unicos representantes: L. AUBERT y Cía. CHILE, 1958/72 - Buenos Aires U. T., 7260, Libertad



PATAGONES. — Comisión de la sociedad popular de educación, a cuyo cargo estuvieron los festejos que se celebraron a beneficio del hospital local.

NAVARRO. — Almuerzo campestre, con que el comité radical de la juventud obsequió a sus correligionarios.

¿LE DUELE LA CABEZA?

EL dolor de cabeza, en la gran mayoría de los casos, no es más que un síntoma de mala digestión, una manifestación del envenenamiento que producen las toxinas que no se eliminan del cuerpo con suficiente rapidez. Hay productos que alivian el dolor de cabeza en pocos minutos; pero casi todos contienen drogas peligrosas y predisponen a nuevos ataques. No corra usted ningún riesgo, teniendo a su alcance un remedio inofensivo y seguro, que no está tan rápido en sus efectos, pero que ataca el mal de raíz.

LAS PILDORITAS REUTER

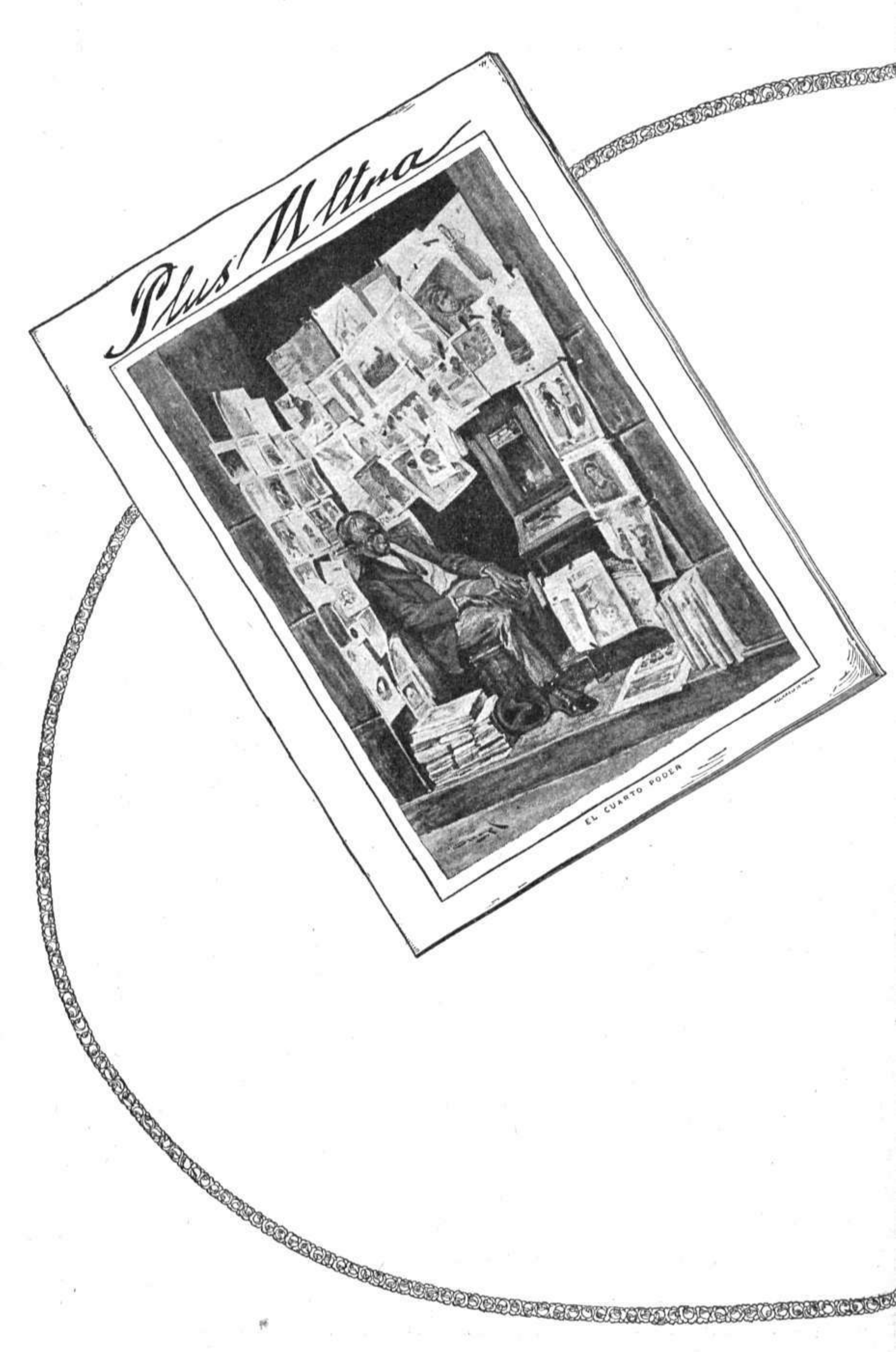
desembarazan el intestino de las materias irritantes y mal digeridas que puedan contener, activan la acción del hígado permitiéndole cumplir su misión depurativa de la sangre, eliminando las toxinas o venenos que se producen durante el proceso de la digestión y dan vigor al estómago, provocando de este modo un alivio inmediato que, con un poco de constancia y régimen, se traduce en una curación completa.



SE VENDE EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

UNICOS IMPORTADORES:

ILLA & Cía. - Venezuela, 610 - 14


Plus Ultra
EL CUARTO PODER

Sumario del número 21 de

PLVS VLTRA

que apareció hoy.

Portada: El cuarto poder, acuarela de Mayol. — El opio en cafrería. — Mujeres persas. — Vida social: Una noche en el Tigre, gouache de Alonso. — Eugenio D'Ors (Xenius), por Valentín de Pedro. — Puerta principal de la iglesia de San Lorenzo, en Potosí (Bolivia). — Misiones: La virgen de Loreto, por Rodolfo Romero. — La mére morieu, óleo de Ribot. — La iglesia matriz de Jujuy, por Antonio Pérez-Valiente. — Cigarrera andaluza, óleo de Gonzalo Bilbao. — Oro viejo: Los carnavales de mi tiempo, por Pablo Della Costa, dibujo de Fortuny. — Martirios voluntarios: En casa del modisto, dibujo de Acquarone. — Mi perro, por Pablo Della Costa (hijo), dibujo de Peláez. — Quare causa? por Antonio Cañamaque, dibujo de Sirio. — Aguilucho, por Justino de Gonzalo, óleo de Lair Estrella. — Un paisaje de Córdoba, fotografía de Tobía. — Añoranzas, texto y dibujos de Sirio. — Con el doctor Magnasco: Política y literatura nacional, por Julián de Charras. — Estilos criollos: Cuero de Budra, por Severiano Lorente, dibujo de Medina Vera. — Arte fotográfico: Después de la tormenta. — El lago está azul. Un camino olvidado, por Montiel Ballesteros, dibujos de Alonso. — La pequeña desconocida, por Víctor Andrés, óleo de Centurión. — Rejas antiguas, por A. D. López. — Arrorró, por Eduardo del Saz, dibujo de Zavattaro. — Heráldica Argentina, por José María Pérez-Valiente. — Páginas femeninas: Crónica, por La Dama Duende. Figuras femeninas de actualidad, por Sofía Nazar Anchorena. ¿Quiere Vd. saberlo?, por María Lebem. Leyenda, por Magdalena Esther Almada. Pensamientos, por Fanny C. de Woodgote. Retratos de María de Cardona y Luisa Israel de Portela, dibujos de Sirio. — Retrato de la señorita Josefina de Gainza Paz, fotografía de Van Riel. — Mira cómo me has dejado, por Vicente Medina, dibujo de Medina Vera. — Obeliscos gigantes.

De Territorios



USHUAIA. — Grupos de empleados porteños de las reparticiones de Ushuaia, reunidos con motivo del regreso de varios de ellos a la Capital Federal.



CONCEPCION (Misiones). — Pic-nic celebrado por algunas familias, en las ruinas jesuíticas de Santa María la Mayor, sobre las costas del Uruguay.



CONCEPCION (Misiones). — Banquete ofrecido por los señores Parish y Gunmelhag, al Gobernador del Territorio, doctor Héctor Barreiro.



Señorita Ana del Rosario Moisaghi, rodeada de sus amigas, después del té que les ofreció, con motivo de su cumpleaños.

Los Cantares



Yo soy la morocha
La más agraciada
La más renombrada
De esta población,

Soy la que al paisano
Muy de madrugada
Bajo la enramada
Brinda un cimarrón.



SAN ANTONIO OESTE (Río Negro). — Concurrentes a la animada excursión que se realizó en las proximidades del Arroyo Valcheta.

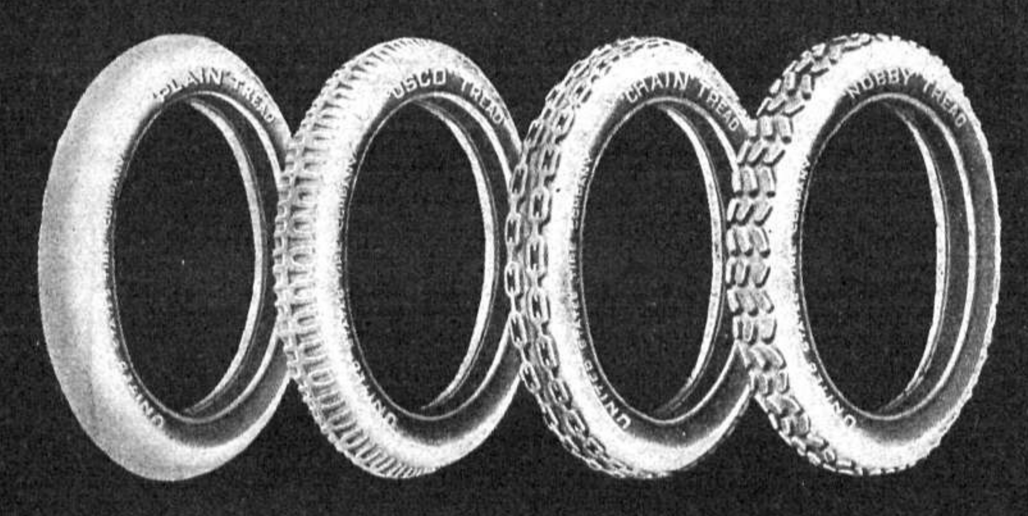


COLONIA MARGHERITA BELEN (Chaco). — Niños que recibieron la primera comunión por los padres salesianos.



USHUAIA. — El señor Benito Nazar Anchorena, durante su visita al presidio, contemplando la obra escultórica de un penado.

NEUMATICOS "United States"



Liso — Usco — Chain — Nobby

LISO: Neumático de primer orden, para las ruedas delanteras.

USCO: Antiderapant de goma, económico y de muy buen resultado.

CHAIN: Antiderapant de goma, más popular por su duración.

NOBBY: Antiderapant de goma, muy reforzado y duradero, y por tanto, algo más caro que el Chain.

CAMARAS: De goma colorada, hechas en forma laminada, muy gruesas y fuertes.

United States Rubber Export Co Ltd

BUENOS AIRES

501 - San Martín - 501

Montevideo:
Carlisle, Crocker y Cía., Rincón, 426.

Rosario de Santa Fe:
Sarmiento, 648

Notas varias



Señor Enrique Sebastiani, violinista laureado, que dió con éxito un concierto en el «Augusteo».



Señorita Angélica Villanueva Fontana, brillante y precoz guitarrista.



Señor Mariano Echeverría, profesor de violín, premiado con medalla de oro. — Santa Fe.



Caricatura del Sr. Federico Soler, entregada en el acto del homenaje de que fué objeto. — Salta.



Señora V. S. L. de Salsado, directora de la E. Normal, cuya actuación merece elogios.— Santa Fe.



Señorita Elena Lafón, premiada en el concurso de belleza de Juárez.



Lily Pezzini, distinguida profesora de piano. — Carcarañá.



Niña Estela Naisberg, de la colonia israelita, sobresaliente artista de Carlos Casares.



Caricatura del ingeniero Luis Monteverde, candidato a vicegobernador de Buenos Aires.


BU-BU
M.S.BAGLEY y Cía Lda
BU-BU
M.S.BAGLEY y Cía Lda
P. SERRA
Por sólo 2 cupones.
Remítanos 2 de los Cupones Canje de Mercaderías, numerados, que se encuentran en las latas de **"GALLETITAS BAGLEY"**, y le enviaremos por vuelta de correo, ***un librito*** titulado: "Ocurrencias de Carlitos", lleno de poses y versos chistosos del graciosísimo "Carlitos".
ESCRIBA CON CLARIDAD SU NOMBRE Y DIRECCION
M. S. BAGLEY & Cía. Ltda.
SECCION RECLAME
MONTES DE OCA, 199 - Buenos Aires

PUAN. — Fiesta campestre dada en honor del joven José Destani, con motivo de la terminación de sus estudios de teneduría de libros.

UN HOGAR SIN MÚSICA ES UN LUGAR TRISTE



Quien desee divertirse en su casa y gozar de los encantos de la música, que él mismo puede ejecutar con toda maestría, sin previo estudio, debe adquirir un **"ANGELUS"**, que es la perfección máxima en pianos automáticos. Existen infinidad de instrumentos similares que reproducen música **automáticamente,** es decir, sin **vida.** Pero sólo hay uno, el **"ANGELUS"**, que **no** es automático en su ejecución, puesto que reproduce la música absolutamente personal y llena de vida.

El encanto del "ANGELUS" y su mecanismo, dura una vida.

Audiciones diarias en nuestra sala de conciertos, FLORIDA, 414.

Catálogos ilustrados, GRATIS - VENTAS A PLAZOS

BREYER Hnos., FLORIDA, 414 Bs. AIRES

Enlaces



Señorita Teresa Grünmann, con el señor Adolfo Tokman. — Carlos Casares.



Señorita María L. Tedesco, con el señor Santiago Franchi. — La Plata.





Señorita Clara Fischer, con el señor Facundo Quiroga. — Capital.



Señorita Pierina Bianchi, con el señor Antonio Campi. — San Rafael.



Señorita Ceferina Tonelli, con el señor Humberto Pugliesi. — Arroyo Seco.



Señorita Dolores C. Lauzaco, con el señor Vicente Bulit. — Passo.




Señorita Bagnole, con el señor Firpo.




Señorita María Bacu, con el señor Antonio Hoet. — Villaguay.




Señorita María M. Rossi, con el señor Pedro Cagnone. — Chivilcoy.

COLON. — Pic-nic celebrado por la comisión del centro recreativo «La Estrella», en obsequio de sus asociados y familias.

PARANA. — Alumnas que tomaron parte en el concierto efectuado en el salón teatro «Italo-Argentino», con los profesores señores A. Moreira y A. Maurage.

NEUMATICOS

Firestone





Señor Emilio Bassolo. — Capital.



Teniente coronel J. Robirosa. — Rosario.



ROSARIO. — Sepelio del doctor Joaquín Legarza, en el cementerio de San Salvador.



Ricardo Alvaro Gervolés. — Lanús.



Señor Angel Burgues. — Santa Fe.



Señora Rosa R. de Taverso. — Junín.



Señor Ernesto Oscar May. — Capital.



Señor Eduardo Pozzi. — Rosario.



Señor Manuel Elorza. — 25 de Mayo.



Señor Francisco G. Barros. — G. Pico.



Señora Marina M. de Perino. — Santa Fe.



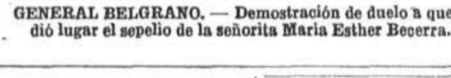
GENERAL BELGRANO. — Demostración de duelo a que dió lugar el sepelio de la señorita María Esther Becerra.



Señor José Dnisaldi. — San Nicolás.



Señor Normán A. U. Quiroga. — Chivilcoy.



Un baño interno le hará parecer y sentirse bien

Se dice que un vaso de agua caliente con una cucharada de fosfato antes del desayuno, aparta las enfermedades.

Esta excelente medida higiénica, de buen sentido, la adoptan millones de personas.

Los médicos de todo el mundo recomiendan el baño interno, sosteniendo que es de importancia mucho mayor que el aseo externo, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual altera la salud, mientras que los poros de las diez yardas de intestinos, sí.

A los hombres y a las mujeres se les recomienda encarecidamente tomar todas las mañanas antes del desayuno un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, como una medida para ayudar a eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos el material indigesto del día anterior, los venenos, la bilis ácida y las toxinas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Así como el jabón y el agua caliente limpian y refrescan la piel, de la misma manera el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre los órganos de eliminación.

Los que se despiertan con mal aliento, lengua saburrosa, mal sabor, o que tienen pesadez y dolor de cabeza, cara cetrina, acedía; así como otras personas sujetas a ataques biliosos o a estreñimiento, deberían procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone. Costará poco, pero es suficiente para demostrar la importancia del baño interno. A los que continúan usándolo todas las mañanas, se les aseguran notables resultados, tanto respecto a salud como a apariencia.

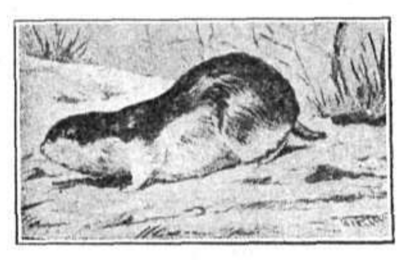

P.
LA TRIGUEÑA
EL MEJOR CARABANCHEL
HERWIG y Cia
ROSARIO

Viajeros de cuatro patas

No es el hombre el único que viaja cuando la estación cambia (y tiene plata); también, y sin tenerla, lo hacen muchos animales.

Los grandes felinos son muy aficionados a viajar; pero estas fieras cambian de residencia por pura necesidad estomacal, cuando el lugar que habitan escasea en caza o abunda en *cazadores*, ellos emigran en busca de mejores pagos.

Los bisontes, de los cuales aún quedan ejemplares en Norte América, se reunían todos los años en grandes manadas a la entrada del invierno y el inmenso rebaño emigraba hacia el Sur, bajando desde las fronteras del Canadá hasta el golfo de Méjico.



El lemming de Noruega.

Marchando lentamente, envueltos en una nube de polvo blancuzco y seguidos por numerosos lobos que procuraban hacer presa en los individuos jóvenes y enfermos, seguían una ruta determinada, que trazaba a veces grandes rodeos para evitar las ciudades o para tocar a los ríos o los lagos, junto a los cuales descansaban por la noche los viajeros. En más de una ocasión los trenes tuvieron que detener su marcha para dejar pasar al rebaño, cuyo avance nadie era capaz de detener, y con frecuencia se daba el caso de que los colonos que se dirigían a California viajasen durante días enteros rodeados de bisontes por todas partes.

En la primavera, la gran manada se disolvía, y los bisontes regresaban al Norte por pequeños grupos, que se reunían otra vez a principios de julio y vivían de nuevo en un solo rebaño hasta fines de septiembre; entonces llegaba la época de los amores y era preciso volver a separarse hasta el invierno siguiente.

Como se ve, el frío era lo que obligaba a los bisontes a bajar hacia el Sur. En cambio, hay otros animales que cuando emigran lo hacen en busca de temperaturas más bajas. Tales son el reno y la foca.

Los renos, tanto los de Siberia como los del Norte de América, tan pronto como llega el verano y ven que la nieve empieza a derretirse, se apresuran a marcharse a las islas del Mar Polar, pasando por la superficie solidificada antes de que sobrevenga el deshielo. También hacen sus viajes en gran número, como los bisontes y los springboks. Análoga costumbre se observa en los bueyes almizclados y en otros cuadrúpedos de los climas árticos.

Por lo que toca a las focas, éstas suelen hacer dos viajes anuales. Al llegar el verano abandonan su residencia habitual y se dirigen hacia las regiones polares; después vuelven una breve temporada, y al comenzar el otoño se marchan otra vez para no regresar hasta bien entrado el invierno.

Pero pocos mamíferos emigrantes son tan curiosos como el lemming, pequeño roedor de Noruega, parecido a un ratoncillo campesino, con la cola muy corta. Los lemmings se reunen también en número muy considerable y emigran a largas distancias; pero ni tienen época fija para hacerlo ni, hasta ahora, se conoce la causa de sus viajes. A veces se pasan seis o siete años sin que se oiga hablar de una emigración de este género.

Una particularidad de los lemmings es que no hay nada en el mundo que pueda cerrarles el paso, como no sea el mar. Si encuentran al paso una piedra, dan una vuelta y prosiguen su marcha; pero si el obstáculo es un tronco caído, una valla o un montón de heno, ni siquiera se molestan en el rodeo, sino que se ponen a roer el estorbo, abren brecha y pasan adelante. Algunas veces van tantos lemmings juntos y causan tales destrozos, que la gente campesina considera como una bendición los zorros, linces y martas, que los devoran.



Una Sonrisa Después de Afeitarse.

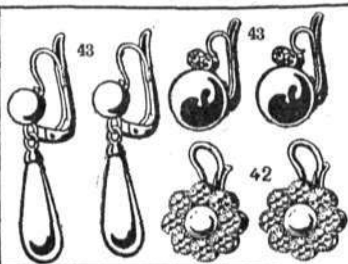
Mientras se afeita — y después — experimentará una agradable sensación que proviene de

LA BARRA DE JABON
COLGATE
PARA AFEITAR.

Su espuma abundante y suavizadora facilita la acción de la navaja de afeitar y deja la cara fresca y refrigerada. La sensación de limpieza y suavidad experimentada en la piel es solamente una recompensa por haber pedido jabón "de Colgate", cuando se compra una preparación para afeitar. Pruebe mañana una barra de jabón Colgate cuando se afeita por la mañana.
Envíe $ 0.05 centavos y recibirá una muestra de buen tamaño.

COLGATE & Co.

Lightner y León, agentes. Casilla de Correo 1271. Bs. As.



GRAN REGALO

A TITULO DE PROPAGANDA ofrecemos cualquiera de estos anillos o el par de aros, por sólo **2.—** $ ó 100 cartoncitos 43. — Se trata de valiosas alhajas de oro 18 K. Fil., con brillantes Fulgor legítimos.

(Flete certificado de nuestra cuenta).

Todos los pedidos, con el correspondiente importe, deben dirigirse al Gerente de la

THE DIAMOND HOUSE

TACUARI, 613. BUENOS AIRES









Esta poderosa Linterna Eléctrica Tubular marca **"EL SOL DE NOCHE"**
Largo 24 cts., completa,
por **$ 10** m/n.
Porte pago

Pilas de repuesto, a $ **1.80** c/u.

Las mejores Linternas Eléctricas,

REVENDEDORES Y COMERCIANTES realizarán buenas ganancias vendiendo estos artículos nobles y de uso práctico.
AL POR MAYOR DESCUENTO
Correspondencia y pedidos a:

G. A. MATUCCI,

Sgo. del ESTERO, 653 - Bs. Aires
Aceptamos en pago cart. 43, a 2 cts. c/uno.

TUBULARES Y DE BOLSILLO, — de nuestra exclusividad —

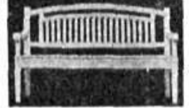
Linterna Eléctrica «Detective», adoptada por la Policía de la Provincia. Tipo único, niquelada, proyector de gran potencia.
Completa.. $ 3.50
Pilas...... » 0.70



INDUSTRIA NACIONAL

Muebles al Laqué

Juegos para vestíbulos, jardines y parques



F. RUSCIO STAGLIANO

RIVADAVIA, 3945. Pidan catálogo.

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50 — Gran voz.
CATALOGO GRATIS





Persianas de enrollar,
Balcones, Celosías, Portones
— PIDAN CATALOGO —
A. GENTILE
Deán Fúnes, 1328 — Bs. Aires

MALUGANI Hnos., ESPECIALISTAS EN COCINAS

Instalaciones de agua caliente.
Pidan Catálogos.
MEJICO, 1359, Buenos Aires.

APERITIVO VINO QUINADO **KALISAY** EL MAS SALUDABLE PRUEBELO

ANDALGALA (Catamarca). — Pic-nic, ofrecido por la señorita Carmen Santa Coloma a sus relaciones, con motivo de su cumpleaños.

SAN LUIS. — Concurrencia que asistió a la velada artística, organizada por las alumnas de 4.° año de la E. N. de Maestras.

SAN LUIS. — Niñas de Cacace, Igarzabal, Lima y Pérez, que representaron el cuadro alegórico «Las Mariposas», en dicha fiesta.

Advertencia: La palabra **"Victrola"** ha sido registrada por la Víctor Talking Machine Co., y designa los productos de esta Compañía solamente

El uso de la palabra **Victrola** para fomentar la venta de cualquier otra máquina parlante o fonógrafo, constituye un acto contrario a la ley, ya que por medio de ella se intenta representar un artículo que no es el legítimo.

Para evitar imitaciones, exíjase siempre la famosa marca de fábrica de la **Víctor, "La Voz del Amo"**. Esta marca de fábrica es la mejor garantía de la superioridad de nuestro producto, y aparece en todos los aparatos **Víctor, Victrola** y **Discos Víctor** de fabricación legítima.



Victrola X A, $ **260** m/n.

PIDAN CATALOGOS GRATIS

PRATT & Cía.

205, Calle San Martín, 217. — Buenos Aires
Calle Córdoba esquina Maipú. — Rosario

DELLAZOPPA & MORIXE

729, Plaza Independencia, 733 (Costado Norte)
Sucursal: Sarandí, 614 — Montevideo, Uruguay

Víctor Talking Machine Co.

Camden, N. J., E. U. de A.





Victrola VIII A, $ **130** m/n.



Victrola IX A, $ **160** m/n.



Victrola XIV, $ **500** m/n.

APUNTES Y RECORTES



— ¿Por qué no tomas parte en las regatas? Podrías ganar la copa, vos que sos suertudo.
— Porque... no tomo.

Las «Pipes-Lines». — Son conductos especiales empleados en América para el transporte de los líquidos, aceite y agua; la primera fué construída en 1862 por L. Hutchinson en Nueva York, y su longitud era de 6 kilómetros. Los tubos estaban mal unidos, lo que ocasionaba fugas importantes. La primera línea que funcionó en regla fué la establecida en 1865 por Harley.

Hacia el año 1876 las «pipes-lines» creadas para conducción del petróleo especialmente, alcanzaron una longitud de 4.800 kilómetros.

La línea que va de Morgantown a Filadelfia tiene 600 kilómetros de longitud y 6 a 8 pulgadas de ancho. La del Kansas a Whiting tiene 900 kilómetros en tubería de 9 pulgadas de diámetro: reune los pozos de Kansas y la Indiana con las refinerías de Standard Oil Trust en Whiting, puede transportar 22.700 hectolitros de petróleo bruto por día y posee 15 estaciones con bombas impulsoras.

Desde 1878 a 1882 se hicieron nuevas líneas para llevar el petróleo desde los centros de producción a las grandes refinerías del Atlántico y del Pacífico.

La línea de Nueva York atraviesa el Hudson bajo un revestimiento protector; y las líneas de Watson, Saratoga y Sous-Lake, en Tejas, están provistas de tubos de compensación que igualan las diversas tensiones por los cambios de temperatura. La parte de la línea comprendida entre dos estaciones está sometida a un vigilante llamado «linesman.»

La limpieza de los conductos, cargados a veces de parafina o de otros residuos, se hace de tiempo en tiempo por medio de un aparato especial llamado «straper» o «go devil». Se le introduce en el tubo y se envía a la corriente del líquido con un movimiento de rotación automática que produce un ruido especial, perceptible desde el exterior, lo que permite seguir su marcha fácilmente.

Además de las líneas principales, hay una red de líneas secundarias de junción y de socorro, de sólo 2 pulgadas de ancho y pertenecientes casi todas a los propietarios de minas. En 1891 la longitud total era de 40 mil kilómetros; en 1904 se había llegado a los 90 mil kilómetros. El transporte anual era de 15 millones de toneladas de petróleo bruto; las pérdidas por el fuego y las hendiduras son insignificantes.

Cada estación tiene una caldera y dos bombas para dar presión, un aparato telegráfico y dos o más depósitos. Las válvulas están hábilmente distribuídas. El transporte de los líquidos por este medio es verdaderamente económico y práctico.



— Estoy loca de alegría; es el primer viaje que hago en side-car...
— Y puede ser que sea el último, señorita.



PAGINAS LITERARIAS

LA REINA DEL ISLOTE DE RAGNHILD

POR SELMA LAGERLOF.



LA REINA DEL ISLOTE DE RAGNHILD

Una vez era un rey, que iba cabalgando a lo largo del Nordre Elf. Venía del Este y hacía el camino de Kungahalla. El año tocaba a su fin. El aire estaba húmedo y pesado, y, como suele por ese tiempo, el cielo gris.

La senda que seguía el rey iba serpenteando por entre pastizales salinos. Pero acá y allá grupos de alisos asomaban por los linderos, como curiosos de ver quien pasaba. El caballo del rey iba marchando trabajosamente.

Llegaba el año tan a su cabo, que la vida se había deshojado en los campos y en la floresta. Las hojas alfombraban el suelo, pardas y marchitas; las porfiadas lluvias de otoño, las habían amontonado en un fieltro algodonoso bajo el cual dormían infinitas babosas y arañas el sueño del invierno.

Todo se arrebujaba en la niebla, alrededor. Y el rey pensó: — ¡Vaya un camino para un rey!

Y andando que iba, de los campos enfangados, casi al borde del camino, se fué alzando una montaña. Al pie la rodeaba un arenal, amarillo y claro; luego se veían rocas desnudas, y, por encima de ellas, a lo largo de un estrecho rellano, corría una hilera de pinos entre verde y azul. Más arriba los flancos se hendían abarrancados por regajos como cristal; y más alto se alargaba una línea de abedules con sus troncos blancos y su ramaje amoratado rojizo. Más alto aún, volvía a aparecer el arenal, coronado de rocas acantiladas de tonos bermejos, hasta el bosque de abetos, de un verde húmedo, que cubría la meseta.

Pero los ojos del rey no se alegraron a la vista de tan hermosa montaña; porque la niebla la envolvía; jirones de nubes, rasando las cumbres, velaban su cima; de todos los barrancos y arboledas subía en humaredas la humedad; y la montaña de colores aparecía tan gris como el resto del paisaje.

Dando un suspiro muy largo y muy hondo cruzó el rey entre los alisos, que les rociaron de gruesos goterones a su caballo y a él. Y sintió que le ahogaba una gran tristeza.

— Siempre igual — decía. — Siempre gris y lloviendo por donde quiera que voy. Si es en la mar, la bruma se levanta y no alcanzo a ver a un palmo de distancia. Si salgo por la noche, a solazarme en mi caballo, la luna se esconde detrás de las nubes más negras, para no alumbrarme. Si pudiera subir al cielo, las estrellas se apagarían cuando llegara yo. Sí, — continuó diciendo con rencor y blandiendo el puño. — Siempre es igual en todo lo que emprendo. Otros al llegar a reyes se han visto rodeados de honores, de galas, de gloria y de esplendor; pero yo soy el verdadero Rey del Día Gris. A mí sólo me rodean las rebeliones y apenas me queda un pedazo de tierra donde las gentes me obedezcan en paz. Otra fué la suerte de los antiguos reyes que reinaban en Upsal, y desde Upsal gobernaban todo el reino. Entonces valía la pena reinar. Mas Dios debe de haber decidido que las cosas sean para mí como son.

Quiso, con todo, recobrarse. Retuvo el caballo y escuchó. El simple gorjeo de un pájaro le hubiera hecho creer que se engañaba. Pero el cielo continuaba plomizo y la montaña envuelta en niebla: todos los pájaros habían emigrado. Sólo rompía el silencio el rumor de los goterones que resbalaban por las ramas de los alisos y caían a tierra.

El rey hundía cada vez más su cabeza en el pecho.

— Yo quisiera ver — dijo — algo de un color rojo, encendido. Quisiera ver algo que en un fondo negro, como las plumas del cuervo, tuviese un centelleo de oro. Quisiera oir el cantar de una voz cristalina y una risa de plata.

Y miró, una vez más, alrededor. Nada había cambiado. Hasta el río, siempre tan brillante, corría ensombrecido como la noche, entre sus riberas de juncos. Y cayó en tamaño abatimiento, que cuanto

poseía le pareció repulsivo y sin valor. Pensó en su palacio reciamente edificado, como en una ruina: sus triunfos le pesaban como derrotas.

—Todo lo podría soportar aún—se dijo—si no tuviera que pensar en la reina. Esto es lo peor. Harto pesa la vida para añadirle el cuidado que da una mujer. Los negocios de estado no me dejan holgura; ¡y aun he de echar sobre mis hombros este peso más!

Y es que este rey estaba casado con la hija de un rey de Noruega: era una princesa rica y poderosa la reina; pero quiso la desgracia que el rey se casara con ella cuando era todavía niña. Se había arreglado así el casamiento, para que no viniera a llevársela ningún otro príncipe; y desde el día en que se hizo, la reina vivía en un islote de peñascos, del Nordre Elf, frente a Kungahalla, que se llamaba el islote de Ragnhild. Habían hecho una torre de piedra y allí creció, bien guardada, y allí esperaba que la fueran a buscar para llevársela a la Corte.

El rey, por su parte, se había quedado en su reino, y no se habían vuelto a ver; y aunque él sabía que la reina era ya moza, y le recordaban a cada paso haber llegado el tiempo de ir a buscarla, el rey no acababa de resolverse al viaje. Pretextaba las rebeliones de sus súbditos y lo dejaba de un año para otro; y mientras tanto la reina vivía en la torre gris bajo la vigilancia de algunas damas ancianas, y sin otro pasatiempo que mirar las ondas grises del río. Al fin se había él puesto en camino; pero pensando en su mujer se sentía tan entristecido, que se había separado de su escolta para habérselas a solas con sus cuitas.

En este momento salió, de entre los alisos, a una gran pradera. En verano hubiera visto pacer inmensos rebaños de vacas y ovejas; pero ahora estaba desierta, y sólo mostraba tierra enfangada y matas desnudas. El rey atravesó la pradera lo más de prisa que pudo, para no hacer lugar a una pesadumbre mayor.

Era un hombre valiente; y si por acaso la princesa hubiera estado cautiva en un castillo encantado, guardado por gigantes y dragones, él habría corrido al galope a libertarla. Mas, para colmo de desgracia, no estaba sino tranquilamente en su torre, sentada, esperándole; y nadie, en el mundo entero, se la disputaba.

Mucho le pesaba el haberse casado con ella.—Se me niegan—decía—todas las cosas grandes, nobles y hermosas. Ni siquiera puedo conquistar una mujer con la punta de mi espada.

Esto diciendo, había aflojado su marcha, porque el caballo subía una colina. Desde lo alto, el rey divisó el islote de Ragnhild, donde le esperaba la reina.

Vió el islote solitario y sombrío, en medio del río gris, el suelo pelado, los tapiales de turba gris, los muros de piedras grises; y todo lo encontró desconsolador y lúgubre. Ni una mata bermejeaba a sus ojos, ni una brizna de hierba lucía ya en los paredones. El otoño triste había extendido su mancha por todo el país. Y el rey, que suspiraba por algo rojo, por algo brillante, por algo negro con reflejos de oro, sintió que no era allí donde lo podía encontrar.

Cuanto más miraba la torre, más le parecía hija de la roca misma. Los hombres no habrían podido levantarla así. Había nacido de las entrañas de aquel peñascal, como las hierbas y los árboles nacen de la tierra. Y así era de sombría y ceñuda. La reina, criada en ella, debía por necesidad fatal, parecerse a un tosco santo de piedra que él había visto en la portada de una iglesia. Se la figuraba con los rasgos de una estatua gris, de cara estirada y sin movimiento, con el cuerpo aplanado y las manos y los pies más largos que hombre ninguno.

Y, andando, andando, pensaba:—Ese es mi destino.

Llegó tan cerca de la caseta del barquero que, desde la otra ribera, el centinela se llevó el cuerno a la boca para anunciar la llegada. Se alzó el puente levadizo, y las puertas de la torre dieron vuelta sobre sus goznes y se abrieron.

Pero en ese momento, el rey detuvo su cabalgadura.

—¿No soy rey?—se preguntó.—Pues, ¿quién puede forzarme a que haga lo que no quiero? Nadie del mundo puede obligarme a ir en busca de esa estatua de piedra. De algo me ha de servir reinar.

Y, bruscamente, hizo volver grupas al caballo y tomó el camino de retorno. Echó a galope, como con miedo de que lo detuvieran y no paró hasta llegar otra vez a los alisos y a los pastizales salinos y a la montaña de colores.

Y la reina se tuvo que quedar suspirando y consumiéndose en la torre gris. Eran sus mejillas delicadas y sus labios rojos, encendidos; y su cabello rizoso, negro como las alas del cuervo, cernía reflejos de oro; y su voz era clara y cristalina, y su risa de plata.

. . . .

¡De mucho le había valido a él ser rey! Había huído por el sendero entre los alisos. Alrededor, el paisaje no aparecía menos húmedo, ni menos nebuloso; pero, a decir verdad, tampoco lo estaba más que antes, cuando él pasara...

SELMA LAGERLOF.








EL ANIMAL MAESTRO DEL HOMBRE (1)

Conferencia por el doctor Luis Agote, profesor de la Facultad de Ciencias Médicas

SEÑOR PRESIDENTE,
SEÑORAS,
SEÑORES:

Confieso que me es algo violento comenzar mis palabras por una nota personal, pero es ineludible. Debo explicar mi presencia, como miembro y como conferenciante en una sociedad protectora de animales, siendo yo, como lo soy, director de un Instituto de Medicina, donde se practica en gran escala la vivisección experimental. Callarlo podría significar para muchos, una cobardía o un desafío. Puedo asegurar que no es ni lo uno ni lo otro.

Ella tiene por origen un pecado, un verdadero pecado, que me es agradable reconocer, lo que no siempre sucede con ellos, que son más fáciles de hacer que confesar.

Cierta mañana, en las primeras horas de la madrugada, paseando a caballo por los alrededores de San Isidro, en una de sus calles cercanas a la ciudad, en el camino más frecuentado por los paseantes de su pueblo y de los vecinos, encontréme de boca con un horrible monstruo, que heló mis venas de súbito terror. Trataré de definirlo, por más que la impresión sufrida no me ha permitido fijar con mucha precisión los detalles de su contextura externa.

Tratábase de un ser que recordaba por sus formas al hombre, aunque pudiera ser también las de un gorila. Su cabeza estaba cubierta con una especie de chambergo con ala levantada a un costado y en este sitio implantábase gallardamente una pluma de gallo o especie similar. Su cuerpo, a pesar de lo avanzado de la estación veraniega, cubríalo un fuerte traje de pana gruesa, pero muy gruesa. Sus extremidades inferiores llevaban una especie de botas marciales subidas hasta arriba de la rodilla; ceñía su cintura una banda de cuero llena de tubos y su mano derecha esgrimía un cuerpo alargado, metálico, que brillaba a los primeros rayos del sol naciente, con reflejos siniestros. Veía al monstruo agacharse, mover la cabeza inquisidora de derecha a izquierda, arrastrarse por el suelo, permanecer en acecho, avanzar de nuevo y toda esta maniobra encerraba tal aire de misterio que sobrecogido, traté de ocultarme también pero sin perderlo de vista. ¡Despierta tanta curiosidad el peligro! De pronto lo veo enderezarse, poner una rodilla en tierra, extender hacia las ramas de un árbol el cuerpo aquél, de forma cilíndrica, fijarse en esta actitud de estatua durante varios segundos y de golpe... ¡pum! un terrible estampido llenó el espacio mientras una columna de humo cubría con sus sombras la siniestra escena. Un grito de triunfo salió de los labios del monstruo, dió un salto, sumergióse en la zanja que rodeaba el camino y apareció luego trayendo en su mano... ¡un pajarillo casi minúsculo, un chingolito!

¿Habréis conocido ya al monstruo a que me refiero? Casi es inútil que recuerde su nombre. Es uno de los más genuinos representantes de la especie muy difundida en el país, era un *cacciatore*, un «preparador de pulenta con pajaritos».

De vuelta de mi excursión hípica, busqué una hoja de papel y escribí una carta a mi amigo y condiscípulo, el doctor Luis Mitre, director de «La Nación», contándole mi encuentro, y pidiéndole que desde las columnas de su diario recordara a las autoridades del país, la prohibición de matar los pajarillos útiles a la agricultura, hecho tanto más perjudicial por realizarse en el verano.

El director de «La Nación», publicó mi carta, y aquí fué Troya. Durante varios días, recibí una serie de ellas en las cuales, por lo general, se me ponía de oro y azul. Este me decía: Es usted un hipócrita. Usted también es cazador, le hemos visto con sombrero levantado, traje de pana, escopeta y con dos perros de caza, lo que es un exceso en cualquier parte del mundo. Aquél, más personal, me decía: ¡Cómo se conoce que usted es un enfermo del hígado, obligado a someterse a un régimen alimenticio, cuando se venga de los que más felices que usted pueden comer el exquisito plato! Otro más agresivo, me deseaba que un amigo me invitara a comer pulenta con muchos pajarillos para que tuviera una indigestión formidable, que me quitara para siempre el hábito de escribir sobre lo que no soy capaz de apreciar.

Otras cartas y éstas, como no eran anónimas, resultaban más peligrosas, pues se me invitaba a constituir sociedades de persecución a los cazadores, de protección a los pajaritos, pro supresión de la caza... ¡horror! en la provincia de Buenos Aires y una firmada

(1) Por una circunstancia accidental, el profesor doctor Agote no pudo dar la conferencia que tenía preparada, improvisando al efecto la que tenemos el gusto de publicar, la cual fué tomada taquigráficamente.

por nuestro presidente, el señor Pérez Mendoza, pidiéndome sencillamente que entrara a formar parte de la Sociedad Protectora Sarmiento, la misma que hoy celebra su fiesta anual. Hice notar a este último mi situación personal ante las ideas corrientes de las sociedades protectoras de animales sobre vivisección y mis estudios médicos, pero este caballero, con esa elevación de espíritu, con ese juicio sereno, hijo de la armonía de los pensamientos nobles y de los actos levantados y generosos, me contestó: La Sociedad Sarmiento no cae en el ridículo de exagerar su propaganda, ella conoce las exigencias de la ciencia que tiende a abreviar los dolores del hombre y a prolongar su existencia. La Sociedad protesta de los martirios inútiles o realizados, cuando son necesarios, sin los anestésicos empleados en el hombre. Convencido, pues, pero sobre todo, atraído por la simpática personalidad del hoy mi querido amigo, el presidente señor Pérez Mendoza, acepté, y desde ese instante me complazco en formar parte de la Sociedad.

Y salvada mi situación personal, debo confesaros que me encuentro en otra muy difícil, pues habiéndose descompuesto el aparato de proyecciones, me veo imposibilitado de hablarles sobre mi conferencia: *Los animales precursores del arte y de la industria*. Me limitaré, pues, a conversar con ustedes un momento, pidiéndoles me excusen por la forma descuidada de mi exposición.

SEÑORES:

Yo no puedo hablar de los animales en términos científicos. Confieso ingenuamente que al perro, le llamo perro, al gato, gato, al escarabajo, escarabajo, sin acompañarles con el nombre técnico que la zoología y el diccionario se complacen en darles. Esto se lo dejo a Onelli, que entiende de estas cosas y que aprecia toda la poesía encerrada en las clasificaciones griegas y latinas. Así, pues, no extrañen ustedes que emplee los nombres comunes, familiares a todo el mundo, sin que esto signifique complacerme en reconocer mi ignorancia. Colocado, pues, en este terreno cómodo, permitidme me refiera, a dos o tres cuadros llenos de enseñanzas, relacionados con la vida de los animales, tales como ellos aparecen en mi espíritu al través del tiempo, ¡ay! ya algo lejano, de mi juventud.

Era yo un niño. Hace ya tanto tiempo, — como dice el poeta en el conocido verso. Estudiaba en el Colegio Nacional, en aquel antiguo Colegio Nacional, donde nos hemos educado la mayoría de los hombres de varias generaciones argentinas, y que guardamos por el histórico, el venerable y venerado Colegio, el sentimiento lleno de unción y afectos que el tiempo al respetar acrecienta, envolviéndolo y protegiéndolo con la poesía del recuerdo; en aquel Colegio Nacional, diremos, cuyos claustros vetustos y coloniales, encierran en cada uno de sus rincones, en las piedras de sus paredes, algo de lo más delicado, de lo más bello, de lo más puro, de lo más noble de la juventud argentina, las deliciosas ilusiones, nacidas al calor de la esperanza de realizar cosas grandes en obsequio de la patria. En aquel Colegio, entre los tantos profesores que tenían a su cargo la ímproba tarea de enseñarnos los conocimientos necesarios para el ejercicio de la vida, había uno, un francés, el señor ingeniero Cadrés, que como verdadero matemático, que lo era y de los grandes, sentía la más profunda admiración por las matemáticas, hablando de ellas con palabra conmovida, extasiándose ante el negro pizarrón cubierto de apretadas cifras y ecuaciones, que movía, removía, creaba y destruía con la habilidad de un consumado estratega. Para él, el famoso binomio de Newton, encerraba muchísima más poesía que la qué pudiera encontrar en una gota de rocío, el más sentimental de los poetas. Desgraciadamente, la mayoría de sus discípulos no compartíamos su entusiasmo, y en vez de seguirle en sus explicaciones a base de fórmulas compuestas de más letras que las del alfabeto, como que era necesario recurrir a las «primas» a las «segundas» y a toda la parentela posible, mirábamos con envidia al través de la ventana surcar por el aire diáfano y transparente a las palomas, habitantes de la vieja torre de San Ignacio.

Y bien, un día nos propuso el siguiente sencillísimo problema, que transcribo textualmente para solaz de ustedes: «Supuesta una vasija exagonal que termine en tres lados por losange, averiguar cuáles serían los ángulos necesarios para conseguir mayor espacio con menos gasto de material». Como ustedes pueden apreciarlo, la cosa era sencilla y digna de la curiosidad insaciable del maestro.

Desgraciadamente la pregunta caía como la palabra de ciertos predicadores, en pleno desierto, por lo menos, en lo que a mí me toca, y creo que a un noventa por ciento de mis camaradas. Inútil fuera que, conducidos por la tabla de logaritmos, recurso precioso, al decir del maestro, para llegar a la solución del problema, tentáramos la empresa. Pronto el desaliento primero y la derrota después, se hizo general. El viejo matemático, con esa benevolencia propia de los grandes cuando miran a pequeños, nos mostró con aire triunfante, cuán fácil era llegar a la meta y, acompañando el dicho al hecho, con la tabla en la mano izquierda y el trozo de tiza en la derecha, llenó el pizarrón de fórmulas algebraicas, de letras latinas y griegas, con el signo clásico de *primas, segundas y terceras*, sacando, en consecuencia que éste era de 109°, 28' y 70°, 32'. Ante el prodigio de las matemáticas, guardamos silencio y la admiración por la persona del sabio que de tal manera manejara las fórmulas, adquirió los contornes de lo maravilloso.

Mas ¡ay! para el prestigio del viejo maestro el destino le preparaba su Waterloo. Y éste vino en forma de un pequeño tratadito sobre los insectos, librito lleno de encantos, verdadero viaje de Simbad el Marino en plena naturaleza, en el mundo de los insectos, allí donde la ciencia natural pierde sus rudezas, para tomar las delicadezas exquisitas de lo bello y de lo suave, donde la mariposa reina soberana envuelta en el áurea dorada del polvillo de sus alas, mientras muestra con la gracia inimitable de sus vividos movimientos, el cincelado fantástico de sus dibujos polícromos. Yo leía mi librito con entusiasmo, absorbido en su lectura como lo más emocionante de los libros de Dumas, cuando, al recorrer la vida de las abejas, me encontré con que, aquel difícil problema, aquella obra maestra del cálculo, había sido resuelto por las obreras al construir las celdillas de la colmena, y lo habían hecho en forma correcta, matemática, sin necesidad de maestros, de cálculos, de fórmulas ni tablas de logaritmos Y lo que era más sorprendente aún, habían demostrado el error de una tabla de logaritmos, al denunciar una diferencia sensible entre el ángulo de sus celdillas y el medido por Reamur en el famoso problema, recordado anteriormente.

Años más tarde, cronista de «La Prensa», asistía por mandato de su director a una sala de operaciones, donde iba a realizarse una atrevida operación. En aquel entonces era yo estudiante de segundo año de medicina, es decir, aún no había presenciado el cuadro aquél, hoy tan familiar a mis ojos, ese cuadro que tiene la grandiosa presión de los dramas emocionantes en que se busca la vida al través del dolor y en las fronteras de la muerte, pronta a arrebatarnos su presa. En aquella sala blanca, sobre una mesa, estaba tendido un hombre, y de pie, dominando la escena con su figura escultural, estaba Ignacio Pirovano, el «bondadoso gigante», como le llamara una enferma en un momento de justa admiración. Uno de los estudiantes, cubierto con el inevitable delantal blanco, aplicaba sobre la cara del enfermo, una especie de careta, sobre la que dejaba caer, gota a gota, un líquido de olor penetrante. De pronto el doctor Pirovano, inclinándose vivamente sobre el enfermo, exclamó: ¡Cuidado, cuidado con el cloroformo! Pálido, insensible, imagen de la muerte, yacía el paciente. En un instante, la escena cambió. Uno de los ayudantes tomó con una pinza la lengua del enfermo; otro, tomándole los brazos, empezó a hacerle movimientos rítmicos, buscando realizar los movimientos respiratotios y, durante largo rato, la ansiedad reinó allí soberana, sintiendo todos que el enfermo se moría por accidente de la anestesia. Un rato después la respiración restablecióse, y la operación se hizo con feliz resultado. El dolor estaba vencido. El enfermo no había sentido nada. ¿Sabéis qué es eso? Es la anestesia, maravilloso descubrimiento que amortigua el dolor, que adormece la carne, que hace insensible el nervio, que permite al cirujano que corte tranquilamente y que corte bien, que modifica las leyes aparentes que nosotros conocemos de la vida y la muerte. Con su empleo no se sufre jamás. Descubrimiento maravilloso debido a un sabio que casi nadie conoce, quizás para evitar que la suma de bendiciones por infinito agradecimiento de aquellos a quienes evitó el dolor, lo despierte de la tumba del reposo bien ganado, violentándose así las leyes de la evolución bio-

lógica. Su nombre, perdido para la mayoría, representa el símbolo de la ciencia, que no espera recompensas para hacer el bien. Y bien, señores, ese maravilloso descubrimiento lo ha realizado también un insecto, pero sin los defectos y peligros del cloroformo, una pequeña avispa que más de uno de vosotros ha de haber visto; es una pequeña avispa colorada, perseguidora de arañas, alimento de su cría. Cuando esta avispa encuentra una araña, decimos, salta sobre ella, la envuelve con sus patas rápidamente y con su aguijón le da un golpe, dos golpes, tres golpes, si es necesario anestesiarla por una, por dos semanas, por tres semanas... Jamás yerra el golpe. Cuando da el pinchazo, su aguijón llega al ganglio buscado, al centro nervioso necesario, y su golpe es tan certero, que no se da el caso que la presa escape o muera por exceso de anestesia, como sucede con el cloroformo. La araña así anestesiada, no muerta, es enterrada con la cría, aún latente, en el fondo del huevo, la que mañana dará nacimiento a la larva, encontrando así ésta alimento seguro, fresco e inmóvil para realizar tranquilamente el suculento banquete. ¡Queréis algo más curioso! ¡El hombre con su orgullo tendrá que reconocer cuán pequeña es su ciencia al lado de la sabiduría de los insectos!

Ya varios años después, yo era médico a mi turno. En una de tantas aventuras médicas caí gravemente enfermo. Poco tiempo después, convaleciente, vencido física y moralmente, viajaba por el Atlántico buscando un restablecimiento que tardaba en llegar. Nos hallábamos frente a las costas del Brasil, en el segundo día de viaje. Una suave brisa, última caricia de la patria ausente, refrescaba el ambiente de aquella tarde hermosa y tranquila. El mar, ligeramente agitado, mostraba en los mil cambiantes de sus olas pequeñas y encontradas las bellezas de su azulada superficie. Dejaba ver de tiempo en tiempo al romperse en lluvia de espuma la imagen polícrama del arco iris al ser atravesado por un rayo de sol, recordándome por una reminiscencia fácil de comprender, la deliciosa leyenda mitológica de Iris, la bella mensajera de los dioses penetrando en el reino de Neptuno en cumplimiento de su misión heráldica. La brisa agradable, el aire tibio y perfumado por la proximidad de la tierra a cuya vista navegábamos, todo, todo hasta mis sensaciones de convaleciente llenaban mi espíritu de esa dulce calma a cuya influencia, sin duda, John Davis, escribiera su inmortal obra el «Goce de vivir». Bajo esta influencia sentíame muy lejos del navío. Hacíame pensar que, nuevo Ulises, iba a acostar las costas floridas de alguna isla encantada, recordando, al efecto, aquellas páginas admirables que el genio de Fenelón escribiera describiendo la que fuera reino de la bella Calipso. De pronto veo que el mar se cubre de innumerables bajeles de tamaño minúsculo, rosados y ligeros como navíos deliciosos de una nueva Liliput. Estos barquichuelos bajaban y subían sobre la superficie movible de las olas con movimientos graciosos y suaves, como si un hábil timonel, dueño de los secretos que la marina exige a sus subordinados, mantuviera con mano firme la caña del gobernalle, dando la vela al viento como el más hábil piloto de Cowes. Mientras admiraba el cuadro, veo que aparece a lo lejos, allá del lado de tierra, un barquichuelo de una sola vela, la misma vela que arrastraran sobre el lomo de Neptuno las naves que fueran a la conquista de Troya, y que ofrecía también la mismísima forma del barquichuelo liliputiense, del crustáceo argonauta que la suerte me deparara contemplar en aquella tarde admirable. ¡El crustáceo había sido el maestro del hombre! Así, cuando apareció en los tiempos prehistóricos ante los ojos asombrados del hombre, mostróle en la línea de sus formas y en el corte de su expansión vertical, la forma de aquella vela latina, primera expresión de la navegación con la ayuda del viento.

Cuántos de estos ejemplos llenos de enseñanzas pudiera repetiros si no temiera cansaros. En todos ellos podríamos admirar esta armonía sublime del universo, que se cumple en no importa qué manifestación biológica, lo mismo en el orden físico que en el orden moral. Podríamos seguir paso a paso al través de los distintos eslabones de la cadena zoológica, la gradación sucesiva de la inteligencia, viendo como, si el hombre es grande porque su cerebro le permitió la universalidad de la concepción mental, el animal ha podido llegar por el exclusivismo de su acción, a un perfeccionamiento unilateral, que difícilmente podrá ser superado por aquél. No seamos orgullosos de nuestra superioridad y no despreciemos a los humildes insectos, obreros maravillosos de una tarea llena de enseñanzas, mirémosles con afecto y admiremos en ellos la obra progresiva de la selección biológica.

Y bien, señores, como el doctor Onelli, artífice de la palabra, gran conocedor de la vida de los animales, va a hablaros de los animales filósofos, yo también les voy a contar cuál ha sido la mejor lección de filosofía que he recibido en mi vida. No crean ustedes que la saqué de los libros o del colegio de boca de mis profesores. No; me la dieron unos gorriones bulliciosos, tal como la voy a contar.

Volvamos al pasado. Es el inconveniente de franquear ciertos límites de edad. Era yo estudiante de medicina y practicante interno del Hospital San Roque, hoy Ramos Mejía, en memoria del inolvidable amigo que todos lloramos. Era una noche cruda de invierno, en que reinaba un furioso temporal del sudeste, delicia de los microbios de la pulmonía, influenza y demás simpáticas enfermedades del aparato respiratorio. Volvía del teatro donde había estado con mi novia. Los que han estado de novio, — y los que no han estado y pueden estarlo que se apresuren porque puedo asegurar que es muy agradable, — comprenderán perfectamente el estado de mi espíritu. Y bien, al llegar a mi cuarto, situado en la azotea, — todavía existe hasta con los letreros con que llené sus paredes bajo la impulsión de un romanticismo que aún no quiere desprenderse, sin duda porque yo no quiero tampoco soltarle, — al entrar a mi cuarto, digo, vi en el umbral, en un rinconcito del umbral, unos cuantos gorriones acurrucados, helados, casi muertos de frío. Allí estaban los pobrecitos, como pobres chicuelos vagabundos, que buscan, en la desnudez de su vida, calentar sus cuerpecitos ateridos, por el contacto estrecho de sus compañeros de infortunio. Compasivo les recogí y cuando vi que la vida persistía en ellos los coloqué en un canastillo, que la cariñosa previsión materna me había enviado ese día lleno de golosinas. Una capa de algodón bien seco y tibio les sirvió de lecho. A la mañana siguiente, bien temprano, el ruido del aleteo de mis prisioneros, me hizo abrir los ojos. El calor había hecho su obra y ya fuertes, vigorosos, pugnaban por romper las paredes de su improvisada cárcel. A la tormenta había hecho lugar un día hermoso, purificado por el pampero, que al arrojar lejos las nubes tempestuosas, dejaba que el sol enviara sin obstáculos sus espléndidos rayos. Contento, abrí la puerta y levantando la tapa del canastillo, dí puerta franca a mis gorriones que, rápidos, veloces, lanzando gritos de júbilo, atravesaron el espacio, sintiendo sin duda, la loca, la deliciosa alegría de sentirse libres otra vez en la vivificante atmósfera. Confieso que al verlos abandonarme, sentí cierto escozor, cierto sentimiento de pena que no pude reprimir completamente; mas al pensar que había hecho obra buena, que aquellos pajarillos me habían encontrado en un momento difícil de su accidentada e inconsciente vida, hallando el auxilio eficaz que les salvara la existencia, una reflexión más justa hizo lugar a la ligera e irreflexiva que acabo de expresar.

¡Ah, pensé, cuántas veces en la vida hemos necesitado de la palabra decisiva que levanta el espíritu y crea nuevas fuerzas para la lucha! ¡Cuántas veces hemos pedido sin lograrla, la caricia deliciosa y tierna que enjugue nuestras lágrimas, haciéndonos más llevadero nuestro sufrimiento y, cuántas veces también, al apoyar nuestra frente obscurecida por el dolor sobre el seno de la mujer amada, hemos sentido borrarse sus arrugas más profundas y volver la calma, la tranquilidad que creíamos desaparecida para siempre! ¡Cuántas veces así ha sucedido; por eso, seamos consuelo de los que sufren sin preocuparnos de su agradecimiento, que la idea del dolor suprimido baste para nuestra satisfacción y deseemos también para nosotros, que en el día de la prueba, cuando sintamos el derrumbe del edificio que levantáramos con el esfuerzo de nuestro brazo y lo mejor de nuestra alma, encontrar en ese día de prueba, decíamos, el alma caritativa, que nos abra cariñosamente sus brazos, que nos recoja en su seno, que enjugue nuestras lágrimas, que nos muestre aún en medio del infortunio, que la vida puede todavía ser amable y, que ya reconfortados, nos lance al espacio diciéndonos: ¡ya estáis consolados, seguid vuestro camino, con ese rayo de sol que nuestra alma ha puesto en la vuestra!

He dicho.



A raíz de fallecer en Roma la distinguida, si que también amarillenta consorte del Embajador de la China, telegrafió Tedeschi a *El Imparcial*, curiosísimos detalles del entierro de la dama, realizado a usanza de su país.

Mi amiga doña Rigoberta Zarzalejo, señora mayor, extravagante como pocas, no echó en saco roto los aludidos pormenores, y en su vehemente afán de distinguirse del resto anónimo de los mortales europeos, encargó en su testamento que tuviesen la amabilidad de enterrarla en chino.

Decía Tedeschi, si yo no recuerdo mal, que tan pronto como aconteció la muerte de la embajadora, los criados lavaron el cadáver y lo colocaron sobre una mesa cubierta con un soberbio tapete oriental. Entonces el desconsolado embajador y sus dos hijos, vistiéronse con el kimono de cáñamo blanco y un gorro del mismo color, en señal de luto, y permanecieron arrodillados junto a la pobre difunta veinticuatro horas, minuto más o menos, invocando a grito pelado a Budha para que se dignase acoger en su casto seno el alma de la infeliz.

Luego, el cadáver fué amortajado con cinco trajes lujosísimos; le pusieron en la boca dos perlas, una libra esterlina y unos granos de arroz bomba, y, por último, fué depositado dentro de un triple ataúd de nogal, de plomo y de caoba, y colocado cuidadosamente sobre una suntuosa cama imperial sin somier. Se le cubrió con unos tapices de inestimable valor y se le guarneció con muchos saquitos llenos de polvo de carbón y de cal. Además, en el testero de la cama se colocó una mesa cubierta con un tapete blanco, sobre el cual se puso el árbol genealógico de la difunta, que estaba, por cierto, muy reseco; la pipa que la misma usaba, dos *bibelotes* que representaban un perro y un elefante, y un pequeño trípode de bronce, sobre el cual una esclavina, o pequeña esclava, quemaba cada dos horas un pedazo de madera aromática, muy preciada, conocida con el nombre de "Tokion".

En China es costumbre que nadie vea los difuntos después de muertos, con excepción de las personas de su apreciable familia y de aquellas otras que han de velarlos y darles tierra. Por consiguiente, a ninguno de los personajes, algunos muy empingorotados, que acudieron a la Embajada, se le consintió visitar el cadáver... aunque su visita no dejó de ser anunciada a la difunta dama, según costumbre, por uno de sus correctísimos criados.

Según las creencias budhistas, las almas de los muertos — destinadas a revivir después en otras personas — han de comer y estar sujetas a todas las leyes del cuerpo. Por lo tanto, todos los días, a eso de las seis de la tarde, el cocinero de la Embajada colocaba sobre la blanca mesa un tazón de arroz cocido, con los palillos tradicionales; dos platos de carne y una jícara de té. Acto seguido, el hijo menor de la difunta se ponía el *kimono* y el gorro de mandarín, se arrodillaba ante el féretro, doblaba respetuosamente la cabeza y preguntaba a su desventurada madre si quería comer.

Excusado decir que aquellas viandas permanecían intactas sobre la mesa, y entonces se presentaba un criado y se las llevaba al comedor, sirviéndolas luego en la mesa del afligido embajador y de sus tiernos descendientes.

Pues bien, lectores de mi alma; doña Rigoberta Zarzalejo, entusiasmada con las prácticas chinas, referidas por Tedeschi, deja consignadas en su postrera voluntad, manifestada solemnemente ante un notario de Fuenteovejuna, pecoso de viruelas, que tiene para andar por el mundo de los líos, varias advertencias extraordinariamente curiosas, entre las cuales recuerdo las siguientes:

Que una vez ocurrida su defunción, de modo definitivo e indubitable, la criada tenga la bondad de jabonar el cadáver, y después de secarlo al sol que más caliente, lo coloque sobre el fregadero, cubierto oportunamente con su mantón de Manila, si para entonces está desempeñado.

Que el viudo, traspasado por el dolor, se vista de bonzo y la hija de cupletista, en señal de duelo, y permanezcan en cuclillas a honesta distancia de la difunta durante quince días, invocando a gritos a Confucio para que haga el favor de recomendar con interés el alma de cántaro de la interfecta, a Budha y Brahma, colectivamente.

Que amortajen el susodicho cadáver con una docena de trajes, entre ellos, uno de luces; que la pongan en la boca, sobre la lengua fiambre, dos *pilules orientales*, a falta de perlas, o dos cacahuets, si a la sazón careciese de *pilules* la atribulada familia, más unos granitos de cebada perlada y una perra gorda. Y que en esta guisa la depositen dentro de un estuche de peluche violáceo y de una jaula de caoba imitando a pino, colocándolo todo sobre un piano de cola recién afinado.

Que se la cubra el cuerpo con una colcha oriental de las que venden en la plaza de Oriente, o con una manta de punto tunecino hecha por su abuela paterna en Socuéllamos, a raíz de la revolución francesa, y se le guarnezca con saquitos de polvos insecticidas y de cañamones tostados de Valladolid.

Además, que se coloque a la cabecera del féretro una bandeja de aluminio con el árbol genealógico de la familia, convenientemente regado; la dentadura postiza de la misma, unas vinajeras de boj que la legó su tío el general, la jaula del último grillo que crió y, finalmente, dos novelas de Felipe Trigo y una cotorra disecada.

Para imitar la costumbre china y para evitar la desagradable impresión que su fealdad hubiera de producir a los amigos, prohibe a éstos que contemplen el cadáver, si bien, como la embajadora que le sirve de modelo, recomienda que cuando alguna vecina curiosa se empeñe en verla, lo ponga la criada en conocimiento del cadáver, inmediatamente.

Del mismo modo que la embajadora muerta, y abundando en las creencias *embudistas*, como doña Rigoberta las llama, respecto a las comidas de ultratumba, todas las tardes habrá de colocarle la criada sobre el vientre inanimado y rígido, una cazuela de arroz con cangrejos de río, un bisté con patatas, dos borrachos y un mondadientes.

Presumiendo con cierto fundamento que el cadáver no tendrá muchas ganas de comer, y después de efectuar la pamema de preguntarle si quiere algo de aquéllo, ante la negativa tácita de la difunta, se lo zampará su familia, tenga o no tenga el oportuno apetito.

Pero lo más chusco del caso es que, como debido a que los supersticiosos chinos buscan la protección de todas las divinidades, la embajadora, madame Konang-Kai, fallecida en país católico, encargó que velasen su cadáver seis monjas, rezando al Sumo Hacedor... por si acaso, la buena de doña Rigoberta Zarzalejo, imitadora fiel de aquella dama chinesca, encarga que, aunque es católica y queden así desairadas las once mil vírgenes, que son sus predilectas, velen su pálido cadáver seis malabaristas del Celeste Imperio, murmurando plegarias a Budha, con música de Calleja o de otro compositor *orientalista*.

Ahora falta solamente la llegada de ese momento en que la testadora tenga la amabilidad de pasar a mejor vida, después de no haberla pasado muy mala en este valle de lágrimas, y de periódicos rotativos. Pero ¡ay!, según datos fidedignos que obran en la imaginación del esposo de Doña Rigoberta, más bien que la risueña esperanza de un fallecimiento próximo, existe la dolorosa seguridad de un ocaso de vida que promete no tener fin jamás.

Ah, un detalle olvidado: también encarga nuestra amiga en una de las *cápsulas* (así las denomina) de su testamento, que no amenicen la *cuerpopresencia* de su cadáver con hachones encendidos. ¡Indudablemente hasta en sus postreros instantes quiere ser una mujer sin cera!...

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.



GRATIA PLENA

(A la memoria de Ana).

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar.
El ingenio de Francia de su boca fluía.
¡Era llena de gracia... como el avemaría!
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía...
Era llena de gracia como el avemaría.
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía...
Era llena de gracia como el avemaría.
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia como el avemaría.
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fué mía!
Pero flores tan bellas nunca pueden durar.
Era llena de gracia como el avemaría,
y la fuente de gracia de donde procedía
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

AMADO NERVO.